



HISTORIA

DE LA FLORIDA

POR EL INCA

GARCILASO DE LA VEGA.

NUEVA EDICION.

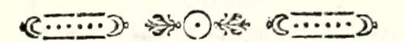
V. 4

TOMO IV.

MADRID.

IMPRENTA DE VILLALPANDO.

1803.



HISTORIA DE LA FLORIDA

CAPÍTULO PRIMERO.

Determinan los Españoles desamparar la Florida, y salirse de ella.

Con la muerte del Gobernador y Capitan General Hernando de Soto, no solamente no pasaron adelante las pretensiones y buenos deseos que de poblar y hacer asiento en aquella tierra habia tenido, mas antes sus capitanes y soldados volvieron atras, y se trocaron en contra, como suele acaecer donde quiera que falta la cabeza principal de gobierno: que como todos los capitanes y soldados del exército hubiesen andado descontentos por no ha-

berse hallado en la Florida las partes que pretendian, aunque tenia las demas calidades que hemos dicho, y como hubiesen deseado salirse de ella, y que solo el respeto del Gobernador les hubiese refrenado, muerto él, de comun consentimiento de los mas poderosos fue acordado que lo mas presto que les fuese posible saliesen de aquel reyno: cosa que ellos despues lloraron todos los dias de su vida, como se suele llorar lo que sin prudencia ni consejo se determina y executa. Y el contador Juan de Añasco, que como ministro de la hacienda de su rey, caballero y hombre noble por sí, y uno de los que mas habian trabajado en este descubrimiento, estaba obligado á sustentar la opinion tan acertada de su Capitan General, y á salir con su empresa y conquista, siquiera por no perder lo trabajado, pues para todos ellos era de tanta honra y pro-

vecho, y para la Corona Real de España de tanta grandeza, magestad y aumento, como hemos visto, no solamente no contradixo á los demas Capitanes y Caballeros que eran de parecer que dexasen aquel gran reyno, mas antes él mismo se ofreció á los guiar y sacar con brevedad al término y jurisdiccion de México, porque se picaba de cosmografo, y presumia en su ciencia ponerlos presto en salvo, no mirando las provincias largas, los rios caudalosos, los montes asperos y esteriles de comida, las cienegas tan dificultosas que habian pasado, antes lo allanó todo. Porque esta nuestra ambicion y deseo, quando se desordena, suele facilitar los trabajos, y allanar las dificultades de sus pretensiones, para despues dexarnos perecer en ellas.

Dioles animo y osadia para esta determinacion la memoria de ciertas nuevas falsas que el invierno pa-

sado, y el verano antes los Indios les habian dicho, que al poniente, no lejos de donde ellos andaban, habia otros Castellanos que andaban conquistando aquellas provincias.

Estas hablillas pasadas resucitaron los Españoles en su memoria, y haciéndolas verdaderas decian, que debia ser gente que hubiese salido de México á conquistar nuevos reynos; y que segun los Indios decian, no debian de estar lejos los unos de los otros: que seria bien los fuesen á buscar, y habiéndoles hallado, les ayudasen á conquistar y pobiar, como si ellos no hubieran hallado qué conquistar, ni tuvieran qué poblar.

Con este comun consentimiento, tan mal acordado, salieron nuestros Españoles de Guachoya á los quatro ó cinco de Julio, enderezando su viage al poniente, con intencion de no torcer á una ni á otra parte, porque les parecia que siguiendo aquel

rumbo habian de salir á tierra de México, y no miraban que segun su cosmografía estaban en mucha mayor altura que las tierras de la Nueva-España.

Con el deseo que llevaban de verse en ellas, caminaron mas de cien leguas á las mayores jornadas que pudieron, por diferentes tierras y provincias que las que hasta entonces habian visto, empero no tan fértiles de comida, ni tan pobladas de gente como las pasadas, y no podrémos decir cómo se llamaban estas provincias, porque como ya no tenian intencion de poblar, ni procuraban saber los nombres, ni informarse de las calidades de las tierras, solo pretendian pasar por ellas con toda la prisa que podian; y por esto no tomaron los nombres, ni pudieron dármelos á mí.

CAPÍTULO II.

De algunas supersticiones de los Indios así de la Florida como del Perú. Los Españoles llegan á Auche.

Volviendo en nuestro cuento algo atrás de donde quedamos, es de saber, que quando los Españoles salieron del pueblo Guachoya, se fue con ellos de su voluntad un Indio de diez y seis ó diez y siete años, gentil hombre de cuerpo, y hermoso de rostro, como lo son en comun los naturales de aquella provincia. Habiendo caminado tres ó quatro jornadas, echaron de ver en él los criados del Gobernador Luis de Moscoso, á los quales el Indio se habia allegado, y como lo estrañasen y viesen que iba de su grado, temiendo fuese espia, dieron cuenta de ello al General, el qual lo envió á llamar, y

con los intérpretes, y entre ellos Juan Ortiz, le preguntó dixese la causa por qué dexando sus padres, parientes, amigos y conocidos se iba con los Españoles no los conociendo. El Indio respondio: Señor, yo soy pobre y huérfano, mis padres á su muerte me dexaron muy niño y desamparado, y un Indio principal de mi pueblo, pariente cercano del curaca Guachoya, con lástima que de mí tuvo me recogió en su casa, y me crió entre sus hijos, el qual á la partida de V. S. quedaba enfermo y desahuciado de la vida.

Sus parientes, muger é hijos, luego que lo vieron así, me eligieron y nombraron para que en muriéndose mi amo me enterrasen con él vivo como estoy; porque decian que mi señor me habia querido mucho y que por este amor era razon que yo fuese con él a servirle en la

otra vida; y aunque es verdad que por haberme criado le tengo obligacion, y le quiero bien, no es ahora tanto el amor que huelgue me entierren vivo con él.

Por huir esta muerte, no hallando remedio mejor, acordé venirme con la gente de V. S., que mas quiero ser su esclavo, que verme enterrar vivo: esta es la causa de mi venida, y no otra.

El General y los que con él estaban se admiraron de haber oido al Indio, y entendieron que la costumbre y abusion de enterrar vivos los criados y las mugeres con el hombre principal difunto, tambien se usaba y guardaba en aquella tierra, como en las demas del Nuevo Mundo hasta entonces descubiertas.

En todo el imperio de los Incas que reynaron el Perú se usaba largamente enterrar con los reyes y grandes señores, sus mugeres, la

mas queridas, y los criados mas favorecidos y allegados á ellos, porque en su gentilidad tuvieron la inmortalidad del anima, y creian que despues de esta vida habia otra como ella misma y no espiritual, empero con pena y castigo para el que hubiese sido malo; y con gloria, premio y galardon para el bueno: y asi dicen Hanampacha, que quiere decir mundo alto, por el Cielo, y Veupacha, que significa Mundo baxo, por el infierno, y llaman Zupay al diablo, con quien dicen que van los malos; y de esto tratarémos mas largo en la Historia de los Incas.

Y volviendo á nuestros Castellanos, que los dexamos ansiosos por caminar mucho, y despues les ha de pesar por haber caminado tanto, decimos, que habiendo pasado las provincias que no podimos nombrar, por no saber los nombres de ellas, por las quales caminaron mas de

cien leguas, al fin de ellas llegaron á una provincia llamada Auche. y el Señor de ella les salió á recibir con muchas caricias que les hizo, y les hospedó con muestras de amor, y dixo tenia gran contento de verlos en su tierra, mas como despues verémos, todo era falso y fingido.

Dos dias descansaron los Españoles en aquel pueblo Auche, que era el principal de la provincia, é informándose de lo que á su viage convenia, supieron que a dos jornadas del pueblo habia un gran-despoblado que pasar de quatro dias de camino. El cacique Auche les dió Indios cargados de maiz para seis dias, y un Indio viejo que los guiase por el despoblado hasta sacarlos á poblado; y en presencia de los Españoles, haciendo mucho del amigo, le mandó que los llevase por el mejor y mas corto camino que sabia.

Con este recaudo salieron los nues-

tros de Auche, y en dos jornadas llegaron al despoblado, por el qual caminaron otros tres dias por un camino ancho que parecia camino real; mas al fin de las dos jornadas se fue estrechando de poco en poco hasta perderse del todo; y sin camino anduvieron otros seis dias por donde el Indio queria llevarlos, con decirles que los llevaba por atajos, sin camino, para mas ayna salir á poblado.

Los Españoles, al cabo de los ocho dias que habian andado por aquellos desiertos, montes y breñales, viendo que no acababan de salir de ellos, advirtieron en lo que hasta entonces no habian mirado y fue, que el Indio los habia traido al retortero, guiándolos unas veces al norte, otras al poniente, otras al mediodia, otras volviéndolos hácia el levante, lo qual no habian notado antes, por el mucho deseo que llevaban de pasar ade-

lante, y por la confianza qué en su guia habian tenido que no los engañaria. Advirtieron asimismo, que habia tres dias que caminaban sin comer maiz, ni otra vianda, sino yerbas y raices; y que por horas iban creciendo las dificultades, y menguaban las esperanzas de salir de aquellos desiertos, porque no tenian comida ni camino.

CAPITULO III.

Los Españoles matan á la guia Un hecho particular de un Indio.

El Gobernador Luis de Moscoso mandó llamar ante sí al Indio que le habia guiado; y por sus interpretes le pregunto, como no los sacaba de aquel despoblado al fin de ocho dias que habia que andaban perdidos por él, pues a la salida de su pueblo se habia ofrecido pasarlo

en quatro dias, y salir á tierra poblada. El Indio no respondió á propósito, antes dixo impertinencias que le parecia le disculpaban del cargo que le hacian; de lo qual enojado el Gobernador, y de ver su exército en tanta necesidad por malicia del Indio, mando lo atasen á un árbol, y le echasen los alanos que llevaban, y uno de ellos lo zamarreó malamente.

El Indio, viéndose lastimar, y con el miedo que cobró de que lo habian de matar, pidió le quitasen el perro, que él diria la verdad de todo lo que en aquel caso pasaba, y habiéndoselo quitado dixo: Señores mi curaca y señor natural me mandó á vuestra partida hiciese lo que he hecho con vosotros, porque me abrió su pecho diciendo, que porque él no tenia fuerzas para degollaros todos en una batalla, como lo quisiera, habia determinado mata-

ros con astucia y maña, metiendoos en estos montes y desiertos bravos, donde pereciesedes de hambre, y que para poner en obra este su deseo, me elegia á mi como á uno de sus mas fieles criados, para que os descaminase por donde nunca acertasedes á salir á poblado; y que si yo saliese con la empresa, me haria grandes mercedes, y donde no, me mataria cruelmente.

Yo, como siervo, hice lo que mi señor me mandó, como creo lo hiciera qualquiera de vosotros si el vuestro os lo mandara: fui forzado á lo hacer, por el respeto y obediencia del superior, y no por voluntad y animo que yo haya tenido de mataros, que cierto no lo he deseado ni lo deseo, porque no me habeis hecho porqué: y bien mirado vosotros teneis la mayor parte de esta culpa que me poneis, porque os habeis dexado traer asi con tanto des-

cuido de vosotros mismos, que no habeis sido para hablarme una palabra acerca del camino: que si el primer dia que se perdió me preguntasedes algo de lo que agora me pedis, os hubiera dicho todo esto, y con tiempo se hubiera remediado el mal presente: y aun ahora no es tarde, que si me quereis otorgar la vida, pues para lo pasado fuí mandado, y no pude hacer otra cosa, yo enmendaré el yerro que todos hemos hecho, que yo me ofrezco á sacaros de este desierto, y poneros en tierra poblada antes que pasen los tres dias venideros, que caminando siempre hacia el Poniente sin torcer á otra parte, saldremos presto de este despoblado; y si dentro de este término no os sacare de él, matadme entonces, que yo me ofrezco al castigo,

El General Luis de Moscoso y sus Capitanes se indignaron tanto de saber la mala intencion del Cu-

raca, y el engaño que el Indio les habia hecho, que ni admitieron sus buenas razones para que le disculparan de su delito, ni quisieron concederle sus ruegos para otorgarle la vida, ni aceptar sus promesas para fiarse en ellas; antes diciendo todos á una, quien tan malo nos ha sido hasta aquí, peor nos será de aquí adelante, mandaron soltar los perros, los quales, con la mucha hambre que tenian, en breve espacio lo despedazaron y se lo comieron.

Esta fué la venganza que nuestros Castellanos tomaron del pobre Indio que les habia descaminado, como si ella fuera de alguna satisfaccion para el trabajo pasado, o remedio para el mal presente, y despues de haberla hecho, vieron que no quedaban vengados, sino peor librados que antes estaban; porque totalmente les faltó quien los guiase, por haber dado licencia para que

se volviesen á sus tierras los demas Indios que habian traido el maiz, luego que se les acabó la comida, y asi se hallaron del todo perdidos.

Puestos en esta necesidad los españoles, confusos y arrepentidos de haber muerto al Indio, el qual si lo dexaran vivo pudiera ser que como lo habia prometido los sacara á poblado, viendo que no tenian otro remedio, tomaron el mismo que el Indio les habia dicho, dándole crédito despues de muerto á lo que no le habian querido creer en vida, que era que caminasen hacia el poniente, sin torcer á una mano ni á otra.

Asi lo hicieron, y caminaron tres dias con grandisima hambre y necesidad, porque en los otros tres pasados no habian comido sino yerbas y raices: valiòles mucho en este trabajo ser los montes de aquel despoblado claros y no cerrados, como los hay en otras partes de Indias,

que son como un muro, que si lo fueran, perecierán de hambre antes de salir de ellos.

Con estas dificultades siguieron su camino, siempre al poniente; y al fin de los tres dias, desde lo alto de unos cerros por donde iban, descubrieron tierras pobladas, de que recibieron el contento que se puede imaginar, aunque llegando á ellas hallaron que los Indios se habian ido al monte, y que las tierras eran flacas y estériles, con pueblos no como los pasados, sino de casas derramadas por el campo de quatro en quatro, y de cinco en cinco, mal hechas, y peor aliñadas, que mas parecian chozas de meloneros que casas de morada; mas con todo eso mataron su hambre con mucha carne fresca de vaca que en ellas hallaron, y pellejos de poco tiempo quitados, aunque nunca hallaron vacas en pie, ni los Indios quisieron de-

cir jamas donde las traian.

El segundo dia que caminaron por aquella provincia estéril y mal poblada, la qual los nuestros llamaron de los Vaqueros, por la carne y pellejos de vacas que en ella hallaron, quiso un Indio mostrar su animo y valentía con un hecho estraño que hizo de loco, y fué, que habiendo caminado los Españoles la jornada de aquel dia, se alojaron en un llano, y estando todos sosegados, vieron salir de un monte que estaba no lejos del Real un Indio solo, y venir hácia ellos con un hermoso plumage en la cabeza, su arco en la mano, y el carcax de las flechas á las espaldas, que declinaba algun tanto sobre el hombro derecho, como todos ellos lo traen siempre.

Los Castellanos que estaban por donde el Indio acertó á salir del monte, viéndole venir solo y tan pacífico, no se alborotaron, antes en-

tendiendo que traia algun recaudo del cacique para el Gobernador, le dexaron llegar. El qual, viéndose á menos de cincuenta pasos de una rueda de Españoles que en pie estaban hablando, puso con toda presteza y gallardía una flecha en el arco, y apuntando á los de la rueda que le estaban mirando, la soltó con grandísima pujanza. Los Christianos, viendo que los tiraba, se apartaron á priesa á una mano y á otra, y algunos se dexaron caer en el suelo, y así se libraron del tiro, mas la flecha pasó adelante, y dió en cinco ó seis Indias que debaxo de un árbol estaban aderezando de comer para sus amos, y a una de ellas dió por las espaldas y la paso de claro, y á otra que estaba de frente dió por los pechos, y tambien la pasó, aunque quedo la flecha en ella, y las Indias cayeron luego muertas.

Habiendo hecho este bravo tiro,

volvió el Indio huyendo al monte, y corria con tanta velocidad y ligereza, que bien mostraba haberse fiado en ella para venir á hacer lo que hizo.

Los Españoles tocaron arma y dieron grita al Indio, ya que no podian seguirle. El Capitan Baltasar de Gallegos, que acertó á hallarse á caballo, acudió al arma, y viendo ir huyendo al Indio, y oyendo que los Españoles decian muera, muera, sospechó lo que podia haber hecho, corrió en pos de él, y cerca de la guarida lo alcanzó y mató, que no gozo el triste de su valentía temeraria, como son todas las mas que en la guerta se hacen.

CAPITULO IV.

Dos Indios dan à entender que desafian á los Españoles á batalla singular.

Tres dias despues de este hecho, en la misma provincia que llamaron de los Vaqueros, acaeció otro no menos estraño, y fué, que como el General, sus capitanes y soldados dexasen de caminar un dia por descansar del trabajo pasado de las jornadas largas que hasta allí habian hecho, vieron á las diez del dia venir por un hermoso llano dos Indios gentiles hombres, compuestos de grandes plumages, con sus arcos en las manos, y las flechas en sus aljavas en las espaldas; y como llegasen doscientos pasos del real, se pusieron á pasear cerca de un nogal que allí habia, y no se paseaban ambos juntos hombro á hombro, sino pa-

sando el uno por el otro, para que cada uno de ellos guardase las espaldas al compañero; asi anduvieron casi todo el dia, sin hacer cuenta de los Negros, Indios, Indias y muchachos que con agua y leña por cerca de ellos pasaban: de donde vinieron los Castellanos à entender que no lo habian por la gente de servicio, sino por ellos, y dieron cuenta del hecho al Gobernador. El qual mandó luego echar vando, que no fuese soldado alguno á ellos, sino que los dexasen para locos.

Los Indios se pasearon hasta la tarde sin hacer otra cosa, como que esperaban los Españoles que dos á dos quisiesen ir á combatir con ellos. Ya cerca de ponerse el sol vino una compañia de caballos que habia salido de mañana à correr el campo, los quales tenian su alojamiento cerca de donde los Indios andaban paseando, y como los viesen, pregun-

taron qué Indios eran aquellos. Habiéndolo sabido, ý lo que sobre ello se habia mandado, que los dexasen para locos, obedecieron todos, salvo uno que por mostrar su valentia quiso ser inobediente, y diciendo pese á tal, no sera bien que haya otro mas loco que ellos que les castigue la locura, se fue corriendo à ellos. Este soldado era natural de Segovia, y se decia Juan Paez.

Los Indios, viendo que los acometia un Castellano solo, salio a recibirle el que mas cerca de él se halló, por dar a entender que habia pedido batalla singular. El otro Indio se aparto y metió debaxo del nogal, en confirmacion de la intencion que tenian, que era pelear uno á uno, y que su compañero, para un Castellano solo, aunque á caballo, no queria socorro.

Juan Paez arremetió al Indio á toda furia por llevarlo de encuentro,

El infiel qne le esperaba con una flecha puesta en el arco, viéndole llegar á tiro, se la tiró, y le dió por la sangradura del brazo izquierdo sobre una manga de malla, y rompiendo la cota por ambas partes, quedó la flecha atravesada en el brazo: de la qual herida, y del golpe que fue muy grande, no pudo Juan Paez menear el brazo, las riendas se cayeron de la mano, y el caballo que las sintio caidas, paró del golpe, que es muy ordinario de los caballos hacerlo así quando las sienten caer, y tambien es aviso del ginete soltarlas de golpe quando el caballo le huye y no quiere parar.

Los compañeros de Juan Paez, que aun no se habian apeado, viendole en tal peligro, arremetieron todos juntos á toda priesa por le socorrer antes que el enemigo lo matase. Los Indios, viendo ir tantos caballos contra ellos, se pusieron en

huida á un monte que allí cerca habia, mas antes que á él llegasen los alanzearon, no guardando buena ley de guerra, que pues los Indios no habian querido ser dos contra un Español, fuera razon que tantos Españoles á caballo no fueran contra dos Indios de á pie.

Con estos sucesos, aunque singulares, que por no haber acaecido otros mayores los contamos, caminaron los Castellanos por la provincia que llamaron de los Vaqueros mas de treinta leguas. Al fin de ellas se acabó aquella mala poblacion, y descubrieron al poniente de como iban unas grandes sierras y montes, y supieron que eran despoblados.

El Gobernador y sus Capitanes escarmentados de la hambre y trabajo que pasaron en los desiertos que atras dexaron, no quisieron pasar adelante, hasta haber descubierto camino que los sacase a poblado, y

quisieron llevar prevenidos los inconvenientes que hubiese. Para lo qual mandaron, que saliesen tres compañias de á caballo de á veinte y quatro caballos, y por tres partes fuesen todos encaminados al poniente, á descubrir lo que por aquel parage hubiese

Mandaronles que entrasen la tierra adentro, se alejasen todo lo mas que les fuese posible, y traxesen relacion, no solamente de lo que viesen, sino que tambien la procurasen de lo que mas adelante hubiese, y para interpretes les dieron Indios de los mas ladinos que entre los Españoles habia domesticos.

Con esta órden salieron del Real los setenta y dos caballeros, y dentro de quince dias volvieron todos casi con una misma relacion, diciendo, que cada quadrilla habia entrado mas de treinta leguas, y hallado tierras muy esteriles y de poca

gente, y tanto peores quanto mas adelante pasaban: que esto era lo que habian visto, y de lo de adelante traian peores nuevas, porque muchos Indios que habian preso, y otros que los habian recibido de paz, les habian dicho que era verdad que adelante habia Indios; empero que no vivian en pueblos poblados, ni tenian casas en que habitasen, ni sembraban sus tierras, sino que era gente suelta que andaba en quadrillas cogiendo las frutas, yerbas y raices que la tierra de suyo les daba, y que se mantenian de cazar y pescar, pasandose de unas partes á otras, conforme á la comodidad que el tiempo les daba para sus pesquerias y cacerias. Esta relacion truxeron las tres quadrillas, con poca ó ninguna diferencia de la una a la otra.

Alonso de Carmona, ademas de la relacion dicha, añade en este paso, que les dixeron los Indios, que ade-

lante de aquella provincia donde estaban, al poniente, habia muy grandes poblados de tierra muy llana, y muchos arenales, donde se criaban la vacas, cuyos eran los pellejos que habian visto, y que habia mucha suma de ellas.

CAPITULO V.

Vuelven los Españoles en demanda del rio grande: trabajos que en el camino pasaron.

El Gobernador Luis de Moscoso y sus Capitanes, habiendo oido la buena relacion del camino por donde se habian prometido salir a tierra de Mexico, y habiendo platicado sobre ello, y considerando las dificultades de su viage, acordaron no pasar adelante, por no perecer de hambre atajados en aquellos desiertos, que no sabian donde iban a parar, sino que volviesen atras en demanda del

mismo rio grande que habian dexado; porque ya les parecia que para salir de aquel reyno de la Florida no habia camino mas cierto que echarse por el rio abaxo, y salir a la mar del norte.

Con esta determinacion procuraron informarse del camino que podian llevar á la vuelta, huyendo de las malas tierras y despoblados que al venir habian pasado, y supieron, que volviendo en arco sobre mano derecha de como habian venido, era camino mas corto para su viage, mas que les convenia pasar otros muchos despoblados y desiertos; empero que si quisiesen volver sobre mano izquierda haciendo el mismo arco, aunque alargaban mas el camino, irian siempre por tierras pobladas, donde hallarian comida é Indios que los guiasen.

Habida esta relacion se dieron prisa á salir de aquellas malas

tierras de los Vaqueros, y caminaron en arco hácia el mediodia, llevando siempre aviso de lo que adelante en el camino habia, por no caer en algun desierto, donde no pudiesen salir; y aunque los Castellanos caminaban con cuidado de no hacer agravio á los Indios, por no los irritar á que les hiciesen guerra; y aunque hacian grandes jornadas para salir presto de sus provincias, los naturales de ellas no las dexaban pasar en paz, antes á todas las horas del dia y de la noche los sobresaltaban con armas y rebatos, y para mas sobresaltarles, se metian en los montes donde los habia cerca del camino, y donde no los habia se echaban en el suelo, se cubrian con yerba, y al pasar de los nuestros, que iban descuidados, no viendo gente, se levantaban á ellos, y los flechaban malamente, y en revolviendo sobre ellos echaban á huir.

Estos rebatos eran tantos y tan continuos, que apenas habian echado los enemigos de la vanguardia, quando acudian otros por la retaguardia, y muchas veces a un mismo tiempo por tres y quatro partes, y dexaban siempre hecho daño con muertes y heridas de hombres y caballos: y esta provincia de los Vaqueros fue donde los Españoles, sin llegar á las manos con los enemigos, recibieron mas daño que en otra alguna de quantas anduvieron, particularmente el dia postrero que por ella caminaron, que acertó á ser el camino aspero, por montes y arroyos, pasos muy propios para salteadores, como lo eran aquellos Indios, donde entrando y saliendo a su salvo, no cesaron en todo el dia de sus acometimientos, con que mataron é hirieron muchos Castellanos, é Indios de servicio y caballos.

En el postrer asalto, que fué

al pasar de un arroyo donde habia mucho monte, hirieron á un soldado natural de Galicia, llamado Sanjurge, de quien al principio de esta historia hicimos mencion, y por haber sido hombre notable, será razon digamos algunas cosas suyas en particular, pues todas son de nuestra historia, y porque son extraordinarias, remito lo que sobre ellas, y sobre qualquiera otra cosa que aqui ó en otra parte dixere, á la correccion y obediencia de la Santa Madre Iglesia Romana, cuyo catolicísimo hijo soy, por la misericordia de Dios, aunque indigno de tal Madre.

Yendo Sanjurge por medio del arroyo, le tiro un Indio de entre las matas un flechazo tan recio, que le rompio unos calzones de malla, y le atraveso el muslo derecho, y pasando las tejuelas y bastos de la silla llegó á herir al caballo con dos ó tres dedos de flecha, el qual salio cor-

riendo del arroyo á un llano, echando grandes coces y corcobos por despedir la flecha, y á su amo si pudiera.

Los Españoles que se hallaron cerca acudieron al socorro, y viendo que Sanjurge estaba clavado con la silla, y que el alojamiento se hacia cerca de donde estaba, lo llevaron asido á él y á su caballo hasta su quartel, donde alzándole de la silla, por entre ella y el muslo le cortaron la flecha, y luego con gran tiento quitaron la silla, y vieron que la herida del caballo no habia sido penetrante; empero se admiraron que la flecha, siendo de las comunes que los Indios hacen de municion sin casquillo, hubiese penetrado tanto, que era de carrizo, y la punta hecha de la misma caña cortada al sesgo y tostada al fuego.

A Sanjurge dexaron tendido en el llano á beneficio de su habilidad,

que entre muchas que tenia era una curar heridas con aceyte, lana sucia y palabras que llamaban de ensalmo, que en este descubrimiento habia hecho muchas curas de grande admiracion, que parecia tener particular gracia de Dios para ellas; empero despues que en la batalla de Mauvila se les quemó el aceyte, la lana sucia, y lo demas que los Castellanos llevaban, habia dexado de curar; y aunque el mismo se habia visto herido otras dos veces, la una de una flecha que le entró por el empeyne, y le salió al calcañar, de que estuvo mas de quatro meses en sanar, y la otra de otra flecha que le dió en la coyuntura y juego de la rodilla, donde se le quedó quebrado el casquillo, que era de cuerna de venado, y para lo sacar le habian hecho grandes martirios, con todo eso no habia querido curarse el á si ni á otro herido, entendiendo

que no aprovechaba la cura sin azey-
te y lana sucia.

Ahora pues, viendo la necesidad que tenia, y no queriendo llamar al cirujano, por una rencilla que con él habia tenido, que por la aspereza y crueldad con que le curaba la herida de la rodilla, enfadado de la torpeza de sus manos, por gran injuria le habia dicho, que si otra vez se viese herido no le llamaria aunque supiese morir, y el cirujano en su satisfaccion le habia respondido, que aunque supiese darle la vida no le curaria, que no le llamase quando lo hubiese menester, guardando entre ellos este enojo de tanta importancia, ni Sanjurge quiso llamar el cirujano, ni el cirujano quiso comedirse á ir á le curar, aunque supo que estaba herido, por lo qual le pareció socorrerse de lo que sabia, y en lugar de azeyte tomó unto de puerco, y por lana sucia las hila-

chas de una manta vieja de Indios que muchos dias habia, que entre los Castellanos no habia camisa ni cosa de lienzo, y fue de tanto provecho la cura que se hizo, que en quatro dias que el exército, por los muchos heridos que llevaba, descansó en aquel alojamiento, sanó, y al quinto dia, caminando los nuestros, Sanjurge subió en su caballo, y para que los Españoles viesen que estaba sano, corrió por un lado y otro del exército diciendo á grandes voces: Dadme la muerte Christianos, que os he sido traidor y mal compañero, que por no haber yo querido curar, entendiendo que la virtud de mis curas estaba en el aceyte y lana sucia, he dexado morir mas de ciento y cincuenta de los vuestros.

Con los sucesos que hemos contado salieron los Castellanos de la provincia de los Vaqueros, y caminaron á largas jornadas veinte dias

por otras tierras que no les supieron los nombres : llevaban su viage en arco hácia el mediodia ; y por parecerles que decaian mucho de la provincia de Guachoya , donde deseaban volver, enderezaron su camino al levante, con advertencia que siempre fuesen subiendo al norte. Caminando de esta suerte, llegaron á cruzar el camino que á la ida habian llevado, mas no lo conocieron, por la poca cuenta que al ir habian tenido de las tierras que atras dexaban.

Quando llegaron á aquel paso era ya mediado septiembre , y habiendo caminado casi tres meses despues que salieron del pueblo de Guachoya, en todo aquel tiempo y largo camino, aunque no tuvieron batallas campales , nunca les faltaron rebátos y sobresaltos que los Indios á todas horas del dia y de la noche los daban , con que nunca dexaban de

hacer daño, principalmente en los que se desmandaban del Real, que acechándolos como salteadores, viendolos apartados de la compañia, luego los flechaban, y asi mataron en veces mas de quarenta Españoles en solo este viage. De noche entraban en el Real á gatas, y arrastrándose por el suelo como culebras, sin que las centinelas los sintiesen, flechaban los caballos y á las mismas centinelas, tomándolos por las espaldas, en castigo de que no los hubiesen visto ni oido, asi mataron una noche dos centinelas Con estas pesadumbres continuas traian los Indios muy fatigados á nuestros Castellanos.

Un dia de los de este viage acaeció, que como algunos Españoles tuviesen falta de servicio, pidieron licencia al Gobernador para quedarse emboscados docena y media de ellos, y prender diez o doce Indios.

de los que á la pospartida de los Españoles solian venir á su alojamiento á rebuscar lo que en él quedaba, como si dexaran cosas de provecho.

Con la licencia del General quedaron una docena de caballos y otra de infantes metidos entre unos árboles espesos, y en el mas alto de ellos pusieron una atalaya que diese aviso quando hubiese Indios, y en quatro lances, con mucha facilidad, prendieron catorce Indios, sin que hiciesen resistencia alguna, y queriendo irse los Castellanos con la presa, habiéndola repartido entre ellos, salió Maestre Francisco Ginovés, á cuya requesta se habia pedido la licencia, el qual no contento con dos Indios que le habian dado, dixo, que habia menester otro, y que no se fuese hasta que lo hubiesen preso.

Los compañeros le dixeron, que

por aquella vez se contentasen con los que tenia, que ellos le prometian acompañarle otro dia que los quisiesen prender. Maestre Francisco, obstinado en su pretension dixo, que aunque se quedase solo no se habia de ir de allí hasta haber preso un Indio, que lo habia menester; y aunque cada uno de los compañeros le ofreció el que le habia cabido en suerte, por agradarle, porque entendian que presto le habrian menester para el hacer de los vergantines, no quiso aceptarlo, diciendo que no habia de ser tan descomedido que quitase á otro lo que le hubiesen dado por suyo, que él queria que se prendiese un Indio en su nombre. Con esta porfía rindió a sus compañeros á que se quedasen en la emboscada contra la voluntad de todos ellos, que parece que adivinaban el mal suceso. Poco despues dió el atalaya aviso que habia un Indio en el puesto.

Los Castellanos, con deseo de irse, no aguardaron que viniesen mas Indios, y asi salió corriendo uno de á caballo, que se decia Juan Paez, natural de Segovia, de quien atras hicimos mencion, que no escarmento de lo pasado arremetió con el Indio. El qual, porque no le atropellase el caballo, se metió debaxo de un árbol, puso una flecha en el arco, y esperó al Castellano.

Este, pasando por lado, le tiró al traves una impertinente lanzada. El Indio al emparejar del caballo le tiró la flecha, le dio junto al codillo izquierdo, le hizo ir tropicando mas de veinte pasos, y cayó muerto. En pos de Juan Paez habia salido otro de á caballo, que era su camarada y de su propia tierra, y habia nombre Francisco de Bolaños, el qual arremetió con el Indio, y no pudiendo entrar debaxo del arbol, le tiró por el lado un golpe de lanza, poniên-

dola sobre el brazo izquierdo, que fue de ningun efecto.

El Indio, que presumia emplear mejor sus flechas que los Castellanos sus lanzas, tiró una al caballo, y le dio por el mismo lugar que al primero; de tal manera, que por los mismos pasos del otro fue rodando, y cayó muerto á sus pies. Felicisimos dos tiros, si al tercero no hallara contradiccion, que le cortó el hilo de la buena dicha: otro lance al propio contamos haber pasado en la provincia de Apalache.

CAPITULO VI.

Trabajos insoportables que los Españoles pasaron hasta llegar al rio grande.

Un caballero natural de Badajoz. de una de las muy nobles familias que hay en aquella ciudad, llamado Juan de Vega, que yo en el Perú

conoci, y despues en España, entendiendo que para un Indio solo à pie bastaban dos Castellanos á caballo, se habia detenido en la carrera, aunque habia salido en pos de ellos. Viendolos ahora caidos en tierra, y sus caballos muertos, arremetio á toda furia á matar al Indio. Por otra parte los dos soldados, levantándose del suelo, fueron á él con sus lanzas en las manos. El Indio, que se vió acometer por dos partes, salió corriendo del árbol á recibir al caballero, haciendo mas cuenta de él solo que de los que habia hecho infantes y peones, por parecerle que si le matase el caballo como á los otros dos, quedaria libre de todos tres, para acogerse por sus pies sin que le ofendiesen, por la comun ventaja que en el correr hacen los Indios á los Españoles: hubierale sucedido el hecho como lo pudiera haber pensado, si Juan de Vega no viniera tan bien

apercibido, que traia en su caballo un pretal de media vara en ancho de tres dobleces, de cuero de vaca, que los Españoles curiosos hacian semejantes pretales de las pieles de vacas, leones, osos ó venados que podian haber para defensa de los caballos. Habiendo salido el Indio del árbol con todo el buen ánimo que un hombre puesto en tal peligro podia mostrar, tiró una flecha al caballo de Juan Vega, y acertando en el pretal, pasó los tres dobleces del cuero, y le hirió con quatro dedos de flecha por los pechos, y por tan buen derecho, que si no llevara el pretal, fuera á parar al corazon; mas no quiso darle tanto la fortuna de la guerra.

Juan de Vega lo alanceó y mató; empero con su muerte no quitaron los nuestros el dolor que tenian de haber perdido en tan triste ocasion dos caballos, en tiempo que tanto los habian menester, que ya

llevaban pocos; y quando llegaron á ver el Indio, se les dobló la pena y enojo, porque su disposicion no era como la de los otros Floridos, que en comun son bien dispuestos y membrudos, y aquel era pequeño, flaco y diminuido, que su talle no prometia valentia alguna, mas su buen animo y esfuerzo la hizo tan hazañosa que admiro y dexó que llorar á sus enemigos. Los quales, maldiciendo su desdicha, y á maestre Francisco que la habia causado, se pusieron en camino, y alcanzaron al exército, donde por todos fue de nuevo llorada la pérdida de los caballos, porque en ellos tenian sus mayores fuerzas y esperanzas para qualquiera trabajo que se les ofreciese.

Con las molestias, tantas y tan continuas que los Indios hacian á los Españoles, caminaron en demanda de la provincia de Guachoya y del rio grande hasta fin de Octubre

del año de mil quinientos quarenta y dos, por el qual tiempo empezó el invierno muy riguroso, con muchas aguas, frios y vientos recios; y como deseaban llegar al término señalado, no dexaban de caminar todos los dias por muy mal tiempo que hiciese, y llegaban llenos de agua y de lodo á los alojamientos, donde tampoco hallaban que comer sino lo iban á buscar, y las mas veces lo ganaban a fuerza de brazos, y á trueque de sus vidas y sangre.

Con estas necesidades, y los males temporales sintieron el trabajo del camino mas que hasta allí lo habian sentido, y pasando el tiempo mas adelante cargaron las aguas, cayeron muchas nieves, crecieron los rios, y la dificultad del pasarlos, que aun los arroyos no se podian vadear; por lo qual casi á cada jornada era menester hacer balsas para los pasar, y con algunos pasos de

rios se detenian cinco, seis, siete y ocho dias, por la contradicion perpetua de los enemigos, y por el mal recaudo que hallaban para las balsas; de cuya causa se les aumentaba y alargaba el trabajo, el qual muchas noches, sin el que se habia pasado de dia, era tan excesivo, que por no hallar el suelo para poder reposar en él, por la mucha agua y cieno que tenia, dormian ó pasaban la noche los de á caballo encima de sus caballos, que no se apeaban de ellos, y los de á pie queden á imaginacion de los que leyeren este paso, como lo pasarian, pues traian el agua á las rodillas, y á medias piernas, donde menos habia.

Por otra parte, como la ropa que traian vestida fuese de gamuza, y otras pieles semejantes, y siendo sola una ropilla ceñida sirviese de camisa, jubon, sayo y capa, y con las muchas aguas y nieves, y con

el pasar de los muchos rios siempre la traxesen mojada, que por maravilla se les enjugaba, y ellos anduviesen en piernas, sin medias calzas, zapatos, ni alpargates; y como á estas necesidades proprias é inclemencias del cielo se añadiese el mal comer, no dormir, y el mucho cansancio del camino tan largo y trabajoso, enfermaron muchos Españoles é Indios de los domésticos que llevaban de servicio.

No contenta la enfermedad con la gente, pasó á los caballos; y creciendo mas y mas en todos, empezaron á morir hombres y bestias en gran número, que cada dia fallecian dos ó tres Españoles, y dia hubo de siete, y al mismo paso iban los caballos y los Indios de servicio, los quales, por la falta que á sus amos hacian, que les servian como hijos, eran llorados no menos que los mismos compañeros, y de estos Indios

casi no escapó alguno: que Español hubo que llevaba quatro y se le murieron todos, y con la prisa que llevaban de pasar adelante, apenas tenian lugar de enterrar los difuntos, que muchos quedaron sin sepultura, y los que enterraban quedaban á medio cubrir, porque no podian mas, que los mas fallecian caminando, é iban á pie, por no haber en que los llevar, que los caballos tambien iban enfermos, y los sanos reservaban de llevar enfermos, porque en ellos salian á resistir los enemigos que llegaban á dar los rebatos y armas continuas.

Con estas miserias y aflicciones que los nuestros llevaban, no se descuidaban de velar de noche y dia, poniendo sus centinelas y cuerpos de guardia como gente de guerra, porque los enemigos no los hallasen desapercebidos, para lo qual habia tan poca salud, y tantos males como se ha dicho.

Aquí en este paso, habiendo contado largamente las miserias y trabajos de este viage, dice Alonso de Carmona, que hallaron una puerca que á la ida se les habia quedado perdida, que estaba parida con trece lechones ya grandes, y que todos estaban señalados en las orejas, y cada uno con diferente señal. Debió ser que hubiesen repartido los Indios entre sí, y señaladolos con las propias señales, de donde se puede sacar que hayan conservado aquellos Indios este ganado.

Con las inclemencias del cielo, y persecuciones del ayre, agua y tierra, y trabajos de hambre, enfermedad y muertes de hombres y caballos, con el cuidado y diligencia aunque flaca de recatarse y guardarse de sus enemigos, y con la continua molestia de armas, rebates y guerra que ellos les hacian, caminaron nuestros Castellanos todo el

mes de Septiembre y Octubre hasta los últimos de Noviembre, que llegaron al rio grande, que tan deseado y amado habia sido de ellos, pues que con tantas adversidades y ansias de corazon habian venido á buscarle; y al contrario, poco antes tan odiado y aborrecido, que con ellas mismas le habian huido y alejadose de él: con la vista del rio se pidieron albricias unos a otros, pareciendoles que con llegar á él se acababan sus miserias y trabajos.

En este último viage que despues de la muerte del Gobernador Hernando de Soto los nuestros hicieron, caminaron á ida y vuelta, con lo que anduvieron los corredòres mas de trescientas y cincuenta leguas, donde murieron á manos de los enemigos y de enfermedad cien Españoles, y ochenta caballos. Esta ganancia sacaron de su mal consejo, y aunque llegaron al rio grande, no

cesó el morir, que otros cincuenta christianos murieron en el alojamiento, como veremos luego.

CAPITULO VII.

Los Indios desamparan dos pueblos: se alojan en ellos los Españoles para invernar.

Con grandísimo contento y alegria de sus corazones miraron los nuestros al rio grande, por parecerles que en él se daban fin á todos los trabajos de su camino. Por el parage que acertaron a llevar, hallaron en la ribera del rio dos pueblos uno cerca de otro, con cada doscientas casas, y un foso de agua sacada del mismo rio, que los cercaba ambos, y los hacia isla.

Al Gobernador Luis de Moscoso, y á sus capitanes les pareció alojarse en ellos aquel invierno, si les fuese posible ganar los pueblos,

por paz ó por guerra, que aunque no era aquella provincia la de Guachoya, en cuya demanda habian venido, les parecio que bastaba haber llegado al rio grande; pues para lo que pretendian, que era salir por el de aquel reyno, era lo mas esencial.

Con esta determinacion, aunque no venian para pelear, se pusieron en esquadron, que todavia eran mas de trescientos y veinte infantes y setenta caballos, y acometieron uno de los pueblos, cuyos moradores sin hacer alguna defensa lo desampararon. Los nuestros, habiendo dexado gente en él, acometieron el otro pueblo, y con la misma facilidad lo ganaron.

La causa de no haberse defendido estos Indios, se entendió que hubiese sido pensar que los Españoles venian tan bravos como las otras dos veces que por las riberas de aquel rio habian andado; y aunque no habian

llegado á esta provincia, debia haber llegado la fama de ellos, con las nuevas de las cosas que en las provincias de Capaha y Guachoya habian hecho; la qual relacion los debia de tener amedrentados para que no defendiesen ahora sus pueblos.

Entrando los Castellanos en ellos hallaron tanta cantidad de zara, y otras semillas, legumbres y fruta seca, como nueces, pasas, ciruelas pasadas, bellotas y otras frutas incognitas en España, que verdaderamente, aunque los nuestros con propósito de invernar en aquellos pueblos se hubieran ocupado todo el estio pasado en recoger bastimento, no hubieran juntado tanto.

Alonso de Carmona dice, que midieron el maiz que se halló en estos dos pueblos, y que hubo por cuenta diez y ocho mil hanegas, de que se admiraron mucho, por ver que en tan poca poblacion hubiese

tanta comida de maiz, sin las demas semillas. Todo lo qual, y el haber los Indios desamparado sus pueblos con tanta facilidad, atribuyeron estos christianos á particular misericordia que Dios hubiese querido hacerles en aquella necesidad; porque es verdad que si no hallaran aquellos pueblos tan buenos y tán bastecidos, ciertamente, segun venian maltratados, flacos y enfermos, perecieran todos en pocos dias; y asi lo confesaban ellos mismos, que ya estaban tales que no podian hacer cosa alguna en beneficio de sus vidas y salud; y aun con hallar la comodidad y regalo que hemos dicho, murieron despues de haber llegado a los pueblos mas de 50 Castellanos y otros tantos Indios de los domésticos. porque venian ya tan gastados, que no pudieron volver en sí, entre los quales murio el capitan Andres de Vasconcellos de Silva, natural de Yel-

ves, de la nobilísima sangre que de estos dos apellidos hay en el reyno de Portugal.

Fallecio asimismo Nuño Tobar, natural de Xerez de Badajoz, caballero no menos valiente que noble, aunque infelice por haberle cabido en suerte un superior tan severo, que por el yerro del amor que le forzo á casarse sin su licencia, lo habia traido siempre desfavorecido y desdeñado, muy contra de lo que él merecia.

Murió tambien el fiel Juan Ortiz, interprete, natural de Sevilla, el qual en todo aquel descubrimiento no habia servido menos con sus fuerzas y esfuerzos que con su lengua, porque fue muy buen soldado, y de mucho provecho en todas ocasiones: en suma murieron muchos caballeros muy generosos, muchos soldados nobles de gran valor y animo, que pasaron de ciento y cincuenta per-

sonas las que fallecieron en este último viage, que causaron gran lastima y dolor, que por la imprudencia y mal gobierno de los Capitanes, hubiese perecido tanta y buena gente sin provecho alguno.

Los Españoles, habiendo ganado los pueblos, acordaron para mas comodidad y seguridad de ellos juntar el un pueblo con el otro, por no estar divididos para lo que se les ofreciese. Asi lo pusieron luego por obra, derribaron el uno de los pueblos, y pasaron toda la comida, madera, y paja que en él habia al otro, con que lo agrandaron y fortificaron lo mejor que les fue posible, y se alojaron en él. En estas cosas gastaron los nuestros veinte dias, porque estaban flacos y debilitados, y no podian trabajar todo lo que quisieran y les era necesario.

Con el abrigo de las buenas casas, y el regalo de la mucha comi-

da, empezaron á convalecer los enfermos, que eran casi todos; y los naturales de aquella provincia fueron tan buenos, que aunque no tenian amistad con los Españoles, no les dieron pesadumbre, ni hicieron contradicion alguna, ni pretendieron acecharlos por los campos, ni darles armas y rebatos de noche: todo lo qual atribuian á particular providencia de la misericordia de Dios.

Llamabase aquel pueblo y su provincia Aminoya. Estaba diez y seis leguas el rio arriba del pueblo Guachoya, en cuya demanda habian venido los nuestros; los quales, habiendo cobrado alguna salud y fuerzas, viendo que era ya llegada la menguante de Enero del año mil quinientos quarenta y tres, dieron orden en cortar madera de que hacer los vergantines, en que pensaban salir por el rio abaxo á la mar del norte, de la qual madera habia

mucha abundancia por toda aquella comarca. Procuraron con toda diligencia haber las demas cosas que eran menester, como jarcia, estopa, resina de árboles para brea, mantas para velas, remos y clavazon; a todo lo qual acudieron todos con gran prontitud y animo.

Alonso de Carmona dice en su relacion, que al entrar de este pueblo Aminoya, iban él y el Capitan Espindola, que era Capitan de la guarda del Gobernador, y que hallaron una vieja que no habia podido huir con la demas gente que huyó, la qual les preguntó á qué venian á aquel pueblo; y respondiendole que a invernar en el, les dixo, que donde pensaban estar ellos y poner sus caballos; porque de catorce en catorce años salia de madre aquel rio grande, y bañaba toda aquella tierra, y que los naturales de ella se guarecian en los altos de las casas,

y que era aquel año el catorceno, de lo qual se rieron ellos, y lo echaron por alto. Todas son palabras del mismo Alonso de Carmona, como él las escribió en esta su peregrinacion, que este nombre le da á eso poco que escribió, no para imprimir.

CAPITULO VIII.

Dos Curacas vienen de paz: los Españoles tratan de hacer siete vergantines.

Ya por este tiempo, y antes se habia publicado por toda aquella comarca como los Castellanos se habian vuelto de su viage, y estaban alojados en la provincia y pueblo Aminoya. Lo qual sabido por el Curaca y señor de la provincia Anilco, de quien atras hicimos mencion, temiendo no hiciesen los Españoles en su tierra el daño que las otras veces habian hecho, y porque sus enemi-

gos los de Guachoya, favoreciendose de ellos, no fuesen á vengarse de el, é hiciesen las abominaciones que en la jornada pasada hicieron; quiso enmendar el yerro que entonces hizo con su rebeldia y pertinacia, que tan dañosa le fue.

Empero no osando fiar de los Españoles su persona, mandó llamar á un Indio deudo suyo muy cercano, que de muchos años atras habia sido y era su Capitan General y Gobernador en todo su estado, y le dixo: Ireis en mi nombre al General de los Españoles, y le direis, como os embio en lugar de mi propia persona, que por faltarme salud no voy personalmente á servirles, que les suplico quan encarecidamente puedo me reciban en su amistad y servicio; que yo les prometo y doy mi fe de les ser leal y obediente servidor en todo lo que de mi casa y estado quisieren servirse.

Estas palabras direis de mi parte, y de la vuestra y de los demas Indios que con vos fueren, hareis toda la buena ostentacion de obras que os fuere posible en lo que os mandaren, para que los Castellanos crean el animo que me queda, y el que vosotros llevais de agradarlos en todo lo que fuere de su servicio.

Con esta embaxada salio de su tierra el Capitan General Anilco, que por no saber su propio nombre le damos el de su curaca, y acompañado de veinte y quatro hombres nobles, muy bien arreados de plumages y mantas de aforros y otros tantos Indios que venian cargados de frutas, pescados y carne de venado, y doscientos Indios para que sirviesen á todo el exército, llegó ante el Gobernador Luis de Moscoso, y con todo respeto y buen semblante dio su embaxada, repitiendo las mismas palabras que su cacique

le habia dicho; y en pos de ellas ofreció su persona, significando el buen animo y voluntad que todos ellos tenian de le servir, y al fin de sus ofrecimientos dixo: Señor, no quiero que V. S. dé crédito á mis palabras, sino á las obras que nos viere hacer en su servicio.

El Gobernador le recibió con mucho afabilidad, y le hizo la honra que pudiera hacer á su mismo cacique: dixo que le agradecia mucho sus buenas palabras, animo y voluntad, y para el curaca dió muchas encomiendas, diciendo que estimaba y tenia en mucho su amistad: á los demas Indios nobles hizo muchas caricias, de que todos ellos quedaron muy contentos. Anilco envio el recaudo del Gobernador á su señor, y él se quedó á servir á los Españoles.

Dos dias despues vino el cacique Guachoya á besar las manos al

Gobernador, y á confirmar el amistad pasada: traxo un gran presente de las frutas, pescados y caza que en su tierra habia. Al qual asimismo recibió el General con mucha afabilidad y caricias. Mas á Guachoya no le dió gusto ver al capitan Anilco con los Españoles, y menos de que le hiciesen la honra que todos le hacian, porque, como atras se ha visto, eran enemigos capitales; empero como mejor pudo disimuló su pesar para mostrarlo á su tiempo.

Estos dos caciques Guachoya y Anilco asistieron al servicio de los Castellanos todo el tiempo que ellos estuvieron en aquella provincia llamada Aminoya, y cada ocho dias se iban á sus casas, y volvian con nuevos presentes y regalos; y aunque ellos se iban, quedaban sus Indios sirviendo á los Españoles. Los quales, como para salir de aquel reyno tuviesen puesta su esperanza en

los vergantines que habian de hacer, entendian con toda diligencia en prevenir las cosas necesarias para ellos, y para los poner en efecto dieron el cargo principal de la obra á Maestro Francisco Ginoves, gran oficial de fabrica de navios; el qual, habiendo tanteado el tamaño que los vergantines habian de tener, conforme á la gente que en ellos se habia de embarcar, halló que eran menester siete; y para este número de vergantines previnieron lo necesario; y porque el invierno con sus aguas no les estorvase el trabajar, hicieron quatro galpones muy grandes que servian de atarazanas, donde todos ellos sin diferencia alguna trabajaban igualmente, y cada qual sin que se lo mandasen acudia al ministerio que mejor se amañaba, unos á aserrar la madera para tablas, otros á labrarla con azuela, otros á majar el hierro para la clavazon, otros á

hacer carbon, otros á labrar los remos, otros á torcer la jarcia, y el soldado ó capitan que mas trabajaba en estas cosas se tenia por mas honrado.

En estos exercicios se ocuparon los nuestros todo el mes de febrero, marzo y abril sin que los Indios de aquella provincia los inquietasen, ni estorvasen de su obra, que no fué poca merced que les hicieron

El general Anilco se mostró en todo este tiempo, y despues, amicísimo de los Españoles, porque con mucha prontitud acudia á proveer las cosas que le pedian necesarias para los vergantines. Traxo muchas mantas nuevas y viejas, que era la falta que los Españoles tenian, que no se habia de cumplir por haber pocas en todo aquel reyno: mas la amistad de este buen Indio y su buena diligencia facilitaba lo que los nuestros tenian por mas dificultoso.

Las mantas nuevas guardaron para velas, y de las viejas hicieron hilas que sirviesen de estopa para calafetear los navios. Estas mantas hacen los Indios de la Florida de cierta yerba como malvas, que tiene hebra como lino, y de ella misma hacen hilo, y le dan las colores que quieren finisimamente.

Traxo asimismo Anilco mucha cantidad de sogas gruesas y delgadas para jarcia, escotas y gumenas. En todas estas cosas y otras que este buen Indio proveia, lo que mas le era de estimar y agradecer, era la buena voluntad y largueza con que las daba; porque siempre acudia con mas de lo que le pedian, y venia con tanta puntualidad en los plazos que para proveer esto ó aquello tomaba, que nunca los dexaba pasar: y entre los Españoles andaba como uno de ellos ayudandoles á trabajar, y diciendoles pidiesen lo que hubie-

sen menester, que deseaba servirles y mostrar el amor que les tenia.

Por las quales cosas el General, sus capitanes y soldados le hacian la misma honra que pudieran hacer al Gobernador Hernando de Soto si fuera vivo, y Anilco la merecia, asi por su virtud, como por el buen aspecto de su rostro y su persona, que en extremo era gentilhombre.

CAPITULO IX.

Hacen liga diez curacas contra los Españoles Apu Anilco avisa de ella.

El curaca Guachoya, aunque servia y proveia las cosas que eran menester para los navios, era con mucha tardanza y tanta escasez, que de lejos se le veia quan contrario era su animo al de Anilco. Juntamente con esto se le notaba el pesar

y enojo que consigo traia de ver la estima y honra que los Españoles hacian al capitan Anilco, siendo pobre y vasallo de otro, que era mucha mas que la que á él le hacian, siendo rico y señor de vasallos, que le parecia habia de ser al contrario, y dar la honra á cada uno conforme á su hacienda, y no conforme á su virtud: de la qual le nació tan gran envidia, que lo traia muy fatigado sin dexarle reposar, hasta que un dia, no pudiendo sufrir su pasion, la mostró muy al descubierto, como veremos adelante.

Será razon digamos aquí lo que intentaron los Indios de la comarca entretanto que los Castellanos hacian sus caravelas: para lo qual es de saber, que frontero del pueblo Guachoya, de la otra parte del rio grande, como atras diximos, habia una grandisima provincia llamada Quigualtanqui, abundante de comida y

poblada de mucha gente, cuyo señor era mozo y belicoso, amado y obedecido en todo su estado, y temido en los agenos por su gran poder.

Este cacique, viendo que los Españoles hacian navios para irse por el rio abaxo, y considerando, que pues habian visto tantas y tan buenas provincias como en aquel reyno habian descubierto, y que llevando noticia de las riquezas y buenas calidades de la tierra, como gente codiciosa que buscaba donde poblar, volverian en mayor número á la conquistar y ganar para sí, quitandola á sus señores naturales, le parecio que seria bien prevenirse con dar orden que los Españoles no saliesen de aquella tierra, sino que muriesen todos en ella, porque en parte alguna no diesen aviso de lo que en aquel reyno habian visto. Con este mal proposito mando llamar los nobles y principales de su tierra,

les declaró su intencion y les pidió su parecer.

Los Indios concluyeron ser muy acertado lo que su curaca y señor contra los Castellanos queria hacer, y que el parecer y consejo de ellos era, que con toda brevedad se pusiese por obra la intencion del cacique, y que ellos le servirian hasta morir.

Con esta comun determinacion de los suyos, Quigualtanqui, por asegurar mas su hecho, envio embaxadores á los demas caciques y señores de la comarca, avisándoles de la determinada voluntad que contra los Españoles tenia, y que pues el peligro que tenia y deseaba remediar corria por todos, les rogaba y exhortaba, dexadas las enemistades y antiguas pasiones que siempre entre ellos habia, acudiesen conformes y unanimes á estorvar y atajar el mal que les podria venir, si gen-

tes extrañas fuesen á quitarles sus tierras, mugeres é hijos, haciendolos esclavos y tributarios.

Los curacas y señores de la comarca recibieron cada uno de por sí con mucho aplauso y regocijo a los embaxadores de Quigualtanqui, y con la misma solemnidad aprobaron su parecer y consejo, y loaron mucho su discrecion y prudencia, así por parecerles que tenia razon en lo que decia, como por no le desdeñar y enojar si le contradixesen, que todos le temian por ser mas poderoso que ellos.

De esta manera se aliaron diez curacas de una parte y otra del rio, y entre todos ellos fue acordado, que cada uno en su tierra, con gran secreto y diligencia apercibiese la gente que pudiese, y juntase las canoas, y los demas aparatos necesarios para la guerra que en tierra y agua pretendian hacer a los Españoles, y

que con ellos fingiesen paz y amistad para descuidarlos y tomarlos desapercibidos; y que cada uno de por si enviase sus embaxadores, y no fuesen todos juntos, porque los Españoles no sospechasen algo de la liga, y se recatasen de ellos.

Concluida la conjuracion entre los curacas, Quigualtanqui, como principal autor de ella, envio luego sus mensageros al Gobernador Luis de Moscoso, ofreciendole su amistad y el servicio que de él quisiese recibir. Lo mismo hicieron los demas caciques, á los quales respondio el General agradeciendo su buen ofrecimiento, y que los Españoles holgaban mucho tener paz y amistad con ellos; y en efecto holgaron con la embaxada, no entendiendo la traicion que debaxo de ella habia; y el contento fué porque habia muchos dias que andaban ahitos de pelear.

En esta liga, aunque fue convidado, no quiso entrar el cacique Anilco ni su Capitan General, á quien tambien llamamos Anilco. antes les peso saber que los demas curacas tratasen de matar los Castellanos, porque los amaban y querian bien. Con este amor, y por cumplir la fé y palabra que de su leal amistad les habia dado, el Apu Anilco, de parte de su cacique y suya, dió cuenta al Gobernador de lo que los Indios de la comarca trataban contra él: y habiendo dado el aviso dixo, que de nuevo ofrecia á su señoria el servicio y amistad de su cacique y la suya, y que le servirian con el mismo amor y lealtad que hasta entonces; y prometia de avisar adelante lo que entre los conjurados se tratase

El Gobernador con muy buenas palabras agradecio al General Anilco lo que le dixo, y las mismas en-

vio á decir á su curaca, estimando mucho su amistad, y lealtad.

Es de notar que el cacique Anilco, aunque hacia á los Españoles la amistad y servicio que hemos dicho, nunca quiso venir á ver al General, y siempre se excusó con decir que tenia falta de salud. Mas la verdad es, que él mismo confesaba á los suyos estar corrido y avergonzado de no haber aceptado la paz y amistad que los Castellanos quando la primera vez vinieron á su tierra le habian ofrecido; y decia, que este empacho no le daba lugar á que pareciese ante ellos.

El curaca Guachoya, que tambien se mostraba ser amigo de los nuestros, no se pudo saber de cierto si entraba en la liga ó no; mas sospechose que pues no daba noticia de ella, la consentia, y què á su tiempo entraria en ella. A esta sospecha y mal indicio ayudaba otro



peor, que era el odio y rencor que mostraba tener al capitan Anilco, y lo mucho que le pesaba de que el Gobernador y los Españoles le honrasen y preciasen tanto como lo estimaban: lo qual ellos hacian en agradecimiento de lo mucho que les ayudaba para hacer los vergantines; y por lo que nuevamente con su lealtad les habia obligado en avisarles del levantamiento de la tierra. Empero Guachoya, no atendiendo á las obligaciones de los Españoles, antes instigado de la enemistad antigua, y de la envidia presente, andaba siempre con el Gobernador, descomponiendo y desacreditando à Anilco, diciendo de él en secreto todo el mal que podia, lo qual atribuian el General y sus capitanes, que lo hacia con industria y maña para que no creyesen á Anilco si de la liga les hubiese dicho o dixese algo; porque Guachoya, por no ha-

ber querido Anilco entrar en ella, lo tenia por sospechoso y contrario de todos; y temia que habia de descubrir la traicion que los demas caracas tenian ordenada, y asi andaba disimuladamente previniendo lo que parecia convenirle.

CAPITULO X.

Guachoya habla mal de Anilco ante el Gobernador. Anilco le responde, y desafia á batalla singular.

Con sus pasiones viejas y nuevas anduvo Guachoya contrastando algunos dias por no mostrarlas en publico. Mas no pudiendo contenerse en ellas, perdida la paciencia y todo buen comedimiento, dixo al Gobernador publicamente en presencia de muchos capitanes y soldados que con el estaban, y delante del mismo Anilco, muchas palabras, que

segun las lenguas declararon decian así.

Señor, dias ha que traigo mucha pesadumbre de ver la demasiada honra que V. S. y estos caballeros, capitanes y soldados hacen á este hombre, porque el honor me parece que se deba dar á cada uno conforme á su estado, y segun su calidad y cantidad, y de lo uno y de lo otro hay en él poco ó nada. porque es pobre, hijo y nieto de padres y abuelos pobres, y de su linage es lo mismo, que no tiene mas calidad que ser criado y vasallo de otro señor como yo; y yo tambien tengo criados y vasallos que le igualan, y ventajan en calidad y hacienda.

He dicho esto á V. S., para que vea en quien emplea su favor y crédito, para que de hoy mas no dé tanta fe á sus palabras que venga á redundar en perjuicio ageno: que

siendo él pobre, y no teniendo linage á que respetar, engañara á V. S. facilmente sino se recela de él. Esto fue en suma lo que el cacique Guachoya dixo; empero el semblante y otras muchas palabras superfluas é injuriosas que hablo, mostraron bien el odio y la envidia que al capitan Anilco tenia.

El qual, entretanto que Guachoya hablaba, no hizo semblante alguno de interrumpirle, que fue notado por los Españoles; antes sin hablar palabra, ni hacer meneo le dexó decir todo lo que quiso; y quando vió que habia acabado, se levanto en pie y dixo al Gobernador, suplicaba á su señoria le hiciese merced de permitir, que pues Guachoya en presencia de su señoria y de tantos capitanes y soldados, sin respeto de ellos, le habia maltratado en su honra, le fuese licito delante de ellos mismos volver por

ella con verdad y justicia; y lo que asi no fuese, holgaria que Guachoya le contradixese, para que se averiguase y sacase en limpio la verdad de lo que en aquel caso habia, para que se viese la poca ò ninguna razon que Guachoya tenia de haberle maltratado. Y que pues su señoria en paz y en guerra era Gobernador, Capitan General y juez supremo de todos ellos, no le negase la peticion, pues era justa, y en cosa de su honra, que él tanto estimaba.

Luis de Moscoso le dixo, que hablase lo que bien le estuviese, mas que fuese sin desacatar ni maltratar á Guachoya, porque no se le consentiria, y á los interpretes mando, que declarasen lo que Anilco dixese sin quitarle nada, para ver si decia algun descomedimiento á Guachoya.

Anilco, habiendo hecho una so-



lemnisima veneracion al Gobernador dixo, que hablaria verdad sin desacatar á nadie, y suplicaba á su señoria le perdonase, que habia de ser prolijo; y diciendo esto se volvio á sentar, y enderezando el rostro á Guachoya le habló el razonamiento siguiente á pedazos, porque los interpretes lo fuesen declarando como lo iba diciendo.

Guachoya, sin razon alguna me habeis querido menospreciar y maltratar delante del Gobernador y de sus caballeros, debiendome honrar por lo que vos sabeis, y yo adelante diré, que he hecho por vos y por vuestro estado. Yo tengo licencia del Gobernador para responderos, volviendo por mi honra, no me contradigais lo que con verdad dixere, porque con vuestros propios vasallos y criados lo probaré para mayor verguenza y confusion vuestra.

Lo que no fuere verdad, ó lo que yo con vanidad y soberbia dixere encarecidamente mas de lo justo, holgaré que lo contradigais, porque deseo que el Gobernador y todo su exercito sepa la verdad o falsedad de lo que habeis dicho, y vea la sinrazon que para decirlo habeis tenido: por tanto no me atajeis hasta que haya acabado.

Decis que soy pobre, y que lo fueron mis padres y abuelos: decís verdad, que no fueron ricos; mas no tan pobres como vos los haceis, que siempre tuvieron hacienda propia de que se sustentaron, y yo, con el favor de mi buena ventura, de vuestros despojos, y de otros tan grandes señores como vos, he ganado en la guerra muy largamente lo que para sustentar mi casa y familia he menester, conforme á la calidad de mi persona; de manera que ya puedo entrar en el numero de los

ricos que vos tanto estimais

A lo que decís que soy de vil y baxo linage, bien sabeis que no digisteis verdad, que aunque mi padre y abuelo no fueron señores de vasallos, lo fue mi visabuelo y todos sus antepasados, cuya nobleza hasta mi persona se ha conservado sin haberse estragado en cosa alguna: de suerte que en quanto á la calidad y linage soy tan bueno como vos, y como todos quantos señores de vasallos sois en toda la comarca.

Decis que soy vasallo de otro: decis verdad, que no todos pueden ser señores; porque de los hijos de un señor, el mayor se lleva el estado, y los demas hermanos quedan por subditos. Mas tambien es verdad que mi señor Anilco, ni su padre ni abuelo, ni á mí ni á los mios, no nos han tratado como á vasallos, sino como á deudos cercanos, des-

cendientes de hijo segundo de su casa, de su propia carne y sangre, y nosotros como tales nunca le hemos servido en oficios baxos y serviles, sino en los mas preminentes de su casa; y en mi particular sabeis, que apenas pasaba yo de los veinte años quando me eligió por su Capitan General, y poco despues me nombró por su lugar teniente y Gobernador en todo su estado y señorio; de manera, que ha veinte años que en la paz y en la guerra soy la segunda persona de Anilco, mi señor: y despues que soy su Capitan General, sabeis que he vencido todas las batallas que contra sus enemigos he dado.

Particularmente venci en una batalla á vuestro padre, y despues á todos sus capitanes que en veces envió contra mí, y ahora ultimamente, despues que heredasteis vuestro estado, habrá seis años, juntas-

teis todo vuestro poder, y me fuisteis á buscar solo por vengaros de mí, y yo salí al encuentro, di la batalla, os vencí y prendí en ella á vos, á dos hermanos vuestros, y á todos los nobles y ricos de vuestra tierra.

Entonces si yo quisiera, pudiera quitaros el estado y tomarlo para mí, pues en todo él no habia quien me lo contradixera, y la gente comun de vuestros vasallos quizá holgaran de ello antes que pesarles: mas no solamente no lo pretendí, ni aun lo imaginé, antes en la prision os regalé y serví como si fuerades mi señor, y no mi prisionero; y lo mismo hice con vuestros hermanos, vasallos y criados hasta el menor de ellos. Y en las capitulaciones de vuestra libertad y de los vuestros, os fuí muy buen tercero, que por mi causa salisteis todos de la prision, porque sin hacer mucho cau-

dal de las palabras y promesas que entonces hicisteis, fuí vuestro fiador y abonador de ellas: porque quando las quebrantasedes, como este verano pasado las quebrantasteis, tenia ánimo de volveros á la prision, como lo haré quando se hayan ido los Españoles; con cuyo favor, no entendiendo ellos vuestro mal pecho, fuisteis á ultrajar el templo y entierro de mi señor Anilco y de sus pasados, y quemarle sus casas y pueblo principal, lo qual os será bien demandado: yo os lo prometo.

Decis tambien que la honra y estima que se debe al Señor de vasallos no es bien que se dé al que no lo es, teneis razon, quando él merece ser Señor; mas juntamente con esto sabeis vos que muchos súbditos merecen ser Señores, y muchos Señores aun para ser vasallos y criados de otros no son buenos. Y si el esta-

do que tanto os ensoberbece no lo hubierades heredado, no hubierades sido hombre para ganarlo; y yo que nací sin él, si hubiera querido, lo he sido para haberoslo quitado. Y porque no es de hombre sino de mugeres reñir de palabra, vengamos á las armas, y vease por experiencia qual de los dos merece por su virtud y esfuerzo ser Señor de vasallos.

Vos y yo entremos solos en una canoa. Por este rio grande abaxo van á vuestra tierra, y por otro que siete leguas de aquí entra en él ván á la mia; el que mas pudiere en el camino lleve la canoa á su casa. Si me mataredes, habreis vengado como hombre vuestros agravios; pues para vos lo han sido los favores que mi buena ventura me ha dado, y la honra y merced que estos caballeros me han hecho y hacen; y tambien habreis satisfecho á la envidia y mal querencia que contra mi os traen

fuera de razon; y si yo os matare, os enviaré desengañado, que el merecimiento de los hombres no está en ser muy ricos ni tener muchos vasallos, sino en merecerlos por su propia virtud y valentia.

Esto respondo á las palabras que tan sin razon contra mi honra y linage dixisteis, sin haberos yo ofendido en cosa alguna, si ya no tomais por ofensa el haber yo servido á mi señor Anilco lealmente y con buena dicha. Mirad si teneis algo que contradecirme, que yo me ofrezco á la prueba, para que estos Españoles vean que es verdad lo que he dicho. Y si sois hombre para aceptar el desafio que para en la canoa os hago, decid lo que se os antojare, que en ella me satisfaré de todo lo que mal hubieredeis hablado.

CAPITULO XI.

Hieren los Españoles un Indio espia. quexa que sobre ello tuvieron los curacas.

El cacique Guachoya no respondió cosa alguna á todo lo que el Capitan General Anilco le dixo, antes en el semblante del rostro mostró quedar corrido y avergonzado de haber movido la plática, que muchas veces suele acaecer quedar afrentado el que pretende afrentar á otro: por lo qual el Gobernador y los que con él estaban infirieron que era verdad lo que Anilco habia dicho, y de alli adelante lo tuvieron en mas.

El General Luis de Moscoso, habiendo considerado que la enemistad de los caciques, si la dexase pasar adelante, redundaria en daño y perjuicio suyo, porque haciendose ellos guerra, no acudirian con la

provision de las cosas necesarias para hacer los vergantines, les dixo, que pues igualmente ambos eran sus amigos, no seria razon que entre sí fuesen enemigos, porque no sabrian los Castellanos á qual de ellos acudir á hacer amistad: por tanto les rogaba, que olvidada toda enemistad que entre ellos hubiese habido, fuesen amigos.

Los curacas respondieron, que holgaban obedecer á su señoria, y le prometian no hablar mas en aquel caso. Empero el Gobernador, no fiando en las promesas que Guachoya habia hecho de su amistad, temió no tuviese alguna celada en el camino para quando Anilco se fuese á su casa, y se vengase de el. Por lo qual, quatro dias despues de lo que hemos dicho, que Anilco se quiso ir, mandó le acompañasen treinta caballeros hasta ponerlo en seguro, aunque Anilco lo recusaba, y

mostraba tener tan poco temor á su contrario, que decia no haber menester los caballos; y aunque entonces los llevó por obedecer al Gobernador, otras muchas veces fue y vino á su casa con no mas de diez o doce Indios de compañia, por dar á entender á los Españoles que temia poco ó nada á sus contrarios.

Entre tanto que estas cosas pasaban en el Real de los Castellanos, el curaca Quigualtanqui y sus conjurados no cesaban en su mala intencion, antes con ella de dia y de noche, con presentes y recaudos fingidos, enviaban muchos mensageros; los quales, despues de haberlos dado, andaban por todo el alojamiento de los Españoles en son de amigos, mirando con atencion como se velaban los Christianos de noche, de qué manera tenian los armas, y á qué recaudo estaban los caballos, para aprovecharse en su traicion de qualquiera

descuido que los nuestros pudiesen tener. Y no aprovechaba cosa alguna que el Gobernador les hubiese mandado muchas veces que no viniesen de noche, antes lo hacian peor, porque les parecia, que siendo amigos como se fingian, tenian libertad para todo aquello.

De lo qual, desdeñado Gonzalo Silvestre, de quien otras veces hemos hecho mencion, el que como los demas Españoles habia estado enfermo, y llegado muchas veces á lo último de la vida, viéndose ya convaleciente, y siendo una noche centinela y guarda de una de las puertas del pueblo, velando el quarto de la modorra, á punto de la media noche, con una luna clara que hacia, vio venir dos Indios con grandes plumages en las cabezas, y sus arcos y flechas en las manos. Los quales, habiendo pasado el foso de agua por un arbol caido que servia de puente, se

fueron derechos á la puerta. Gonzalo Silvestre dixo al compañero que con él velaba, llamado Juan Gerardo, natural de tierra de Burgos, aquí vienen dos Indios, y al primero que entrare por la puerta, pienso dar una cuchillada por la cara, porque no se desvergüencen tanto á venir de noche, habiendo el Gobernador prohibidolo.

El Castellano respondió diciendo: Dexadmela dar á mí que estoy algo mas recio, porque vos estais muy flaco y debilitado. Gonzalo Silvestre dixo: Para asombrarles, como quiera que se la dé bastará, y diciendo esto se apercibió para recibir los Indioss que llegaban cerca. Los quales, viendo la puerta abierta, que era un postigo pequeño, sin pedir licencia, ni hablar palabra se entraron por ella, como si entraran por su propia casa Viendo el Español la desverguenza y poco temor que

traian, se le dobló el enojo, y al primero que entró le dió una cuchillada en la frente, de la qual cayó en el suelo: apenas hubo caido quando se levantó, y cobrando su arco y flechas volvió las espaldas, huyendo á mas no poder. Gonzalo Silvestre, aunque pudo, no quiso matarle, por parecerle que para escarmentar los Indios bastaba lo hecho. El Indio compañero del herido, sintiendo el golpe, sin aguardar á ver qué habia sido del compañero, echó á huir, y atinando al árbol que estaba en el foso, pasó por él, y llegó donde habia dexado la canoa en el rio grande, y sin esperar al amigo se metió en ella, y pasó el rio, tocando arma á los suyos.

El Indio herido, con la sangre que le caia sobre los ojos, ó por el miedo que podia llevar no fuesen tras él para acabarlo de matar, se arrojó al agua del foso, lo pasó á

nado, é iba dando voces al compañero que estaba ya en su salvo. Los Indios que habia de la otra parte del rio, oyendo las voces del herido, salieron al socorro, y lo cobraron y llevaron consigo.

El dia siguiente al salir del Sol vinieron quatro Indios principales al Gobernador, á quejarse en nombre de Quigualtanqui, y de todos los caciques sus vecinos y comarcanos, de que con tanto agravio y general menosprecio de todos ellos se hubiese violado la paz y amistad que entre ellos tenian hecha; porque decian, que el Indio herido era de los mas principales y mas emparentados que entre ellos habia. Por tanto suplicaba á su señoria, para satisfaccion de todos, mandase luego matar publicamente al soldado ó capitan que lo hubiese hecho, porque el Indio quedaba herido de muerte.

A mediodia vinieron otros qua-

tro Indios principales con la misma demanda, y dixeron que el Indio quedaba muriendose. A puesta del Sol volvieron otros quatro con la misma queja, diciendo que ya el Indio era muerto, y que pedian satisfaccion de su muerte con la del Español que tan injustamente se la habia dado.

CAPITULO XII.

Diligencia de los Españoles en hacer los vergantines: bravísima, creciente del rio grande.

El General Luis de Moscoso respondió todas tres veces, que él no habia mandado lo que con el Indio herido se habia hecho, porque deseaba conservar la paz y amistad que con Quigualtanqui y los demas curacas tenia hecha: que un soldado que presumia mucho de la soldadesca, y de guardar las reglas milita-

res lo habia hecho de oficio, al qual, si por complacer á los caciques el quisiese castigar, no se lo consentirian los demas soldados y capitanes, porque en rigor de justicia o de milicia, el soldado no habia tenido la culpa en haber hecho bien su oficio; que el Indio herido ó muerto, que sin hablar á las centinelas habia entrado, y los caciques que lo habian enviado á aquellas horas, habiendo sido avisados no enviasen recaudos de noche, tenian la culpa; y que pues en lo pasado ya no habia remedio, en lo por venir hiciesen los caciques lo que se les habia encomendado, para que no hubiesen achaques de quebrantar la paz, y de perder la amistad que entre ellos habia.

Con esta respuesta se fueron muy enojados los embaxadores, y la dieron á los caciques, incitandoles á mayor ira y enojo, con el atrevi-

miento y desden de los Españoles. Por lo qual todos ellos acordaron, que disimulando la ofensa recibida para vengarla a su tiempo, se diesen mas priesa á poner en execucion lo que contra ellos tenian maquinado.

Entre los nuestros tampoco faltó capitan que aprobase la queja de los Indios, diciendo que era mal hecho que no se castigase la muerte de un Indio principal, que era dar ocasion á los caciques amigos a que se revelasen contra ellos. Sobre la qual platica hubiera habido entre los Españoles muy buenas pendencias, si los mas discretos y menos apasionados no las escusaran; porque ella habia nacido de cierta pasion secreta que entre algunos de ellos habia.

Quando sucedió lo que hemos dicho, era ya a los principios de marzo, y los Castellanos, con de-

seo de salir de aquella tierra, que los dias se les hacian años, no cesaban un solo punto de la obra de los caravelones, y los mas de los que trabajaban en las herrerias y carpinterias eran caballeros nobilisimos, que nunca imaginaron hacer tales oficios, y estos eran los que en ellos mejor se amañaban: porque el mejor ingenio que naturalmente tienen, y la necesidad que tenian de otros mejores oficiales, les hacia ser maestros de lo que nunca habian aprendido.

A esta obra de navios llamamos unas veces vergantines, y otras caravelones, conforme al comun lenguage de estos Españoles, que los llamaban asi; y en efecto, ni eran lo uno ni lo otro, sino unas grandes barcas, hechas segun la poca, flaca y afligida posibilidad que para las hacer los nuestros tenian.

El Capitan General Anilco era

el todo de esta obra, por la magnífica provision que hacia de todo lo que para los vergantines le pedian, que era con tanta abundancia en las cosas, y con tanta brevedad en el tiempo, que los mismos Christianos confesaban, que sino fuera por el favor y ayuda de este buen Indio, era imposible que salieran de aquella tierra.

Otros Españoles que no tenian habilidad para labrar hierro ni madera, la tenian para otras cosas tan necesarias como aquellas, que era el buscar de comer para todos. Estos particularmente procuraban matar pescado del rio grande, porque era quaresma, y lo habian menester. Para la pesqueria hicieron anzuelos grandes y chicos, que hubo quien se atreviese á hacerlos tan diestra y sutilmente que parecia haberlos hecho toda su vida; los quales echaban en el rio a prima noche, ceba-

dos y engastados en largos bolantines, los requerian por la mañana, y hallaban grandisimos peces asidos a ellos.

Pez hubo de estos muertos así con anzuelo, que la cabeza sola pesó quarenta libras de á diez y seis onzas. Con la buena diligencia de los pescadores, que los mas dias sobraba pescado, y con el mucho maiz, legumbres y fruta seca que los Españoles hallaron en los dos pueblos llamados Aminoya, tuvieron bastantemente de comer toda la temporada que en aquella provincia estuvieron, y aun les sobró para llevar despues en los vergantines.

Quigualtanqui y los demas curacas de la comarca, mientras andaba la obra de los caravelones, no estaban ociosos, que cada uno de ellos por sí levantaba en su tierra toda la mas gente de guerra que podia, para juntar entre todos treinta ó

quarenta mil hombres de pelea, dar de sobresalto en los Españoles, y matarlos todos, ó á lo menos quemarles toda la maquina y aparato que para los navios tenian hecho, de manera que por entonces no pudiesen salir de su tierra; porque despues con la guerra continua que les pensaban hacer, les parecia los irian gastando con facilidad: porque ya les veian pocos caballos, que era la fuerza principal de ellos, y los hombres eran ya tan pocos, que segun se habian informado faltaban las dos tercias partes de los que en la Florida habian entrado. Tambien sabian que su Capitan General Hernando de Soto, que valia por todos ellos, era ya fallecido. Por las quales nuevas les crecia el deseo de poner en efecto su mala intencion, y no esperaban mas de ver llegado el dia que para su traicion tenian señalado.

El dia debia de estar ya cerca, porque unos Indios de los que de ordinario traian los presentes y recaudos falsos de los curacas, encontrándose á solas con unas Indias criadas de los capitanes Arias Tincco, y Alonso Romo de Cardeñosa, les dixeron, tened paciencia hermanas, y alegraos con las nuevas que os damos, que muy presto os sacaremos del cautiverio en que estos ladrones vagamundos os tienen; porque sabed que tenemos concertado de los degollar, y poner sus cabezas en sendas lanzas para honra de nuestros templos y entierros; y sus cuerpos han de ser atasajados y puestos por los árboles, que no merecen mas que esto. Las Indias dieron luego cuenta á sus amos de lo que los Indios les habian dicho.

Sin este indicio, las noches que hacian serenas se oia el ruido que en diversos lugares de la otra parte del

rio los Indios hacian, y se veian muchos fuegos apartados unos de otros, y se entendia claramente que fuesen tercios de gente de guerra, que se andaba juntando para executar su traicion, la qual por entonces Dios nuestro Señor estorvo con una poderosisima creciente del rio grande, que en aquellos mismos dias, que eran los ocho ó diez de marzo, empezo á venir con grandisima pujanza de agua; la qual á los principios fue hinchiendo unas grandes playas que habia entre el rio y sus barrancas: despues fue poco á poco subiendo por ellas hasta llenarlas todas. Luego empezo á derramarse por aquellos campos con grandisima braveidad y abundancia; y como la tierra fuese llana sin cerros, no hallaba estorvo alguno que le impidiese la inundacion de ella.

A los diez y ocho de marzo de mil quinientos quarenta y tres, que

aquel año fue Domingo de Ramos, segun parece por los computistas, antes de la reformacion de los diez dias del año, andando los Españoles en la procesion, que con todos sus trabajos hacian, celebrando la entrada de nuestro Redentor en Jerusalen, conforme á las ceremonias de la Santa Iglesia Romana, madre y señora nuestra, entró el rio con la ferocidad y braveza de su creciente por las puertas del pueblo Aminoya, y dos dias despues no se podian andar las calles sino en canoas.

Tardó esta creciente quarenta dias en subir á su mayor pujanza, que fue a los veinte de abril, y era cosa hermosisima ver hecho mar lo que antes era montes y campos; porque á cada vanda de su ribera se estendió el rio mas de veinte leguas de tierra, y todo este espacio se navegaba en canoas, y no se veia otra cosa sino las aljumas y copas de los

árboles mas altos. En este paso, contando la creciente del rio, dice Alonso de Carmona: Y nos acordamos de la buena vieja que nos dio el pronóstico de esta creciente: son estas sus propias palabras.

CAPÍTULO XIII.

Envian un caudillo Español al curaca Anilco por socorro para acabar los vergantines.

Por las semejantes inundaciones que este rio grande, y otros que en la historia se han nombrado, hacen con sus crecientes, procuran los Indios poblar en alto donde hay cerros, y donde no los hay los hacen á mano, principalmente para las casas de los señores, así por la grandeza de ellos, como porque no se aneguen, y las casas particulares las hacen tres y quatro estados altas del suelo, armadas sobre grue-

sas vigas, que sirven de pilares, y de unas á otras atraviesan otras vigas y hacen suelo, y encima de ese suelo de madera levantan el techo con sus corredores por todas quatro partes, donde echan la comida y las demas alhajas, y en ellas se socorren de las crecientes grandes, las quales no eran cada año, sino segun que en las regiones y nacimientos de los rios hubiese nevado el invierno antes, y lloviese el verano siguiente, y así fue la creciente de aquel año mil quinientos quarenta y tres grandísima, por las muchas nieves que vimos haber caido el invierno pasado: si ya no fuese lo que dixo la vieja, que creciese de catorce en catorce años, lo qual se podrá experimentar si la tierra se conquista, como yo lo espero.

Durante la creciente del rio fue necesario enviar una esquadra de veinte soldados que fuesen en quatro

canoas, atadas de dos en dos, porque yendo sencillas no se trastornasen en los arboles que debaxo del agua topasen: los soldados habian de ir al pueblo de Anilco, que estaba veinte leguas de Aminoya, á pedir mantas viejas de que hacer estopa para calafetear los vergantines, sogas para jarcias, y resina de árboles para brea; que aunque de todas estas cosas tenian hecha provision, les faltó para acabar la obra.

Por caudillo de los veinte soldados eligieron á Gonzalo Silvestre que fuese con ellos, así porque era muy buen soldado y capitan, como porque pocos dias antes habia hecho un gran servicio y regalo al curaca Anilco, y fue, que en la jornada que el año antes, como atras dexamos dicho, el Gobernador Hernando de Soto hizo al pueblo de Anilco, donde los Guachoyas hicieron aquellas crueldades, y quemaron el pueblo,

Gonzalo Silvestre habia preso un muchacho de doce ó trece años, que acertó á ser hijo del mismo cacique Anilco, el qual habia traido consigo en todo el camino pasado, que los Españoles anduvieron hasta la tierra que llamamos de los Vaqueros, y lo habia vuelto a la provincia de Aminoya, donde entonces estaban, y este muchacho solo le habia quedado y escapado de la enfermedad pasada, de cinco Indios de servicio que en aquella jornada habia llevado consigo; y quando los Españoles se volvieron al rio grande, el curaca Anilco habia hecho pesquisa de su hijo, y sabiendo que era vivo, como el fuese amigo de los Españoles, lo habia pedido, y Gonzalo Silvestre, por los muchos beneficios que el cacique les hacia, se lo habia dado de muy buena voluntad, aunque el muchacho, como muchacho, al entregarsele a los suyos habia reu-

sado ir con ellos, porque estaba ya hecho con los Españoles.

Por este servicio que Gonzalo Silvestre habia hecho al curaca Anilco lo eligió el Gobernador, por parecerle que teniendole obligado con la restitucion del hijo, alcanzaria mas gracia con él que otro alguno de su exército.

El Silvestre fue con los veinte de su quadrilla, y para guias y remeros llevó Indios de los mismos de Anilco. Llegando al pueblo halló que estaba hecho isla, y que la creciente del rio pasaba otras cinco ó seis leguas adelante; de manera que por aquella parte habia salido el rio de su madre veinte y cinco leguas

Luego que el cacique Anilco supo que habia Castellanos en su pueblo, quien era el caudillo, y lo que venian á pedir, mandó llamar á su Capitan General Anilco, y le dixo: Capitan, mostrareis el ánimo y vo-

luntad que al servicio de los Españoles tenemos, con mandar que los regalen y festegen mas que á mi propia persona, y con darles el recaudo que para los vergantines piden, tan cumplidamente, como si fueran nosotros mismos, por el amor que á todos les tenemos, y por la particular obligacion en que este capitan nos ha puesto con la restitucion de mi hijo; y mirad que fio esto de vuestra persona mas que de la mia, porque sé que á todo dareis mejor recaudo que yo, como haceis siempre lo que se os encomienda.

Dada esta órden, mandó llamar á Gonzalo Silvestre, y que no fuese ninguno de los suyos con él, porque dixo, que de no haberlos recibido con amistad la vez primera que á su tierra habian llegado, estaba tan corrido y avergonzado, que toda su vida sentiria pena y dolor de aquella mengua y afrenta que á si

proprio se habia hecho, y que por este delito no osaba parecer delante de los Españoles.

A Gonzalo Silvestre salió á recibir fuera de su casa, lo abrazo con mucho amor, lo llevó hasta su aposento y no quiso que saliese de él todo el tiempo que los Castellanos estuvieron en su pueblo. Gustaba mucho de hablar con él, y saber las cosas que á los Españoles habian sucedido en aquel gran reyno, y quales provincias y quantas habian atravesado, qué batallas habian tenido, y otras muchas particularidades que habian pasado en aquel descubrimiento. Con estas cosas se entretuvieron los dias que alli estuvo Gonzalo Silvestre; y les servia de interprete el hijo del cacique que le habia restituido.

Entre estas pláticas y otras que siempre tenian, dixo el cacique un dia de los ultimos que Gonzalo Sil-

vestre estuvo con el, hasta capitan que Guachoya, no habiendo él, ni cosa suya tenido jamas ánimo ni osadia de poner los pies en todo el termino de mi estado y señorio, se atrevió con el favor de los Castellanos á venir á mi pueblo y entrar en mi propria casa, y saquearla con mucha desvergüenza, y ningun respeto del que debia tenerme, é hizo otras insolencias y crueldades con los niños y viejos, en venganza nunca esperada de sus injurias; y no contento con lo que hizo en los vivos, pasó á injuriar los muertos con sacar los cuerpos de mis padres y abuelos de sus sepulcros, echarlos por tierra, y arrastrar, hollar y acocear los huesos que yo tanto estimo; y ultimamente, se atrevió á poner fuego á mi pueblo y casa contra la voluntad del Gobernador, y de todos sus Españoles, que bien informado estoy de todo lo que en-

tonces hubo: á lo qual no tengo mas que decir, sino que vosotros os ireis de esta tierra, y nosotros nos quedaremos en ella, y quiza algun dia me desquitaré del juego perdido.

Las mismas palabras son que el cacique dixo á Gonzalo Silvestre, y las habló con todo el sentimiento de afrenta y enojo que se puede encarecer: por lo qual se entendió que este curaca hubiese hecho, é hiciese tanta amistad a los Castellanos, lo uno, porque no se inclinase á favorecer á Guachoya contra él, y lo otro, porque para vengar su afrenta desease que los Españoles se fuesen presto de aquella tierra, y por esto les hubiese dado, y diese con tanta liberalidad los recaudos que para los vergantines le pedian, y así ahora últimamente para lo que pidieron, hizo todo el esfuerzo y diligencia posible, y con brevedad les dio recaudo de las mantas, sogas y

resina que les pedian, en mas cantidad que habia sido la demanda ni la esperanza de ella, porque los Españoles habian ido temerosos, que por falta de lo que pedian, no habia de poder el cacique darles recaudo.

El qual, juntamente con las municiones, les dió veinte canoas, é Indios de guerra y de servicio, y un capitan que les sirviese y llevase á recaudo: y á la despedida abrazó à Gonzalo Silvestre, y le dixo, que le disculpase con el Gobernador de no haber ido personalmente á besarle las manos, y que en lo que tocaba á la liga de Quigualtanqui y sus confederados, le avisaria con tiempo de lo que contra los Castellanos maquinasen. Con este recaudo volvió Gonzalo Silvestre al Gobernador, y le dió cuenta de lo que en aquel viage le habia sucedido.

CAPITULO XIV.

Sucesos que pasaron durante la creciente y menguante del rio grande. Aviso que de la liga dió Anilco.

Todo el tiempo que duró el crecer del rio grande, que fueron quarenta dias, no cesaron los Españoles de trabajar en la obra de los verganti-nes, aunque el agua les hacia estorvo; empero subianse á las casas grandes, que diximos habian hecho altas de suelo, que llamaban atarázanas, y allá trabajaban con tan buena maña é industria en todos oficios, que aun hasta el carbon para las herrerias hacian dentro en aquellas casas, encima de los sobrados de madera, y lo hacian de las ramas que cortaban de los arboles que salian fuera del agua, que entonces no habia otra madera ni leña, que

todo estaba cubierto de agua. En estas obras, los que mas notablemente ayudaban á trabajar, no solamente como ayudantes, sino como maestros que hubieran sido de herreria, carpinteria y calafateria, eran dos caballeros hermanos llamados Francisco Osorio, y Garcia Osorio, deudos muy cercanos de la casa de Astorga, y el Francisco Osorio era en España señor de vasallos.

Los quales, aunque tan nobles, acudian con tanta prontitud, maña y destreza á todo lo que era menester trabajar, como siempre habian acudido á todo lo que fue menester pelear, y con el buen exemplo de ellos se animaban todos los demas Españoles nobles y no nobles á hacer lo mismo, porque el obrar tiene mas fuerza que mandar para ser imitado.

Con la creciente del rio grande, como la inundacion fuese tan excesiva, se deshizo toda la gente de

guerra que los caciques de la liga contra los Castellanos habian levantado: porque a todos ellos les fue necesario y forzoso acudir á sus pueblos y casas a reparar , y poner en cobro lo que en ellas tenian ; con lo qual estorvo nuestro Señor que por entonces executasen estos Indios el mal proposito que tenian de matar los Españoles , o quemarles los navios. Y aunque la gente se deshizo, los curacas no se apartaron de su mala intencion , y para la encubrir, enviaban siempre recaudos de su amistad fingida. A los quales respondia el Gobernador con la disimulacion posible , dandoles á entender que estaba ignorante de la traicion de ellos ; mas no por eso dexaban de recatarse y guardarse en todo lo que convenia , para que sus enemigos no le dañasen.

A los ultimos de abril empezó á menguar el rio tan a espacio como

habia crecido, que aun á los veinte de mayo no podian andar los Castellanos por el pueblo, sino descalzos y en piernas, por las aguas y lodos que habia por las calles.

Esto de andar descalzos fue uno de los trabajos que nuestros Españoles mas sintieron de quantos en este descubrimiento pasaron, porque despues de la batalla de Mauvila, donde se les quemó quanto vestido y calzado traian, les fue forzoso andar descalzos: y aunque es verdad que hacian zapatos, eran de cueros por curtir y de gamuzas, y las suelas eran de lo mismo, y de pieles de venados, que luego que se mojaban se hacian una tripa: y aunque pudieran, usando de su habilidad, pues la tenian para cosas mayores y mas dificultosas, hacer alpargates, como lo hicieron los Españoles en Mexico, en el Peru y en otras partes, en esta jornada de

la Florida no les fue posible hacerlo, porque no hallaron cañamo, ni otra cosa de que los hacer. Lo mismo les acaecio en el vestir, que como no hallasen mantas de lana ni algodon, se vestian de gamuza, y sola una ropilla servia de camisa, jubon y sayo, y habiendo de caminar y pasar rios, ó trabajar con agua que les caia del cielo, no teniendo ropa de lana con que defenderse de ella, les era forzoso andar casi siempre mojados, y muchas veces, como lo hemos visto, muertos de hambre, comiendo yerbas y raices por no haber otra cosa. De esto poco que en nuestra historia hemos dicho, y diremos hasta el fin de ella, podrá qualquiera discreto sacar los innumerables y nunca jamas bien, ni aun medianamente, encarecidos trabajos que los Españoles en el descubrimiento, conquista y poblacion del Nuevo Mundo han padecido,



tan sin provecho de ellos ni de sus hijos, que por ser yo uno de ellos podré testificar bien esto.

A fin de mayo volvio el rio á su madre, habiendo recogido sus aguas, que tan largamente habia derramado y estendido por aquellos campos: luego que la tierra se pudo hollar, volvieron los caciques á sacar en campaña la gente de guerra que habian apercibido, y salieron determinados de dar con brevedad execucion á su empresa y mal proposito. Lo qual sabido por el buen Capitan General Anilco, fue, como solia avisar al Gobernador, y en secreto, de parte de su cacique y suya le dio muy particular cuenta de todo lo que Quigualtanqui y sus aliados tenian ordenado en daño de los Españoles: y dixo, como tal dia venidero, cada curaca de por sí á parte le enviaria sus embaxadores, y que lo hacian porque no sospechase

la la liga y traicion de ellos si viniesen todos juntos. Y para mayor prueba de que le decia verdad, y que sabia el secreto de los caciques, relato lo que cada Embaxador habia de decir en su embaxada, y la dadiva y presente que en señal de su amistad habia de traer; y que unos vendrian por la mañana, otros á medio dia, y otros á la tarde; y que estas embaxadas habian de durar quatro dias, que era el plazo que los caciques confederados habian puesto y señalado para acabar de juntar la gente, y acometer los Españoles. Que la intencion que traian era matarlos á todos, y quando no pudiesen salir con esta empresa, á lo menos quemarles los navios, porque no se fuesen de su tierra, que despues pensaban acabarlos á la larga con guerra continua que les darian.

Habiendo dicho el General Anilco lo que pertenecia al aviso de la

traicion de los curacas dixo : Señor, mi cacique , y señor Anilco ofrece á V. S. ocho mil hombres de guerra, gente escogida, y temida de todos los de su comarca, con que V. S. resista y ofenda a sus enemigos ; y yo ofrezco mi persona para venir con ellos , y morir en vuestro servicio.

Tambien dice mi señor , que si V. S. quisiere retirarse á su tierra, que desde luego se la ofrece para todo lo que á vuestro servicio convenga , y muy encarecidamente suplica á V. S. acepte su animo , su estado y señorío , y de todo use como de cosa suya propia: y podrá V.S. creerme , que si va al estado de mi señor Anilco , estara seguro que no osen sus enemigos ofenderle , y entre tanto podrá V. S. ordenar lo que mejor le estuviere.

CAPITULO XV.

Castigo que se dió á los Embaxadores de la liga. Diligencias que los Españoles hicieron hasta que se embarcaron.

El Gobernador, habiendo oido al Capitan General Anilco el aviso de la traicion de los caciques, y los ofrecimientos que de parte de su cacique y suya le hacia, agradeció mucho lo uno y lo otro, y con palabras muy amorosas le dixo, que porque adelante en lo por venir no quedase su curaca Anilco mal quisto y enemistado con los demas curacas é Indios de la comarca, por haber favorecido tan al descubierto á los Castellanos, no aceptaba el socorro de la gente de guerra; y tambien, porque habiendo de salirse por el rio abaxo tan breve como pensaba salir, no era menester hacer guerra a los

contrarios; y que por las mismas causas tampoco aceptaba la buena compañia de su persona para Capitan General, aunque conocia el mucho valor de ella, y de quanto momento fuera su favor y ayuda para los Españoles si hubieran de conquistar por guerra á los enemigos: que habiéndose de ir, no queria dexarlo odioso y enemistado con sus vecinos, ni queria que supiesen cosa alguna del aviso que les habia dado de la liga; y por la misma razon rehusaba el retirarse a su tierra, porque por entonces no le convenia hacer asiento en aquel reyno. Mas ya que no podia admitir los efectos de los ofrecimientos que su cacique y él le hacian, a lo menos recibia los buenos deseos de ambos, para acordarse de ellos y de la obligacion en que sus palabras y obras á él y á toda la nacion española habian puesto, y procurarian pagarsela si en algun

tiempo se ofreciesen ocasiones, y que la misma cuenta y memoria tendria el Rey de Castilla, su señor, Emperador y cabeza que era de todos los Reyes y Señores, y Principes Christianos; el qual sabria lo que por los Castellanos sus vasallos y criados habian hecho, y lo mandaria poner escrito en memoria, para la gratificar su Magestad, ó los Reyes sus descendientes, y que esta prenda y promesa les dexaba á ellos, y á sus hijos y sucesores en pago del beneficio que les habia hecho. Con estas palabras despidió el Gobernador al capitan Anilco, y quedó apercibido para el suceso venidero, habiéndolo consultado con sus capitanes y soldados mas principales.

Quatro dias despues del aviso, que fue á los primeros de Junio del año mil quinientos quarenta y tres, vinieron los embaxadores de los caciques de la liga, por la misma or-

den y manera que Anilco habia dicho unos por la mañana, otros al mediodia, y otros á la tarde, y traxeron los mismos recaudos de palabra, y las propias dadivas que Anilco habia dado por seña de la traicion de ellos.

Lo qual visto por el Gobernador, mandó que los prendiesen y pusiesen cada uno de por sí á parte, para exâminarlos en su liga y conjuracion; y llegando al hecho, los Indios no la negaron, antes muy llanamente confesaron todo lo que para matar los Españoles, y quemar los navios tenian ordenado.

El General, porque el castigo que se habia de hacer en los Indios embaxadores no fuese en tantos como seria si aguardasen á que viniesen todos, mandó que con brevedad lo executasen en los que aquel dia habia prendido, porque aquellos diesen nuevas á los demas, de como la traicion de ellos era entendida, y

no embiasen mas embaxadores.

Acabado de tomarles la confesion, el mismo dia que vinieron executaron en ellos el castigo de la maldad de sus caciques, y la paga de su embaxada fue cortar á treinta de ellos las manos derechas. Los quales acudian con tanta paciencia á recibir la pena que se les daba, que apenas habia quitado uno la mano cortada del tajon, quando otro la tenia puesta para que se la cortasen; lo qual causaba lastima y compasion á los que lo miraban.

Con el castigo de los embaxadores se deshizo la liga de sus curacas; porque dixeron, que pues los Castellanos tenian noticia de su mal deseo, se recatarian y apercibirian para no ser ofendidos; y asi cada cacique se volvió á su tierra, desdeñado de no haber executado su mala intencion. La qual guardaron todos en sus pechos para la mostrar

en lo que adelante se ofreciese; y porque entendieron ser mas poderosos en el agua que en tierra, ordenaron entre todos, que cada uno apercibiese la mas gente y canoas que pudiese, para perseguir los Españoles quando se fuesen por el rio abaxo, donde pensaban matarlos todos.

El Gobernador y sus Capitanes, habiendo visto ser cierta la gran liga y conjuracion que los curacas tenian hecha contra ellos, les pareció seria bien salir con brevedad de sus tierras, antes que los enemigos ordenasen otra peor. Con este acuerdo se dieron mucha mas priesa que hasta entonces se habian dado, para poner en perfeccion los vergantines, aunque hasta allí no habian andado ociosos.

Fueron siete los caravelones que nuestros Españoles hicieron, y porque no tenian bastante recaudo de

clavazon para echarles cubierta entera, les cubrieron un pedazo á popa y otro á proa, en que pudiesen echar el motalotage: en medio llevaban unas tablas sueltas que hacian suelo, y quitando una de ellas podian desaguar el agua que hubiesen hecho.

Con la misma diligencia que traian en hacer los navios, recogieron el bastimento que les pareció ser menester, y pidieron á los caciques amigos Anilco y Guachoya socorro de zara, y las demas semillas, y fruta seca que en sus tierras hubiese.

Atocinaron los puercos que hasta entonces, con todos los trabajos pasados, habian sustentado para criar, y todavia reservaron docena y media de ellos, porque no tenian perdida la esperanza de poblar cerca de la mar si hallasen buena disposicion. A cada uno de los caciques amigos dieron dos hembras y un

macho para que criasen. La ca-
de los que mataron echaron en c
para el camino, y con la mante-
en lugar de aceyte, templaron
aspereza de la resina de los árbo-
con que breaban los vergantines, p-
ra que se hiciese suave y liquida q
pudiese correr.

Proveyeron de canoas para lle-
var los caballos que les habian que-
dado, que eran pocos mas de trein-
ta, las quales canoas iban atadas de
dos en dos, para que los caballos lle-
vasen las manos puestas en la una y
los pies en la otra: sin las canoas de
los caballos llevaba cada vergantin
una por popa que le sirviese de ba-
tel.

En este paso dice Alonso de Car-
mona, que de cincuenta caballos que
les habian quedado mataron los vein-
te, que por manqueras estaban mas
inutiles, y que para los matar l-
ataron una noche à sendos palos, y

les sangraron y dexaron desangrar hasta que murieron, y que esto se hizo con mucho dolor de sus dueños, y lastima de todos, por el buen servicio que les habian hecho, y que la carne la salcocharon, y pusieron al sol para que se conservase, y asi la guardaron para matalotage de su navegacion. Habiendo concluido las cosas que hemos dicho, echaron los vergantines al agua, dia del gran Precursor San Juan Bautista, y los cinco dias que hay hasta la vispera de los Principes de la Iglesia S. Pedro y S. Pablo, se ocuparon en embarcar el matalotage, y los caballos, y empavesar los vergantines y las canoas con tablas y pieles de animales para defenderse de las flechas. Dos dias antes que se embarcasen, despidieron al cacique Guachoya, y al capitan general Anilco para que se fuesen á sus tierras, y les rogaron que fuesen amigos verdaderos,

y ellos prometieron que lo serian. Luego el mismo dia de los Apostoles se embarcaron, habiendo ordenado que fuesen por Capitanes de los siete vergantines los que nombrarémos en el capitulo siguiente.

CAPITULO XVI.

Eligen capitanes para las caravelas. Embarcanse los Españoles para su navegacion.

Luis de Moscoso de Alvarado se embarcó en la caravela capitana por Gobernador y capitan general de todos, como lo era en tierra. Juan de Alvarado, y Christobal Mosquera, hermanos del Gobernador, por Capitanes de la almiranta. A estos dos vergantines o caravelas llamaron por estos nombres capitana y almiranta: á las demas llanamente las nombraban tercera, quarta, quinta, sexta y septima. El Contador Juan de

Añasco, y el Fator Viedma por capitanes de la tercera caravela. El Capitan Juan de Guzman, y el Tesorero Juan Gaytan por capitanes del quarto vergantin. Los capitanes Arias Tinoco, y Alonso Romo de Cardeñosa del quinto. Pedro Calderon, y Francisco Osorio fueron capitanes del sexto vergantin. Juan de Vega, natural de Badajoz, otras veces ya nombrado, y Garcia Osorio se embarcaron en la séptima y última caravela por capitanes de ella. Todos estos caballeros eran nobles por sangre, y famosos por sus hazañas, y como tales habian aprobado en los sucesos de esta jornada y descubrimiento. Nombraronse dos capitanes para cada vergantin, porque quando el uno saliese á hacer algun hecho en tierra, quedase el otro en la caravela para gobierno de ella.

Debaxo del mando y gobierno de los capitanes ya nombrados se em-

barcaron con ellos trescientos y cincuenta Españoles, antes menos que mas, habiendo entrado en la tierra muy cerca de mil. Embarcaron consigo hasta veinte y cinco ó treinta Indios é Indias, que de lejas tierras habian traido en su servicio; y estos solos habian escapado de la enfermedad y muerte que el invierno pasado habian tenido, que siendo mas de ochocientos, habian muerto los demas, y estos treinta embarcaron y llevaron consigo los Españoles, porque no quisieron quedar con Guachoya ni Anilco, por el amor que á sus amos tenian; y decian, que querian mas morir con ellos que vivir en tierras agenas; y los Españoles no les hicieron fuerza para que se quedasen, por parecerles mucha ingratitud no corresponder al amor que los Indios les mostraban, y gran crueldad desampararlos fuera de sus tierras.

El dia propio de los Apóstoles, dia tan solemne y regocijado para toda la christiandad, aunque para estos Castellanos triste y lamentable, por lo que particularmente en el hicieron, que desampararon y dexaron perdido el fruto de tantos trabajos como en aquella tierra habian pasado, y el premio y galardon de tan grandes hazañas como habian hecho, se hicieron á la vela al poner del sol; y sin que los Indios enemigos les diesen pesadumbre alguna, navegaron á vela y remo toda aquella noche, y el dia y noche siguiente.

Cada vergantin llevaba siete remos por vanda, en los quales se remudaban para remar por sus horas todos los que iban dentro, sin exceptuar nadie sino eran los capitanes. La distancia del rio que las dos noches y el dia navegaron nuestros Españoles, se entendio que fuese

del distrito y termino de la provincia de Guachova, que como atras tocamos, era el rio abajo, y que por haberse mostrado Guachova amigo de los Castellanos, no hubiesen querido los Indios ofenderlos mientras iban por el parage de su tierra, o que fuese alguna supersticion y observancia de la creciente ó menguante de la luna, que iba cerca de la conjuncion, como la tenian los Alemanes, segun lo escribe Julio Cesar en sus comentarios. No se sabe la causa cierta porque no los hubiesen perseguido aquellas dos primeras noches y un dia.

Mas al segundo dia amaneció sobre ellos una hermosisima flota de mas de mil canoas, que los curacas de la liga juntaron contra los Españoles; y porque las de este rio grande fueron las mayores y mejores que los nuestros en toda la Florida vieron, será bien dar aqui particular



cuenta de ellas; porque ya de aquí adelante no tenemos batallas que contar, que hubiesen pasado en tierra sino en el agua.

CAPÍTULO XVII.

Manera de balsas que los Indios hacian para pasar los rios.

Canoa en lengua de los Indios de la Isla española y de toda su comarca, es lo mismo que barco ó caravelon sin cubierta, que á todas las nombran de una misma manera, sino es en el rio grande de Cartagena, que por ser las mayores llaman piraguas. Los Indios de todas las regiones del Nuevo Mundo, principalmente en las islas y tierras maritimas, las hacen segun tienen la comodidad para ellas, grandes ó chicas. Buscan los árboles mas gruesos que pueden hallar, dales la forma

de una artesa, y hacenlas de una pieza, porque no hallaron la invencion tan prolixa de hacer barco de tablas, clavadas en sus costillas unas con otras, ni tuvieron hierro, ni supieron hacer clavos, y menos tener fraguas, ni hacer oficio de calafates, ni buscar brea ni estopa, velas, jarcias, gumenas, áncoras y las demas cosas, tantas como son menester para la fabrica de los navios; solamente se aprovechan de lo que la naturaleza, en lo que ellos no alcanzaron con su ingenio, les mostraba con el dedo. Y así para pasar los rios y navegar por la mar, eso poco que por ella navegaban, donde no alcanzaban madera tan gruesa como la piden las canoas, esto es, en todo el Perú y su costa, hacian balsas de maderos livianos como higuera, que los Indios decian la habia en las provincias cercanas á Quito, y de alli la llevaban por

órden de los Incas á todos los rios caudalosos del Perú, y de cinco vigas atadas unas con otras hacian las balsas: la viga de en medio era mas larga que todas, luego las primeras colaterales eran menos largas, y las segundas menos; porque así pudiesen romper el agua mejor que con la frente toda pareja: yo pasé en algunas de ellas, que todavia vivian del tiempo de los Incas.

Tambien las hacen de un haz rollizo de enea, del grueso del cuerpo de un caballo, el qual haz atan muy fuertemente, y lo ponen muy ahusado, levantado por delante hacia arriba como proa de barco, para que corte el agua, y ancho de los dos tercios atras. En lo alto del haz hacen un poco de llano ó mesa donde echan la carga, ó el hombre que han de pasar de una parte á otra del rio; al qual mandan con grandisimo encarecimiento que en nin-

guna manera se menee de como lo ponen sobre la balsa, asido á las ataduras de ella, ni alce la cabeza de como la lleva boca abaxo, echada sobre la balsa, ni abra los ojos á mirar cosa alguna.

Pasando yo de esta manera un rio caudaloso y de mucha corriente, que en los tales es donde los Indios lo mandan, que en los mansos y de poca agua no se les dá nada, por el demasiado encarecimiento que el Indio barquero me hacia para que no abriese los ojos, que por ser yo muchacho me ponia unos miedos como que se hundiria la tierra, ó se caerian los cielos, me dió codicia de mirar, por ver si veia algunas cosas de encantamiento o de la otra vida; y así, quando sentí que ibamos en medio del rio, alcé un poco la cabeza, y miré el agua arriba, y verdaderamente me parecio que caiamos del cielo abaxo, y esto fue por desva-

necerse la cabeza por la grandisima corriente del rio, y por la furia con que la balsa iba cortando el agua, yendo al amor de ella; y me forzó á cerrar los ojos, y á confesar que los Indios tenian razon en mandar que no los abriesen. En estas balsas de enea no va mas de un Indio en cada una de ellas, el qual para navegar se pone caballero en lo último de la popa, y echándose de pechos sobre la balsa, vá remando con pies y manos, y encamina la balsa al amor del agua hasta ponerla de la otra parte del rio. En otras partes hacen balsas de calabazas enredadas, y atadas unas con otras, hasta hacer una tabla de ellas de vara y media en quadro, y de mas y de menos: echanle por delante un pretal como á silla de caballo, donde el Indio barquero mete la cabeza y se echa á nado: sobre sí lleva nadando la balsa y la carga, hasta pasar el

rio, la baia, estero ó brazo de mar, y si es necesario, lleva detrás uno ó dos Indios ayudantes que van nadando y rempujando la balsa.

En otras partes, donde los rios, por su mucha corriente y ferocidad, no consienten que anden sobre ellos, y donde por los muchos riscos, peñas y ninguna playa no hay embarcaderos ni desembarcaderos, echan una madera gruesa de una parte á otra del rio, y la atan á gruesos árboles ó fuertes peñascos: en esta maroma anda corriente una canasta grande, con una asa de madera como el brazo, que corre por la maroma: es capaz de tres y quatro personas: trae dos sogas una a un lado y otra á otro, por las quales tiran de la canasta para pasarla de la una ribera á la otra; y como la maroma sea larga, hace mucha vaga y caida en medio, y es menester ir soltando la canasta poco á poco, hasta el

medio de la maroma que vá baxando; y despues por la otra media que vá hácia arriba, la tiran de aquella vanda á fuerza de brazos: y para esto hay Indios que tienen cargo de pasar los caminantes; y los mismos que van dentro en la canasta, asiéndose á la maroma, se van ayudando á baxar y subir por ella. Yo me acuerdo haber pasado por ellas dos ó tres veces siendo muchacho de menos de diez años, y por los caminos me llevaban los Indios acuestas. Pasan los Indios por esta manera de pasage su ganado con mucho trabajo, porque lo maniatan y echan dentro en la canasta, y lo mismo hacen del ganado menor de España, como son ovejas, cabras y puercos: empero los animales mayores, como caballos, mulas, asnos y vacas, por la fortaleza y peso de ellos, no los pasan en las canastas, sino que los llevan por otros pasos, como

puentes ó vados, porque esta manera da pasage por la maroma en la canasta solamente es para gente de á pie, y no la hay en caminos reales, sino en los particulares que los Indios tienen de unos pueblos á otros.

Estas son las maneras de pasar los rios que los Indios tuvieron en el Perú, sin las puentes que hacian de mimbre y de enea o juncos, como diremos en su propio lugar, si Dios se sirve de darnos vida.

Mas en toda la tierra de la Florida que estos nuestros Españoles anduvieron, por la mucha comodidad que en ella hay de árboles grandes apropiados para canoas, no usaron los Indios de otros instrumentos para pasar los rios sino de ellas, aunque los Españoles, como hemos visto, en algunas partes hicieron balsas.

CAPITULO XVIII.

Tamaño de las canoas. Gala y órden que los Indios sacaron en ellas.

Volviendo pues al particular de nuestra historia decimos, que entre las muchas canoas que en seguimiento de los Españoles amanecieron el segundo dia de su navegacion, se vieron algunas de estraña grandeza, que les causo admiracion: las que eran capitanas y otras iguales á ellas eran tan grandes, que traian á veinte y cinco remos por vanda, y sin los remeros traian otros veinte y cinco y treinta soldados de guerra, puestos por su órden de popa á proa; por manera que habia muchas canoas capaces de setenta y cinco y de ochenta hombres, que en ellas venian puestos de tal suerte que pudiesen pelear todos sin estorvarse

unos á otros. Los remeros tambien traian sus arcos y flechas para municion de las canoas; las quales, con ser tan grandes, son hechas de sola una pieza; y es de advertir que haya árboles tan hermosos en aquella tierra.

Desde el tamaño que hemos dicho, que eran las mayores, iban otras disminuyendo hasta las menores, que eran de catorce remos por vanda, y ningunas se hallaron en esta flota menores que estas. Los remos en comun son de una braza en largo antes mas que menos; son las palas de los remos de tres quartas en largo, y una tercia en ancho, todo de una pieza, tan acepillados y pulidos, que aunque fueran lanzas ginetas no se pudieran pulir mas. Quando una canoa de estas va de boga arrancada, lleva tanta velocidad que apenas le hara ventaja un caballo á todo correr.

Para bogar á una y en compas tienen aquellos Indios hechos diversos cantares con diferentes tonadas, breves ó largas, conforme á la priesa ó espacio que se les ofrece en el remar. Lo que en estos cantares van diciendo, son hazañas que sus pasados ú otros capitanes estraños hicieron en la guerra, con cuya memoria y recordacion se incitan á la batalla, y al triunfo y vitoria de ella.

De las canoas capitanas de esta armada, y de las que eran de los hombres ricos y poderosos, hay otra particularidad curiosa y estraña que contar, y es, que cada una de por sí venia teñida de dentro y fuera hasta los remos de un color solo, como digamos de azul o amarillo, blanco o roxo, verde ó encarnado, morado ó negro, o de otro color, si lo hay mas que los dichos; y esto era conforme al blason o a la aficion del capitan, del curaca, u hombre rico

y poderoso cuya era la canoa; y no solamente las canoas, mas tambien los remeros y remos, y los soldados, hasta las plumas, y las madejas que traen por tocado rodeados á la cabeza, y hasta los arcos y flechas, todo venia teñido de un color solo, sin mezcla de otro: que aunque fueran quadrillas de caballeros que con mucha curiosidad quisieran hacer un juego de cañas no pudieran salir con mas primor que el que estos Indios sacaron en sus canoas. Las quales, como fuesen muchas, y de tantas colores, y con el buen órden y concierto que traian, y como el rio fuese muy ancho, que á todas partes podian estenderse sin salir de órden, hacian una hermosisima vista á los ojos.

Con esta belleza y grandeza siguieron los Indios á los Españoles el segundo dia hasta las doce, sin darles pesadumbre alguna, para que sin

ella pudiesen ver y considerar mejor la hermosura y pujanza de su armada. Ibanse en pos de ellos bogando al son de sus cantares : entre otras cosas que decian , segun lo interpretaron los Indios que los Españoles consigo llevaban , era loar y engrandecer su esfuerzo y valentia, vituperar la pusilanimidad y cobardia de los Castellanos , y decir, que ya huian los cobardes de sus armas y fuerzas ; que los ladrones temian su justicia ; que no les valdria huir de la tierra ; que todos moririan presto en el agua ; y que si en tierra habian de ser manjar de aves y perros , en el rio les harian lo fuesen de peces y animales marinos , y así acabarian sus maldades y el enfado que daban á todo el mundo. Estas y otras cosas semejantes venian diciendo , y bogaban al son de ellas , y al fin de cada cantar daban grandisima grita y alarido.

CAPITULO XIX.

Modo de pelear que tuvieron los Indios con los Españoles por el rio abaxo.

Habiendo reconocido los Indios la armada de los Españoles, pequeña en número, mas grande en calidad y esfuerzo, la siguieron hasta medio dia sin hacerle enojo alguno; y pasada aquella hora, dividieron las canoas en tres tercios iguales, haciendo vanguardia, batalla y retaguardia. En las delanteras del primer tercio iban las del curaca Quigualtanqui, Capitan General en agua y tierra de la liga de los caciques. No se supo de cierto que él viniese en ellas; mas los Indios en los cantares que decian, y en las voces sueltas que daban, apellidaban muy á menudo su nombre.

Las canoas divididas en los tres

tercios se arrimaron todas á la ribera de la mano derecha de como iban el rio abaxo: las de la vanguardia, hechas un esquadron largo y angosto, arremetieron con las caravelas de los Castellanos, no para embestirlas, sino para pasar por delante, dexandolas á mano izquierda para poder tirar mejor sus flechas. De esta manera pasaron de una ribera á otra cortando el rio al sesgo, y echaron sobre las caravelas una lluvia de flechas, en tanta cantidad, que los navios de alto abaxo quedaron cubiertos de ellas, y heridos muchos Españoles, que no les aprovechó la defensa de los paveses y rodelas que llevaban.

Habiendo pasado las primeras canoas, y llegado á la ribera de la mano izquierda, se volvieron luego por delante a la mano derecha á ponerse en el primer puesto. Entre tanto las canoas del segundo tercio ar-

remetieron con los vergantines por la misma orden que las primeras; y habiendo descargado sus flechas, y llegado á la orilla de la mano siniestra, se volvieron luego á la diestra, y se pusieron delante de las canoas primeras.

Apenas habian acabado de pasar por los vergantines las canoas del segundo esquadron, quando acometieron las del tercero por la misma forma y orden que las pasadas; y habiendo echado otra lluvia de flechas, volvieron á la ribera de la mano derecha, y se pusieron delante del segundo esquadron.

A este tiempo, como las caravelas no dexasen de navegar, aunque los Indios las molestaban, llegaron al parage de las primeras canoas, las quales, viéndolas en buen puesto, arremetieron segunda vez con ellas, é hicieron lo mismo que la vez primera; y luego las segundas

y terceras hicieron lo propio, volviendo siempre á ponerse en la ribera de la mano derecha despues de haber descargado sus flechas.

En esta forma de un juego de cañas muy concertado, entrando á tirar sus flechas, y saliendo á volverse a poner en el puesto, persiguieron los Indios á los Castellanos todo aquel dia sin dexarles descansar un punto. La noche hicieron lo mismo, aunque no tan continuadamente como el dia; porque se contentaron con dar solos dos rebatos, uno á primera noche, y otro al quarto del alba.

Los Españoles al principio, quando los Indios les acometieron, no embargante que llevaban asidas por popa las canoas en que iban los caballos, pusieron gente en ellas para que las defendiese, entendiendo que habia de haber batalla de mano. Empero viendo que no hacian efecto al-

guno, porque los enemigos no querian llegar á golpe de espada sino asaetearlos de lejos con las flechas, y viendo que los Christianos que iban en las canoas recibian mucho daño por el poco reparo que llevaban los recogieron á los vergantines dexando los caballos con la poca defensa de los paveses, y cubiertas que con pieles de animales les habian hecho.

Con la batalla y pelea continua que el primer dia y noche tuvieron los Indios con los Españoles, con esa misma, sin innovar cosa alguna, ni mudar orden, los siguieron 10 dias continuos con sus noches, que por evitar proligidad no los escribimos singularmente, y tambien porque no acaecieron particularidades, mas de las que diximos del primer dia: solo hay que decir, que en este tiempo mataron con las flechas casi todos los caballos, que no quedaron mas de ocho

que acertaron á ir mejor reparados.

Los Españoles, aunque heridos generalmente sin escapar alguno, se defendian de los Indios con sus paveses y rodelas, y les ofendian con algunas ballestas que llevaban; porque los arcabuces se habian gastado en clavos para los vergantines, y gastaronlos todos: porque demas de la necesidad que á ello la falta del hierro les forzó, hicieron poco efecto en toda esta jornada y descubrimiento, por la poca práctica y experiencia que nuestros arcabuceros entonces tenian, á que no ayudaba poco el mal recaudo que despues de la batalla de Mauvila hallaron para hacer pólvora, porque en ella se les quemó quanta habian llevado. Por estas razones los Indios, no solamente no habian temido los arcabuces, mas antes los habian menospreciado y hecho burla de ellos, de cuya causa no los traian los nuestros.

CAPÍTULO XX.

Sucesos del onceno dia de la navegacion de los Españoles.

Pasados los 10 dias de la continua guerra y pelea que los Indios tuvieron con los Españoles, cesaron de ella, y retiraron sus canoas de los vergantines poco mas de media legua. Los nuestros pasaron adelante siguiendo su viage, y vieron cerca de la ribera un pueblo pequeño de hasta ochenta casas; y pàreciéndoles que ya los Indios los habian dexado, y que debian de estar ya cerca de la mar; porque entendian haber caminado aquellos dias mas de doscientas leguas, porque siempre, aunque contrastando con los enemigos, habian navegado á vela y remo, y el rio no hacia vueltas en que pudiesen haberse detenido, quisieron prevenirse de comida para la mar, y

echaron vando por los vergantines, que todos los que quisiesen ir por maiz fuesen al pueblo con el caudillo que estaba elegido.

Saltaron en tierra cien soldados, y sacaron los ocho caballos que habian quedado, para que se refrescasen, y para pelear en ellos si fuese menester.

Los Indios del pueblo, viendo que los Españoles iban á él, lo desampararon, y tocando arma, y pidiendo socorro, con mucha grita y alarido huyeron por los campos. Los nuestros, habiendo caminado á toda diligencia, llegaron á las casas, que estaban como dos tiros de arcabuz del rio, y hallaron en ellas mucho maiz, copia de fruta seca de diversas maneras, gran cantidad de gamuza blanca y teñida de todos colores, y muchas mantas de diversas pieles, muy bien aderezadas, entre las quales hallaron un liston

de martas finísimas de ocho varas en largo, y quatro tercias en ancho, y por lo ancho estaba doblado: hacia dos haces y venia á tener el ancho de la seda. Todo él estaba á trechos guarnecido con sartas de perlas y de aljofar, cada cosa de por sí, hechos manogitos como borlas, y puestas por mucha orden. Entendiose que servia de estandarte, ó de otra insignia para sus fiestas, regocijos y bayles, porque para ornamento de una persona no lo era, ni para aderezo de cama ni aposento. Esta pieza hubo Gonzalo Silvestre, que fue el caudillo de los que salieron á tierra, y con ella y con todo el maiz, fruta y gamuza que pudieron llevar á cuestas, se volvieron apriesa á los vergantines, de donde los llamaban los trompetas con grande instancia, porque los Indios, así los de las canoas, como los que habia por los campos, con la grita que

los del pueblo levantaron, se habian apellidado, y venian corriendo al socorro; y porque los de tierra eran pocos, habian salido muchos de las canoas para juntarse con ellos, y reforzar el numero y el ánimo para la batalla.

De esta manera acudieron por agua y tierra los enemigos con gran impetu y ferocidad á defender el pueblo, y ofender los Españoles; los quales, con la misma priesa que habian llevado por tierra, se embarcaron en sus canoas, y con ella misma fueron hasta llegar á los vergantines. Fueles forzoso desamparar los caballos, porque por la priesa y furia de los Indios no les fuese posible embarcarlos, so pena que los atajaran y perecieran todos, y asi corrieron tanto riesgo, que si los Indios del rio ó de la tierra se hubieran adelantado cien pasos mas, era imposible embarcarse alguno de ellos en

los vergantines; mas Dios les socorrió y libró de la muerte de aquel dia.

Los enemigos, viendo que los Españoles se habian puesto en salvo, convirtieron su furia contra los caballos que en tierra dexaron, y quitándoles las jaquimas, y cabestros porque no les estorvasen al correr, y las sillas porque no les defendiesen las flechas, los dexaron ir por el campo; y luego, como si fueran venados, los flecharon con grandísima fiesta y regocijo hasta que los vieron caidos.

Asi acabaron de perecer este dia los caballos que para este descubrimiento y conquista de la Florida habian entrado en ella, que fueron trescientos y cincuenta, que en ninguna jornada de las que hasta hoy se han hecho en el Nuevo Mundo se han visto tantos caballos juntos, y tan buenos.

Los Castellanos, de ver flechar sus caballos y de no poderlos socorrer, sintieron grandisimo dolor, y como si fueran hijos los lloraron; mas viéndose libres de otro tanto, dieron gracias á Dios, y siguieron su viage. Sucedio esto el doceno dia de la navegacion de los nuestros.

CAPITULO XXI.

Llegan los Indios casi á rendir una caravela. Desatino de un Español desvanecido.

Habiendo experimentado los Indios, que por mucho perseguir á los Españoles, no conseguian lo que deseaban, que era matarlos todos, antes les hacian navegar con mas orden y concierto, sin apartarse unos de otros, usaron de un ardid de guerra, y fue, que se alejaron de los vergantines o caravelas, con esperanza que descuidandolos podria ser que se

desmandasen unas de otras, y diesen ocasion á que las desbaratasen, hallándolas divididas cada una de por sí. Con esta astucia se quedaron el rio arriba, dando á entender que dexaban libres las caravelas, las quales navegaban con próspero viento. Yendo pues asi en su viage, se apartó una de ellas sin propósito alguno, salió de la orden que todas llevaban, y se quedó atras menos de cien pasos.

Los Indios, viendo que no les habia salido vano el ardid y engaño, no quisieron perder la ocasion que se le ofrecia; y así á toda furia arremetieron de todas partes con la caravela, y abordaron con ella para la rendir y tomar á manos.

Las otras seis que iban delante, reconociendo el descuido de la compañera, amaynaron las velas, y á toda diligencia volvieron con los remos á socorrerla, y aunque era de poca distancia, por ser contra la cor-

riente del rio, arribaron con mucha dificultad y trabajo, y quando llegaron al vergantin, hallaron los Castellanos que iban dentro tan apretados por la inundacion de los Indios que sobre ellos habian cargado, que se defendian á golpe de espada, y no podian acudir á tantas partes como era menester, por donde los enemigos entraban en la caravela, de los quales habia algunos ya dentro, y otros muchos estaban asidos de ella; mas con la llegada de los nuestros se retiraron á fuera, llevandose consigo la canoa que la caravela traia por popa, con cinco cochinas de las que habian reservado para criar si poblasen en alguna parte. Este fue el suceso del dia decimotercio de la navegacion de los Españoles, los quales, atribuyendo á la misericordia de Dios el no haberseles perdido la caravela, se apercibieron y encomendaron de nuevo unos á otros,

que para no verse en afrenta y peligro semejante tuviesen todos cuidado de no desmandarse ni salir de orden. Con ella navegaron otros dos dias, y los Indios iban siempre en pos de ellos menos de un quarto de legua, aguardando á que hubiese en los nuestros algun desconcierto para gozar de él.

Bien recatados, y con gran vigilancia navegaban nuestros Españoles, viendo quan á la mira venian los Indios para no perder ocasion en que les pudiesen ofender; mas por mucha diligencia que pusieron, no les basto para que el decimosexto dia de su navegacion no les sucediese una desgracia y perdida de mucha lástima y dolor; y tanto mas de llorar, quanto la causa fue mas desatinada y disparada, y menos ocasionada de peligro que los forzase, o necesitase á poner en riesgo de perder las vidas, como las perdieron quarenta

y ocho hombres de los mejores y mas valientes que en el armada iban. Mas al desatino de un temerario no hay gobierno que baste a resistir, porque destruye mas un loco que edifican cien cuerdos. Y porque se entienda mejor el mal suceso de los nuestros, se me permita contarlo á la larga como pasó, y quien fue la causa de tanto mal y daño.

Entre los Españoles de esta armada venia uno natural de Villanueva de Barcarrota, llamado Esteban Añez, hombre rústico, el qual metió en la Florida un caballo, que aunque villano de talle era fuerte y recio, que por serlo tanto, o porque alguna flecha no le alcanzo por buen lugar, que es lo mas cierto, habia servido hasta el fin de la jornada, y fue uno de los pocos que los Castellanos embarcaron en los vergantines para esta navegacion que vamos contando.

Pues como Esteban Añez hubiese andado siempre á caballo, y se hubiese hallado en muchos de los trances pasados, aunque en ellos no habia hecho cosa notable, habia cobrado opinion de valiente, y estaba en esta reputacion, con la qual, ayudado de su naturaleza rústica y villana, andaba desvanecido y loco. Para confirmacion de su locura salió de su caravela, y entró en la canoa que llevaba por popa, diciendo ir á hablar al Gobernador, que iba delante: salieron con él otros cinco Españoles que habia engañado diciéndoles, que todos seis habian de hacer una hazaña la mas notable y famosa de quantas se hubiesen hecho en todo aquel descubrimiento; y fueron faciles de persuadir, porque todos eran mozos, y entre ellos fue un caballero de edad de veinte años, hijo natural de Don Carlos Enriquez, que fallecio en la batalla de

Mauvila. Tenia el mismo nombre del padre, era gentilhombre de persona y hermoso de rostro, quanto lo podia ser hombre humano, y que en tan tierna edad, asi en el esfuerzo de las armas, como en la virtud de su vida y costumbres, habia mostrado ser hijo de tal padre. Este caballero, y otros quatro, por la codicia de ganar la honra que Esteban Añez les prometia, entraron con él en la canoa, y con el achaque de hablar al Gobernador se apartaron de la caravela: viendose alejados de ella arremetieron á los Indios, diciendo a grandes voces; á ellos, que huyen.

El Gobernador, y los demas capitanes de las caravelas, viendo el desatino de aquellos seis Españoles mandaron á los trompetas tocasen á toda priesa á recoger, y con señas y voces les decian mirasen el peligro en que iban, y se volviesen á

su caravela; mas Esteban Añez mostró tanta mayor obstinacion en su locura y desatino, quanto mayores voces le daban los suyos, y no quiso volver, antes hacia señas á las caravelas que le siguiesen todas.

El Gobernador, vista la inobediencia de aquel desatinado, mandó que en las canoas que los verganti-nes llevaban por popa fuesen treinta ó quarenta Españoles por aquel hombre, con determinacion de mandarlo ahorcar luego que lo traxesen; empero mejor fuera remitir el castigo á los Indios, que ellos curaran su locura, como se la curaron, y no enviar á perder otros muchos, que se perdieron por un perdido.

CAPITULO XXII.

Matan los Indios quarenta y ocho Españoles por el desconcierto de uno de ellos.

En oyendo el mandato del Gobernador, saltaron apriesa en tres canoas quarenta y seis Españoles para volver á Esteban Añez, y uno de ellos fue el capitan Juan de Guzman, que era amicisimo de andar en una canoa y regirla por su mano; y aunque todos los soldados de su caravela le rogaron que se quedase, no lo pudieron acabar con él, antes enfadado de sus importunidades, particularmente de las de Gonzalo Silvestre, que como mas su amigo era el que mas le resistia que fuese, y le ofrecia que él iria en su lugar, le respondio con enojo diciendo: Siempre me habeis contradicho, y contradecis el gusto que tengo de andar

en canoas, pronosticandome por ello algun mal suceso: pues por solo eso he de ir, y vos os habeis de quedar, que no quiero que vayais conmigo. Con estas palabras se arrojo en la canoa, y en pos de el otro caballero grande amigo suyo llamado Juan de Vega, natural de Badajoz, primo hermano de Juan de Vega, capitan de una de las caravelas.

Los Indios, que siempre habian seguido las caravelas en esquadron formado con sus canoas, las quales eran tantas que cubrian el rio de una ribera á otra, y en un quarto de legua atras no se parecia el agua, viendo la primera canoa de Esteban Añez que iba á ellos, y en pos de ella las tres que le seguian, no pasaron de donde iban; antes con mucho concierto y mansedumbre ciaron todas hácia atras, por apartar las canoas españolas de sus vergantines; los quales, habiendo amainado las velas,

forcejaban con los remos, aunque con mucho trabajo, por ser contra corriente, por arribar a sus canoas para las socorrer.

Esteban Añez, ciego en su desatino, viendo ciar los Indios, en lugar de recatarse, cobró mayor animo en su temeridad, y dió mas priesa á su canoa por llegar á las contrarias, dando mayores voces que antes, diciendo: Que huyen, que huyen: á ellos, que huyen; con lo qual obligó á las otras tres canoas que iban en pos de él á que se diesen mas priesa por le detener, ó socorrer si pudiesen.

Los enemigos, viendo cerca de sí los Castellanos, abrieron su esquadron por medio en forma de luna nueva, ciando siempre hácia atrás, por dar animo y lugar á que los Christianos entrasen y se metiesen en medio de ellos. Quando vieron que estaban ya tan adentro que no po-

dian volver á salir aunque quisieran, arremetieron las canoas del cuerno derecho, y dieron en las quatro de los Christianos, con tanto impetu y furor, que tomandolas atravesadas las volcaron, y derribaron al agua todos quantos iban dentro; y como tanta multitud de canoas pasase por cima de ellos, se ahogaron todos los Españoles; y si alguno acertó a descubrirse nadando, lo mataron á flechazos y á golpes que les dieron con los remos en las cabezas.

De esta manera, sin poder hacer defensa alguna, perecieron miserablemente aquel dia quarenta y ocho Españoles de los que habian ido en las quatro canoas: de cincuenta y dos que fueron no escaparon mas de quatro, el uno fue Pedro Moron, mestizo, natural de la isla de Cuba, de quien atras hicimos mencion, que era grandisimo nadador, y muy diestro en traer y gobernar una ca-

noa, como nacido y criado en ellas, el qual con su destreza y esfuerzo, aunque habia caido en el agua, pudo cobrar su canoa, y librarse en ella, sacando consigo otros tres, y entre ellos un valentísimo soldado llamado Alvaro Nieto, de quien al principio de esta jornada diximos hubiera muerto por desgracia á Juan Ortiz, interprete, habiendo ido por él al pueblo de Mucozo con el Capitan Baltasar de Gallegos. Este, viendose en la necesidad presente, como tan buen soldado que era, peleó solo en su canoa, si se puede decir, contra toda la armada de los Indios, á imitacion del famoso Horacio en la Puente, y del valiente Centurion Sceva en Dirachio, y detuvo los enemigos entre tanto que Pedro Moron gobernaba la canoa para sacarla á salvamento. Mas no les valiera nada el esfuerzo y valentia del uno, ni la diligencia y des-

treza del otro, sino hallaran cerca de sí la caravela del animoso Capitan Juan de Guzman. La qual, como su Capitan hubiese ido á la refriega, con el amor que sus soldados le tenian, habia hecho con los remos mayor fuerza que las otras para le socorrer si pudieran, y asi iba delante de todas, y pudo recoger y librar de muerte los dos valientes compañeros Pedro Moron, y Alvaro Nieto, que venian con muchas heridas, aunque no mortales, y con ellos los otros dos Españoles.

Asimismo recogio aquella cararavela al pobre de Juan Terron, de quien atras se dixo el menosprecio que habia hecho de las buenas perlas que traia, el qual pudo nadando llegar á la caravela; mas antes que entrase dentro, sobre el mismo bordo de ella espiro en brazos de los que le habian dado las manos para subirlo encima. Traia hincadas en la

cabeza, rostro, pescuezos, hombros y espaldas mas de cincuenta flechas.

Juan Coles dice, que se hallo en este desatinado trance, y que murieron en él casi sesenta hombres con el Capitan Juan de Guzman, y que el iba en una de las tres canoas; la qual dice que era de quarenta y tantos pies de largo, y mas de quatro de hueco, y que escapó con dos heridas de dos flechas que le pasaron la cota que llevaba: todas son palabras suyas.

Este fin tan triste y costoso para él y sus compañeros tuvo la vana arrogancia y presuncion que Esteban Añez se habia atribuido de valiente, que causó la muerte tan inutil y desgraciada de otros quarenta y ocho Españoles mejores que él, que los mas de ellos eran nobles, y en efecto mas valientes que él, y como tales se habian ofrecido al socorro de un temerario.

El Gobernador lo mejor que pudo recogió sus caravelas, y poniéndolas en orden, volvió á su viage, bien lastimado de la pérdida de los suyos.

Todos los trances mas notables que hemos dicho de la navegacion de estos siete vergantines, los refiere Alonso de Carmona en su peregrinacion, particularmente dice el peligro que diximos en que el vergantin se vio de perderse; y añade, que lo tuvieron los Indios ganado hasta la cubierta de popa, y que al echarlos del vergantin con el socorro mataron á cuchilladas treinta de ellos, y que los demas se echaron al agua, y los recogieron las canoas. Cuenta como desampararon los caballos, por la priesa que les dieron al embarcarse. Dice la muerte del Capitan Juan de Guzman, y la de Juan Terron, y que fue al bordo de la caravela, aunque no lo nombra.

Y al fin dice, que los siguieron hasta dexarlos en la mar.

Huelgo de presentar estos dos testigos de vista siempre que se me ofrecen en sus relaciones; porque se hallaron en la misma jornada, y cada uno dice en ellas poco mas de lo que yo he dicho y dire de ellos, porque escribieron muy poco, no mas de las cosas mas notables que por ellos pasaron, de que pudieron tener memoria; y asi en todo lo que no hago mencion de ellos, con ser tanto, no hablan palabra.

CAPÍTULO XXIII.

Los Indios se vuelven á sus casas. Los Españoles navegan hasta reconocer la mar.

Los Indios, despues del buen lance que en su favor hicieron, que fue á los diez y seis dias de la navegacion de los Españoles, los siguieron todo

aquel dia y noche siguiente, dándoles siempre grita y algazara, como triunfando de ellos con su hazaña victoriosa; y al salir del sol del dia diez y siete, habiéndole adorado, y hecho una solemne salva con grandisimo estruendo de voces, y alaridos, y con música de trompetas, atambores, pífanos, caracoles y otros instrumentos de ruido; y habiéndole dado gracias como á su Dios, por el vencimiento que en sus enemigos habian hecho, se retiraron y volvieron á sus tierras, por parecerles que se habian alejado mucho de ellas, porque á lo que se entendió, habian seguido y perseguido á nuestros Españoles quatrocientas leguas del rio con la pelea y rebatos continuos que les daban de dia y de noche, nombrando siempre en sus cantares y fuera de ellos en sus gritas, y alaridos á su capitan general Quigualtanqui, y no á otro ca-

cique alguno, como que decian, que solo aquel gran Principe era el que les hacia toda aquella guerra. Por lo qual, quando estos Españoles llegaron despues á México, é hicieron relacion á Don Antonio de Mendoza, Visorrey que era entonces de aquel reyno, y á Don Francisco de Mendoza su hijo, que fue despues generalísimo de las galeras de España, y les dieron cuenta de los sucesos de este infelice descubrimiento, y particularmente quando contaban los trances que habian pasado en este rio grande, y brava persecucion que con el nombre de aquel famoso Indio los suyos les habian hecho, Don Francisco de Mendoza, siempre en las tales pláticas, y fuera de ellas, y donde quiera que se encontraba con algun capitan ó soldado de cuenta, por via de donaire, aunque sentencioso, les decia; Verdaderamente señores que debia de ser hom-

bre de bien Quigualtanqui; y con este dicho refrescaba de nuevo las grandezas del Indio, y eternizaba su nombre.

Nuestros Españoles, quando vieron que los Indios les habian dexado, entendieron que estaban ya cerca de la mar, y que por eso se hubiesen retirado y vueltose á sus casas; el rio iba ya por aquel parage tan ancho, que de en medio de el no se descubria tierra á una mano ni á otra; solamente se veian á las riberas unos juncales muy altos, que parecian montes de grandes árboles, ó lo eran propiamente.

Tendria en aquel puesto el rio, á lo que la vista podia juzgar, mas de quince leguas de ancho, y con todo esto no osaban los nuestros acercarse á sus riberas, ni apartarse de en medio de la corriente, por no dar en algunas cienegas ó bagios donde se perdiesen, y no sabian s.

estaban ya en la mar, ó si todavia navegaban por el rio.

Con esta duda navegaron tres dias á vela, y remo con buen viento que les hacia, que fueron el diez y siete, diez y ocho y diez y nueve de su navegacion; y al amanecer, dia veinte, reconocieron enteramente la mar, en que hallaron á mano izquierda de como iban grandisima cantidad de madera de la que el río con sus crecientes llevaba á la mar; la qual estaba amontonada una sobre otra, de tal manera que parecia una gran isla.

Media legua adelante de donde estaba la madera, estaba una isla despoblada, que juzgaron los nuestros debia ser la que ordinariamente los rios grandes hacen quando entran en la mar; y con esto se certificaron que estaban ya en ella. Y como no supiesen en que parage, ni la distancia que habia de alli á tier-

ra de Christianos, acordaron requerir sus vergantines ó caravelones antes de entrar en la mar, y asi los descargaron con mucha diligencia y pusieron lo que traian sobre la [illegible] de madera para les dar carena, si la hubiesen menester, o requerir las junturas, si en ellas hubiese algo que remendar: atocinaron nueve o diez cochinas que todavia traian vivas. En estas cosas gastaron tres dias; aunque es verdad que mas los gastaron en descansar del trabajo pasado, y tomar vigor y fuerzas para el venidero, que en aderezar los caravelones, porque en ellos hubo muy poco que hacer, y la mayor necesidad que nuestros Castellanos tenian era de dormir, porque con la continua vigilia que de dia y de noche los Indios les habian hecho pasar, venian muy fatigados de sueño, y asi durmieron aquellos tres dias como cuerpos muertos.

Quantas fuesen las leguas que nuestros Españoles navegaron por el rio abaxo, que en diez y nueve dias naturales, y mas una noche que les duro la navegacion hasta la mar, donde al presente quedaban, no se pudo saber precisamente; porque con la pelea continua que con los Indios tenian, no les quedaba lugar para tantear las leguas que navegaban. Empero viendose libres de enemigos, lo platicaron entonces entre ellos, y despues en México en presencia de personas que tenian experiencia de la navegacion de mar y rios, y hubo muchas opiniones y porfias: porque unos decian que caminaron entre dia y noche a veinte leguas, otros a treinta, otros a quarenta, otros á mas, y otros á menos. Mas en lo que todos los mas convinieron fue, que se diese á cada noche y dia, uno con otro, a veinte y cinco leguas, porque siempre navegaron á

vela y remo, y nunca les faltó viento, ni el rio tenia vueltas en que pudiesen haberse detenido.

Conforme á esta cuenta hallaban haber navegado nuestros Españoles desde donde se embarcaron hasta la mar pocas menos de quinientas leguas. En este tanteo podrá cada uno conforme á su parecer dar las leguas que quisiere; con advertencia y presupuesto, que sin lo que el viento les ayudaba, hacian los nuestros lo que podian con los remos por pasar adelante, y salir de tierra de enemigos, que tanta ansia tenian por matarlos.

Juan Coles dice que fueron setecientas leguas, y debio poner la opinion de los que daban á cada veinte y quatro horas de tiempo treinta y cinco leguas de navegacion.

CAPITULO XXIV.

Numero de leguas que los Españoles entraron la tierra adentro.

Algunos habrá que se admiren de ver que nuestros Españoles hubiesen entrado la tierra tan adentro como se ha dicho, y quizá pondrán duda en ello; á los quales decimos, que no se admiren, que mucho mas adentro estuvieron; porque llegaron á las primeras fuentes del nacimiento de este rio grande, y despues donde se embarcaron en la provincia de Aminoya, cerca de la de Guachoya, tenia diez y nueve brazas de hondo, y un quarto de legua de ancho; como se dixo quando lo sondearon para echar en el el cuerpo del Gobernador y Adelantado Hernando de Soto, y los que presumian entender algo de cosmografia de-

cian, que de donde se embarcaron hasta el nacimiento del rio habia trescientas leguas, y otros decian muchas mas, que yo pongo la opinion mas limitada; de manera que le daban ochocientas leguas de corriente hasta la mar, y todas estas entraron estos Españoles la tierra adentro.

Quando Dios fuere servido que se gane aquella tierra, verán por este rio lo que los nuestros se alejaron de la mar, que por ahora yo no puedo verificar mas esta relacion de como la escribo: y aun ha sido mucho haber sacado en limpio esto poco al cabo de tantos años que ha que pasó, y por gente que su fin no era andar demarcando la tierra, aunque la andaban descubriendo, sino buscar oro y plata; por lo qual se me podrá admitir en este lugar el descargo que en otras he dado, de las faltas que esta historia lleva en lo

que toca á la cosmografía, que yo quisiera haberla escrito muy cumplidamente, para dar mayor y mejor noticia de aquella tierra; porque mi principal intento en este mi trabajo, que no me ha sido pequeño, no ha sido otro sino dar relacion al Rey, mi Señor, y á la República de España de lo que tan cerca de ella los mismos Españoles tienen descubierto, para que no dexen perder lo que sus antecesores trabajaron, sino que se esfuercen y animen á ganar y poblar un reyno tan grande y tan fertil, lo principal por el aumento de la Fé Catolica, pues hay donde tan largamente se puede sembrar, y en gente que por los pocos abusos y ceremonias que tienen que dexar en su gentilidad, está dispuesta para la recibir con facilidad: á la qual predicacion estan obligados los Españoles mas que las otras naciones catolicas; pues Dios, por su

misericordia, los eligió para que predicasen su Evangelio en el Nuevo Mundo, y son ya señores de él; les seria grande afrenta y vituperio que otras gentes les ganasen por la mano, aunque fuesen para el mismo oficio de predicar.

Quanto mas, que estando como estan casi todas las naciones nuestras comarcanas, inficionadas con las abominables heregias de estos infelices tiempos, es mucho de temer no la siembren en aquella gente tan sencilla, procurando hacer asiento entre ellos, como ya lo han intentado.

Lo qual seria á cuenta y cargo de la Nacion Española, que habiendoles dado Jesu Christo, nuestro Señor, y la Iglesia Romana, esposa suya, madre y señora nuestra, la semilla de la verdad, y la facultad y poder de la sembrar, como lo han hecho, y hacen de ciento y diez

años á esta parte en todo lo mas y mejor del nuevo orbe, que ahora por su descuido, y por haberse echado á dormir sembrase el enemigo cizaña en este gran reyno de la Florida, parte tan principal del Nuevo Mundo, que es suyo.

Demas de lo que á la religion conviene, deben los Españoles de hoy, mas por su propria honra y provecho, esforzarse a la conquista de este Imperio, donde hay tierras tan largas y anchas, tan fertiles y tan acomodadas para la vida humana, como las hemos visto. Y las minas de oro y plata que tanto se desean, no es posible sino que buscandolas de asiento se hallen, que pues en ninguna provincia de las del Nuevo Mundo han faltado, tampoco faltarán en esta; y entre tanto que ellas se descubren, se puede gozar de la riqueza de las perlas, tantas, tan gruesas y hermosas como las he-

mos referido, y del criar de la seda, para cuyo beneficio hemos visto tanta cantidad de morales y para sembrar y curar toda suerte de ganado, no se puede desear mas abundancia de pastos, y fertilidad de tierra que la que esta tiene.

Por todo lo qual supliquemos al Señor ponga animo á los Españoles, para que por esta parte no se descuiden, ni aflojen en sus buenas andanzas; pues por todas las demas partes del Nuevo Mundo cada dia descubren y conquistan nuevos reynos y provincias mas dificultosas de ganar que las de la Florida; para cuya entrada y conquista tienen desde España la navegacion facil, que un mismo navio puede hacer al año dos viages, y para caballos tienen toda la tierra de México, donde los hay muchos y muy buenos; y para el socorro, si lo hubiesen menester, se les podia dar de las Islas de Cuba,

Santo Domingo, sus comarcanas, de la Nueva España y de Tierra-Firme: que habiendo la comodidad de aquel rio grande, tan capaz de qualquiera armada, con facilidad podrán subir por el siempre que quisieren. De mi sé decir, que si conforme el ánimo y deseo hubiera dado el Señor la posibilidad, holgara gastarla juntamente con la vida en esta heroyca empresa; mas ella se debe de guardar para algun bien afortunado, que tal será el que la hiciere, y entonces se verificarán las faltas de mi historia, de que he pedido perdon muchas veces; y con esto volvamos á ella, que por el afecto y deseo de verla acabada, ni huyo al trabajo que me es insoportable, ni perdono á la flaca salud, que anda ya muy gastada, ni la deseo ya para otra cosa; porque España, á quien debo tanto, no quede sin esta relacion si yo faltase antes de sacarla a luz.

CAPITULO XXV.

Una batalla que los Españoles tuvieron con los Indios de la costa.

Tres dias estuvieron los Españoles en requerir, como diximos, sus caravelas, y en recrear sus cuerpos, que la mayor necesidad que tenian era de satisfacer al sueño, que los habia traido muy fatigados. Al último de ellos, despues de medio dia, vieron salir de unos juncales siete canoas que fueron ácia ellos. En la primera venia un Indio, grande como un philisteo, y negro como un etiope, bien diferente en color y aspecto de los que la tierra adentro habian dexado.

La causa de ser los Indios tan negros en la costa es el agua salada en que andan siempre pescando, que por la esterilidad de la tierra se va-

len de la pesqueria para mantenerse. Tambien ayuda para ponerlos prietos el calor del sol, que en la costa es mas intenso que la tierra adentro. El Indio, puesto en la proa de su canoa, con una voz gruesa y soberbia dixo á los Castellanos: Ladrones, vagamundos, holgazanes, sin honra ni vergüenza, que andais por esta ribera inquietando los naturales de ella, luego al punto os partid de este lugar para una de aquellas dos bocas de este rio, sino quereis que os mate á todos, y queme vuestros navios; y mirad que no os halle aqui esta noche, que no escapará hombre de vosotros á vida.

Pudieron entender lo que el Indio dixo, por los ademanes que con brazos y cuerpo hizo, señalando las dos bocas del rio grande que hacian la isla que hemos dicho, que estaba por delante, y por muchas palabras que los Indios criados de los

Españoles declararon; y con esto que dixo, sin aguardar respuesta, se volvio á los juncales.

En este paso, añade Juan Coles estas palabras, que sin las dichas dixo mas el Indio: Si nosotros tuvieramos canoas grandes como vosotros, quiso decir navios, os siguieramos hasta vuestra tierra, y la ganaramos, que tambien somos hombres como vosotros.

Los Españoles, habiendo considerado las palabras del Indio, y la soberbia que en ellas y en su aspecto habia mostrado, y viendo que de quando en quando asomaban canoas por entre los juncos, como que acechaban y se volvian á meter en ellos, acordaron seria bien darles á entender que no les temian, porque no tomasen ánimo, viniesen à flecharlos, y á echar fuego sobre las carabelas, lo qual pudieran hacer mejor de noche que de dia, como gen-

te que para acometer y huir á su salvo sabia bien la mar y la tierra, y los Castellanos la ignoraban.

Con este acuerdo entraron cien hombres en cinco canoas que les habian quedado para servicio de los vergantines, y llevando por caudillos á Gonzalo Silvestre y Alvaro Nieto, fueron á buscarlos, y los hallaron tras un juncal en gran número, apercibidos con mas de sesenta canoas pequeñas que habian juntado contra los nuestros.

Los quales, aunque vieron tanto número de Indios y canoas no desmayaron, antes con todo buen ánimo y esfuerzo envistieron con ellos, y de su buena dicha, del primer encuentro volcaron tres canoas, hirieron muchos Indios, y mataron diez ó doce: porque llevaban veinte y dos ballesteros y tres flecheros, el uno de ellos era Español, que desde niño hasta edad de veinte años

se habia criado en Inglaterra, y el otro era natural Ingles; los quales, como exercitados en las armas de aquel reyno, y diesttos en el arco y flechas, no habian querido usar en todo este descubrimiento de otras armas sino de ellas, y asi las llevaban entonces. El otro flechero era un Indio criado que habia sido del capitan Juan de Guzman, que luego que entró en la Florida lo habia preso; el qual se habia aficionado tanto á su amo y á los Españoles, que como uno de ellos habia peleado siempre con su arco y flechas contra los suyos mismos.

Con la maña y destreza de los tiradores, y con el esfuerzo de toda la quadrilla, desbarataron las canoas de los enemigos, y los hicieron huir. Mas los nuestros no salieron de la batalla tan libres que no quedasen heridos los mas, y entre ellos los dos capitanes. Un Español salió

herido de una arma que los Castellanos llaman en Indias tiradera, que mas propiamente la llamaremos bohordo, porque se tira con amiento de palo o de cuerda, la qual arma no habian visto nuestros Españoles en todo lo que por la Florida hasta aquel dia habian andado. En el Perú la usan mucho los Indios: es una arma de una braza en largo, de un junco macizo, aunque fofo por de dentro, de que tambien hacen flechas. Echanles por casquillos puntas de cuernas de venado labradas en toda perfeccion, de quatro esquinas ó harpones de madera de palma, ó de otros palos, que los hay fuertes y pesados como hierro; y para que el junco de la flecha o bohordo al dar del golpe no hienda con el harpon, le echan un trancahilo, por donde recibe el casquillo ó harpon, y otro por el otro cabo que los ballesteros en los virotes llaman ba-

ralla, donde reciben la cuerda del arco, ó el amiento con que lo tiran. El amiento es de palo de dos tercias en largo, con el qual tiran el bohordo con grandísima pujanza, que se há visto pasar un hombre armado con una cota. Esta arma fue en el Perú la mas temida de los Españoles que otra qualquiera que los Indios tuviesen; porque las flechas no fueron tan bravas como las de la Florida.

El bohordo, ó tiradera con que hirieron á nuestro Español, de quien ibamos hablando, tenia tres harpones en lugar de uno, como los tres dedos mas largos de la mano: el harpon de enmedio era una quarta mas largo que los de los lados, y á él pasó el muslo de una vanda á otra, y los colaterales quedaron clavados enmedio de él, y para sacarlos, forzosamente fue menester hacer gran carniceria en el muslo del pobre Es-

pañol, porque eran harpones y no puntas lisas; y de tal manera fue la carniceria, que antes que le curasen espiro, no sabiendo el triste de quien mas se quejar, si del enemigo que le hacia herido, o de los amigos que le habian apresurado la muerte

CAPITULO XXVI.

Hacense á la vela los Españoles. Sucesos de los primeros veinte y tres dias de su navegacion

Pues aun no hemos salido del rio grande, de cuyas canoas hemos dicho largo en los capitulos pasados, será bien decir aqui la destreza y maña que los naturales de toda la tierra de la Florida tienen para volver á poner en su punto una canoa, quando en las batallas navales, ó en sus pesquerias, ó como quiera que sea, se les trastorna lo de abaxo ar-

riba, que se nos olvidó de decirlo en su lugar. Y es así, que como ellos sean grandisimos nadadores, la toman entre doce o trece Indios, mas ó menos, segun el grandor de la canoa, y la vuelven á enderezar [illegible]ca yuso; asi sale llena de agua, y todos los Indios á una dan un vayben á la canoa, y como el agua, al [illegible] de la canoa, se recoge á aquella vanda, en continente la hurtan con el vayben á la contraria, y cae el agua fuera; de manera que á dos vaybenes de estos no les queda gota de agua á la canoa, y los Indios se vuelven á entrar dentro. Todo lo qual hacen con tanta presteza y facilidad, que apenas les ha zozobrado la canoa quando la tienen vuelta á poner en su punto, de que los nuestros se admiraban grandemente, porque por mucho que ellos lo procuraron, nunca se amañaron á hacerlo.

Entre tanto que los cien Españoles fueron en las canoas á pelear con los Indios, los que quedaron, embarcaron en las caravelas lo que de ellas habian sacado, y pudiéranlo hacer sin ayuda de las canoas, porque los vergantines estaban arrimados á la madera, que diximos estaba hecha isla, la qual no hacia otro movimiento mas que alzarse con la creciente de la mar, y baxarse con la menguante de ella.

Los Españoles que habian ido á la refriega se volvieron á los suyos, habiendo vencido y echado los enemigos de los juncales; mas con recelo que tuvieron no volviesen de noche, y les echasen fuego, ó hiciesen otro daño alguno, se embarcaron todos en los caravelones, se fueron á la Isla despoblada que estaba á la boca del rio grande, surgieron en ella, saltaron en tierra y la pasearon toda, mas no hallaron co-

sa digna de ser contada.

Aquella noche durmieron en las caravelas sobre los ferros, y luego que amaneció acordaron hacerse á la vela, y encaminar su viage al poniente para ir en demanda de la costa de México, llevando siempre á mano derecha la tierra de la Florida sin alejarse de ella. Al levantar de las anclas se les quebró una gumena, que como era hecha de remiendos, fue menester poco para que se quebrase. El ancla quedó perdida, porque no le habian echado boya, y como les era necesaria, no quisieron irse sin ella: echaronse al agua los mejores nadadores que habia, mas por mucho que trabajaron para la hallar, no les valió su diligencia hasta las tres de la tarde, y la hallaron al cabo de nueve ó diez horas que habian andado hechos buzos.

A aquella hora se hicieron á la

vela sin osar engolfarse, porqae no sabian donde estaban, ni ácia que parte podian caminar para atravesar á las islas de Santo Domingo ó Cuba; porque no tenian carta de marear, ni aguja, ni astrolabio pará tomar el altura del sol, ni ballestilla para la del norte. Solo entendian, que siguiendo siempre la costa ácia el poniente, aunque fuese á la larga, habian de llegar á la costa y tierra de México. Con esta determinacion navegaron toda aquella tarde, la noche siguiente y el dia segundo hasta cerca de puesto el sol: y en toda aquella distancia hallaron agua dulce del rio grande; y se admiraron los nuestros, que tan adentro en la mar la hallasen dulce.

En este paso dice Alonso de Càrmona estas palabras, que son sacadas á la letra: y asi fuimos navegando la costa en la mano á poco mas ó menos, porque los aderezos de la na-

vegacion no los quemaron los Indios, ó se nos quemaron quando pasimos fuego á Mauvila; y el capitan Juan de Añasco era un hombre muy curioso, è tomó el estrolabio, é guardolo, que como era de metal no se hizo mucho daño, é de un pergamino de cuero de venado hizo una carta de marear, é de una regla hizo una ballestilla, é por ella nos ibamos rigiendo; y visto los marineros, é otros con ellos, que no era hombre de la mar, ni en su vida se embarcó sino para esta jornada, mofaban de él, é sabido como mofaban de él, los echó á la mar, excepto el estrolabio; y de otro vergantin que venia atrás los tomaron, porque la carta y la ballestilla iba atado todo; y asi caminamos ó navegamos, por mejor decir, siete y ocho dias, y con temporal nos recogimos a una caleta. Hasta aquí es de Alonso de Carmona.

Otros quince dias continuos navegaron nuestros Castellanos con buen tiempo que les hizo para su viage, sin ofrecérseles cosa que sea de contar; salvo que en estos quince dias saltaron en tierra á tomar agua cinco veces, que como no tenian vasijas grandes en que la llevar, sino ollas y cántaros pequeños, gastábaseles presto; y esta fue una de las principales causas, con las de la falta de instrumentos de navegar, para que no osasen atravesar á las islas, ni alejarse de la Tierra-Firme, porque de tres á tres dias habian menester tomar agua.

Quando no hallaban rio ó fuente de donde la tomar, cavaban la tierra diez o doce pasos de la mar, y á menos de una vara en hondo hallaban agua muy dulce y en mucha cantidad; y de esta manera nunca les faltó agua en todo su viage.

Al fin de los quince dias de navegacion llegaron á donde habia quatro ó cinco isletas, no lejos de Tierra-Firme. Hallaron innumerables páxaros marinos, que en ellas criaban, y tenian sus nidos en el suelo: y eran tantos y tan juntos que no hallaban los nuestros donde poner pies. Quando volvieron á los vergantines fueron cargados de huevos y de páxaros nuevos, y estaban tan gordos que no se podian comer, y así ellos, como los huevos sabian mucho á marisco.

Otro dia siguiente llegaron á surgir para tomar agua en una playa muy graciosa de tierra limpia, sin juncales, solamente habia en ella arboleda de muchos y muy grandes árboles apartados unos de otros, que hacian un monte claro y hermoso á la vista, sin matas ni maleza de monte baxo.

Algunos Españoles saltaron en

tierra á mariscar por la ribera, y hallaron en ella unas planchas de betun negro, casi como pez, que la mar entre sus horruras echaba de sí; debe de ser de alguna fuente de aquel licor que entre en la mar, ó que nazca en ella. Las planchas eran de á ocho libras, de á diez, de á doce y catorce, y hallabanse en cantidad.

Viendo los Castellanos el socorro que la buena dicha les ofrecia á su necesidad, porque los caravelones iban ya haciendo agua, y temian no la hiciesen adelante en mas cantidad, de manera que se perdiesen; y como no sabian lo que les quedaba por navegar, ni tenian otra esperanza para llegar á tierra de Christianos, sino el socorro de los vergantines, acordaron repararlos, pues tenian con qué, y buena playa donde los sacar á tierra.

Con esta determinacion pararon

ocho dias en aquel puesto, y cada un dia descargaban un vergantin, lo sacaban á tierra á fuerza de brazos, lo breaban, y á la tarde lo volvian á echar á la mar. Y para que el betun corriese, que era sequeroso, le echaron la grosura del poco tocino que para comer llevaban, teniendo por mejor emplearlo en los navios que en su propia sustancia, porque entendian estaba en ellos el remedio de sus vidas.

CAPITULO XXVII.

Prosigue la navegacion hasta los cincuenta y tres dias de ella. Una tormenta que padecieron.

En los ocho dias que los nuestros se ocuparon en dar carena á sus navios, vinieron tres veces ocho Indios á ellos, y llegando muy pacificamente les dieron mazorcas de

maiz ó zara que traian en cantidad, y los Españoles les dieron asimismo de las gamuzas que traian; y con haber toda esta afabilidad entre ellos, no les preguntaron qué tierra fuese aquella, ni como se llamase aquella provincia, porque no llevaban otro deseo sino de llegar á tierra de México; de cuya causa no nos fue posible saber qué region fuese aquella. Los Indios vinieron todas tres veces con sus arcos y flechas, se mostraron muy afables, y siempre fueron los mismos.

Pasados los ocho dias que tardaron en brear los caravelones, salieron nuestros Castellanos de aquella fresca ribera y playa apacible, y siguieron su viage, llevando siempre cuidado de ir tierra á tierra, porque algun viento norte, que los hay en aquella costa muy furiosos, no los engolfase en alta mar; y tambien lo hacian porque, como hemos

visto, tenian necesidad de tomar agua cada tres dias.

Donde hallaban buena disposicion se ponian á pescar, porque despues que aderezaron los caravelones, y gastaron el tocino, no llevaban sino maiz, sin otra cosa alguna que comer; y la necesidad les forzaba á que unos pescasen en el agua con sus anzuelos, y otros saltasen en tierra á buscar marisco, y siempre traian algo de provecho. Tambien les obligaba á descansar pescando, el mucho trabajo que llevaban en remar; porque siempre que la mar sufria los remos, se remudaban en ellos todos los que iban en los caravelones, salvo los capitanes. Doce o trece dias gastaron en veces en las pesquerias, porque donde les iba bien de pescado se detenian dos y tres.

Asi navegaron estos Españoles muchas leguas, mas no podemos de-

cir quantas, con grandisimo deseo de tomar el rio de Palmas, que segun lo que habian navegado, les parecia que no estaban lejos de él; y esta esperanza la daban y certificaban los que se jactaban de cosmógrafos y grandes marineros: mas en hecho de verdad, el que de ellos mas sabiā no sabia en qué mar, ni por qual region navegaban, salvo que les parecia, y era así lo cierto, que siguiendo siempre aquel viage, al cabo, al cabo, si la mar no se los tragase, llegarian á tierra de México, y esta certidumbre era la que los esforzaba para sufrir y pasar el excesivo trabajo que llevaban.

Cincuenta y tres dias eran pasados que nuestros Españoles habian salido del rio grande a la mar, y navegando por ella los treinta de ellos, y ocupandose los veinte y tres en reparar los vergantines, y en descansar en las pesquerias que hacian,

quando al fin de ellos se levantó despues de mediodia el viento norte con la ferocidad y pujanza que en aquella costa mas que en otra parte suele correr; el qual los echaba la mar adentro, que era lo que siempre habian temido.

Las cinco caravelas, y entre ellas la del Gobernador, que iban juntas, habiendo reconocido la tormenta, antes que llegase se arrimaron á tierra, y así tocando en ella con los remos, navegaron buscando algun abrigo donde guarecerse del mal temporal. Las otras dos, que eran la del tesorero Juan Gaytan, que por muerte del buen Juan de Guzman habia quedado solo capitan de ella, y la de los capitanes Juan de Alvarado y Cristóval Mosquera, que no habia conocido el tiempo tan bien como las otras cinco, iban algo alejadas de tierra, por el qual descuido pasaron toda aquella noche

bravísima tormenta, que por horas les crecia el viento y su braveza, de manera que iban con el credo en la boca. La caravela del tesorero tuvo mayor peligro que la otra, porque el arbol mayor con un golpe de viento se les desencaxó, y salió fuera de un mortero de palo en que iba encaxado en la quilla, y con mucho trabajo y dificultad lo volvieron á él. Así anduvieron las dos caravelas contrastando toda la noche, y forcejeando contra el temporal, por no alejarse de tierra: y quando amaneció, que entendian los nuestros se aplacara el viento con el dia, se les mostro entonces mas furioso y bravo, y sin aflojar cosa alguna de su furia los traxo ahogando hasta medio dia. A esta hora vieron las dos caravelas, como las otras cinco subian por un estero ó rio arriba, y que iban ya metidas en salvo, y libres de aquella tormenta en que

ellas quedaban; con lo qual se esforzaron á porfiar de nuevo contra el viento, por ver si pudiesen arribar donde las otras iban; mas por mucho que lo trabajaron no fue posible, porque el viento era proa y recisimo, de manera que ninguna diligencia les aprovecho para tomar el rio; antes con la porfia se metian en mayor peligro, que muchas veces se vieron zozobradas las caravelas, y todavia con todo este peligro porfiaron contra la tormenta hasta las tres de la tarde; mas viendo que no solamente perdian el trabajo, sino que aumentaban el peligro, acordaron seria menos malo dexarse correr la costa adelante, donde podria ser que hallasen algun remedio.

Con este acuerdo volvieron las proas al poniente, y corrieron á la bolina sin quererseles aplacar el viento cosa alguna.

Nuestros Españoles andaban des-

nudos en cueros, no mas de con los pañetes, porque el agua de las olas, que caia en las caravelas, era tanta, que las traia medio anegadas. Unos acudian á marear las velas, otros á echar el agua fuera, que como los vergantines no tenian cubierta, se quedaba dentro toda la que las olas echaban, y andaban en ellas los nuestros á medios muslos.

CAPÍTULO XXVIII.

De una brava tormenta que corrieron dos caravelas: como dieron al traves en tierra.

Veinte y cinco o veinte y seis horas habia que las dos caravelas corrian la tormenta que hemos dicho, sin que ella se aplacase cosa alguna, antes á los que la pasaban les parecia que crecia por horas; y todo este tiempo anduvieron nuestros Españoles resistiendo las olas y el

viento, sin dormir ni comer tan solo un bocado; porque el temor de la muerte que llevaban tan eminente les ahuyentaba la hambre y el sueño: quando cerca de ponerse el sol vieron tierra por delante, la qual se descubria de dos maneras.

La que se descubria por delante, y volvia á mano derecha de como los nuestros iban, era costa blanca, y parecia ser de arena; porque con el viento recio que hacia, veian mudarse muchos cerros de ella de una parte á otra con facilidad y presteza. La costa que volvia á mano izquierda de los nuestros se mostraba negra como la pez. Entonces un mozo que se decia Francisco, de edad de veinte años, que iba en la caravela de los capitanes Juan de Alvarado, y Cristóval Mosquera les dixo: Señores, yo conozco esta costa, que he navegado por ella dos veces, sirviendo de page á un navio, aun-

que no conozco la tierra, ni sé cuya es. Aquella costa negra que parece á nuestra mano izquierda, es tierra de pedernal, y costa brava, y corre muy larga hasta llegar á la Vera-Cruz. En toda ella no hay puerto ni abrigo que nos pueda socorrer, sino peña tajada, y navajas de pedernal, donde si damos al través, moriremos todos hechos pedazos entre las ondas y las peñas.

La otra tierra que parece por delante y vuelve a nuestra mano derecha, es costa de arena, y por eso parece blanca. Toda ella es limpia y mansa, por lo qual conviene que antes que el dia nos falte, y la noche cierre, procuremos dar en la costa blanca, porque si el viento nos aparta de ella, y nos echa sobre la negra, no nos queda esperanza de escapar con las vidas.

Los capitanes Juan de Alvarado y Cristóval Mosquera mandaron

que luego se diese aviso á la caravela del capitan Juan Gaytan de la relacion del mozo Francisco, para que previniesen al peligro venidero; mas las olas andaban tan altas, que no consentian que los de las caravelas se hablasen ni aun se viesen. Empero, como quiera que les fue posible, pudieron entenderse por señas, y por voces dadas á trechos, una ahora y otra despues, como las caravelas acertaban á descubrirse sobre las ondas, para que se pudiesen vèr y hablar de la una á la otra; y de comun consentimiento de ambas acordaron zabordar en la costa blanca. Solo el tesorero Juan Gaytan, haciendo oficio de tesorero mas que no de capitan, lo contradixo diciendo, que no era bien perder la caravela que valia dineros. A las quales palabras saltaron los soldados, y todos á una dixeron, ¿qué mas teneis vos en ella que qual-

quiera de nosotros? antes teneis menos ó nada, porque presumiendo de tesorero de Emperador, no quisisteis cortar la madera ni labrarla, ni hacer carbon para las herrerias, ni ayudar en ellas á batir el hierro para la clavazon, ni hacer oficio de calafate, ni otra cosa alguna de momento; que de todo el trabajo que nosotros pasabamos os escusabais con el oficio real. Pues siendo esto así, ¿qué perdeis vos en que se pierda la caravela? ¿Será mejor que se pierdan cincuenta hombres que vamos en ella? Y no faltó quien dixese, mal haya quien te dio esa cuchillada por el pescuezo, porque no lo cortó á cercen

Habiéndose dicho estas palabras con mucha libertad, porque no se replicasen otras, ni el capitan presumiese mandar en aquel caso, arremetieron los mas principales soldados á marear las velas, y un Por-

tugués llamado Domingos de Acosta echó mano del gobernalle ó timon, y todos enderezaron la proa del navio á tierra, y se apercibieron de sus espadas y rodelas para lo que en ella se les ofreciese, y dando bordos á una mano y á otra, por no decaer sobre la costa negra, con mucho peligro y trabajo dieron en la costa blanca poco antes que el Sol se pusiese.

Porque hicimos mencion de la cuchillada del tesorero Juan Gaytan, será bien, aunque no es de nuestra historia, contar aquí el suceso como fue. Para lo qual es de saber, que nuestro Juan Gaytan era sobrino del capitan Juan Gaytan, aquel que por las maravillosas hazañas que con su espada y capa en todas partes hizo, mereció que por excelencia le dixesen en proverbio: *Espada y capa de Juan Gaytan*. Este su sobrino se halló en la guerra de Tu-

nez quando el Emperador nuestro señor, año de mil quinientos treinta y cinco, se la quitó al turco Barbaroja, y se la dió al moro Muley Hacen, que era amigo. Sobre la partija de la presa que en aquel saco hubo, Juan Gaytan se acuchilló con otro soldado Español, cuya espada no debia ser menos buena que la de su tio; el qual le dio una gran cuchillada en el pescuezo, de que estuvo para morir, que despues de sano le quedó dos dedos de hondó en señal de ella. Uno de los que se hallaron á meter paz en la pendencia, reprehendió al que le habia herido, diciendo que le habia hecho mal en haber maltratado así al sobrino del capitan Juan Gaytan, que fuera razon haberle respetado por el nombre de su tio. A lo qual el soldado, no arrepentido de su hecho, respondió diciendo: Ende mal, porque no era sobrino del Rey de Fran-

cia, que tanto mas me holgara yo de haberlo herido ó muerto, porque tanto mas honra y fama fuera para mí. Esto contaba el mismo tesorero Juan Gaytan, por dicho gracioso del que le habia herido.

CAPITULO XXIX.

Lo que ordenaron los capitanes y soldados de las dos caravelas.

Volviendo á nuestro cuento, es así que el capitan Juan Gaytan, sintiendo que la caravela habia tocado en tierra, ó por el enojo que tenia de la contradicion que los soldados le habian hecho, ó por presumir de tener experiencia, que en semejantes peligros era menos peligroso salir á la mar por la popa, que por otra parte alguna del navio, se arrojó por ella al agua, y al salir arriba topo con las espaldas en el timon, y como iba

desnudo, se hirió y lastimó en ellas malamente. Todos los demas soldados quedaron en la caravela, la qual del primer golpe que dió en tierra, como las olas fuesen tan grandes, quando la resaca volvió á la mar quedó mas de diez pasos fuera del agua; mas volviendo las olas á la combatir, la trastornaron á una vanda.

Los que iban dentro saltaron luego al agua, que para andar en ella no les estorvaba la ropa. Unos acudieron por un lado, y otros por otro á enderezar la caravela y tenerla derecha, porque con los golpes de las olas no se anegase: otros entendieron en descargar el maiz, y echar fuera la carga que traia, otros la llevaron á tierra. Con esta diligencia en brevisimo tiempo la descargaron toda; y como quedase liviana, con el ayuda de los golpes que las olas en ella daban, facilmente la pusieron en seco, llevandola casi en

peso, y la apuntalaron para la volver al agua si adelante fuese menester.

Lo mismo que pasó en la caravela del tesorero Juan Gaytan pasó en la de los capitanes Juan de Alvarado , y Christoval Mosquera ; la qual dió en la costa , apartada de la otra como dos tiros de arcabuz , y con la misma diligencia y presteza que á la compañera , la descargaron y sacaron á tierra. Los capitanes y soldados de los dos vergantines, viéndose libres de la tormenta y peligros del mar , se enviaron luego á visitar los unos á los otros , y a saber como les hubiese sucedido en el naufragio. El mensagero de la una salio al mismo punto que el de la otra , como si hubieran hecho señas, y se toparon enmedio del camino, y trocando los recaudos de la demanda y respuesta , se volvió cada qual á los suyos , con la buena relacion

de todos, de que los unos y los otros hubieron mucho regocijo, y dieron gracias a Dios que les hubiese librado de tanto trabajo y peligro. Mas el no saber qué hubiese sido del Gobernador y de los demas compañeros les daba nueva congoja y cuidado, por ser cosecha propria de la naturaleza humana, que apenas hayamos salido de una miseria quando nos hallemos en otra.

Para tratar lo que les conviniese hacer en aquella necesidad, se juntaron luego los tres capitanes, y los soldados mas principales de ambas caravelas, y entre todos acordaron, seria bien que luego aquella noche fuese algun soldado diligente á saber del Gobernador y de las caravelas que habian visto subir por el estero o rio, y á darle cuenta del suceso de los dos vergantines. Mas considerando el mucho trabajo que con la tormenta de la mar habian pa-

sado, y que en mas de veinte y ocho horas que habia que la tormenta se levantó, no habian comido ni dormido, y que despues que salieron de la mar aun no habian descansado siquiera media hora, no osaban nombrar alguno que fuese; porque les parecia gran crueldad elegirlo para nuevo trabajo, y no menor temeridad enviarlo á que tan manifiestamente pereciese en el viage; porque habia de caminar aquella misma noche trece o catorce leguas, que al parecer de ellos habia desde alli hasta donde habian visto subir las caravelas, y habia de ir por tierra que no conocia, ni sabia si por el camino habia otros rios ó esteros, ó si estaba segura de enemigos: porque como se ha dicho, no sabian en qué region estaban.

A la confusion de nuestros capitanes y soldados, y á las dificultades de los trabajos y peligros pro-

puestos, venció el generoso y esforzado ánimo de Gonzalo Quadrado Xaramillo, de quien hicimos particular mencion el dia de la gran batalla de Mauvila, el qual poniendose delante de sus compañeros dixo: No embargante los trabajos pasados, ni los que de presente con el eminente riesgo de la vida se ofrecen, me ofrezco á hacer este viage, por el amor que al General tengo, porque soy de su patria, y por sacaros de la perplexidad en que estais; y protesto caminar toda esta noche, y no parar hasta amanecer mañana con el Gobernador, ó morir en la demanda, si hay otro que quiera ir conmigo, y no lo habiendo, digo que iré solo..

Los capitanes y soldados holgaron mucho de ver este buen ánimo, al qual quiso semejar el de otro valiente Castellano llamado Francisco Muñoz, natural de Burgos: el

qual, saliendo de entre los suyos, y poniéndose al lado de Gonzalo Quadrado Xaramillo dixo, que á vivir, ó á morir queria acompañarle en aquel viage. Luego al mismo punto sin dilacion alguna les dieron unas alforjuelas con un poco de maiz y tocino, lo uno y lo otro mal cocido, porque aun no habian tenido tiempo para cocerlo bien. Con este buen regalo, apercibidos de sus espadas y rodelas, y descalzos como hemos dicho que andaban todos, salieron á una hora de la noche estos dos animosos soldados, y caminaron toda ella, llevando por guia la orilla de la mar, porque no sabian otro camino, donde los dexaremos por decir lo que entre tanto hicieron sus compañeros.

Estos, luego que los despacharon, se volvieron á sus caravelas, y en ellas durmieron con centinelas puestas, porque no sabian si esta-

ban en tierra de enemigos ó de amigos; y luego que amaneció, volviéndose a juntar, eligieron tres cabos de esquadra que con cada veinte hombres fuesen por diversas partes á descubrir y saber que tierra fuese aquella: llamamosles cabos de esquadra y no capitanes, por la poca gente que llevaban El uno de ellos se llamaba Antonio de Porras, el qual fue por la costa adelante al mediodia: y el otro, que habia nombre Alonso Calvete, fue por la misma costa ácia el norte, y Gonzalo Silvestre fue la tierra adentro al poniente. Todos fueron con órden que no se alejasen mucho, porque los que quedaban pudiesen socorerles si lo hubiesen menester. Cada uno de ellos fue con mucho deseo de traer buenas nuevas por su parte.

CAPITULO XXX.

Lo que sucedió á los tres capitanes exploradores.

Los caudillos que fueron á una mano y á otra de la costa, habiendo cada qual de ellos caminado por ella mas de una legua, se volvieron á los suyos: los unos traxeron un medio plato de barro blanco, de lo muy fino que se labra en Talavera, y los otros una escudilla quebrada del barro dorado y pintado que se labra en Malaga, y dixeron que no habian hallado otra cosa, y que eran muy buenas señales y muestras de estar en tierra de Españoles; porque aquel barro, el uno y el otro eran de España, y que era prueba de lo que decian; con lo qual se regocijaron mucho todos los nuestros, é hicieron gran fiesta, teniendo las señales por ciertas y dichosas;

conforme al deseo de ellos.

A Gonzalo Silvestre y á su quadrilla, que fue la tierra adentro, les sucedio mejor, que habiendose alejado de la mar poco mas de un quarto de legua, y habiendo traspuesto un cerrillo, vieron una laguna de agua dulce que baxaba mas de una legua: andaban en ella quatro ó cinco canoas de Indios pescando; y porque los Indios no los viesen y tocasen arma, se encubrieron con unos árboles, y caminaron por ellos un quarto de legua por par de la laguna, hechos ala, como que buscasen liebres. Yendo asi mirando con mucho cuidado y atencion á una parte y á otra, vieron dos Indios por delante, espacio de dos tiros de arcabuz de donde iban, que estaban cogiendo fruta debaxo de un árbol grande, llamado guayavo en lengua de la isla Española, y savintu en la mia del Perú.

Como los Españoles los viesen, pasando la palabra de unos á otros se echaron en el suelo, por no ser descubiertos, y dieron orden, que yendo en cerco unos por una parte y otros por otra, fuesen como lagartos arrastrandose por el suelo, y cercasen los Indios, de manera que no se les fuesen, y que los que quedasen atrás, no se levantasen de tierra hasta que los delanteros hubiesen rodeado los Indios.

Con este aviso fueron todos pecho por tierra, y los delanteros caminaron á gatas casi tres tiros de arcabuz, por tomar la delantera á los Indios, y cada uno de los Españoles llevaba puesta su honra en que no se fuese la caza por su parte. Quando los tuvieron cercados, se levantaron todos á un tiempo, y arremetieron con ellos, y por mucha diligencia que hicieron se les fue el uno, que se echó al agua y escapò nadando.

El Indio que quedó preso daba grandes voces, repitiendo muchas veces estas palabra brezos. Los Españoles, por darse priesa á volver á los suyos antes que acudiesen Indios á quitarles el preso, no atendian a lo que el Indio decia, sino á salir presto de aquel lugar; y con toda priesa tomaron dos cestillas de guayavas que los Indios habian cogido, un poco de zara que hallaron en una choza, un pabo de los de tierra de México, que en el Perú no los habia, un gallo y dos gallinas de las de España, y un poco de conserva hecha de unas pencas de un arbol llamado maguey, que son como pencas de cardo, del qual arbol hacen los Indios de la Nueva-España muchas cosas, como vino, vinagre, miel y arrope de un cierto licor dulce que las hojas, quitado el tronco, echan á cierto tiempo del año; y las pencas tiernas, cocidas y pues-

tas al sol, son sabrosas de comer ; y asemejan en la vista al calabazate, aunque no tienen que ver con él en bondad. De las mismas pencas, que son como las del cardo, sazonadas en su arbol, hacen los Indios cañamo, y es muy recio y bueno, y del palo del manguey, que en cada pie no nace mas de uno, a semejanza de las cañahejas de España, que asi es la madera fofa, aunque la corteza es dura, se sirven para enmaderar sus casas, donde hay falta de otra mejor madera.

Todo lo que hemos dicho que hallaron los Castellanos en la choza llevaron consigo, y el Indio preso bien asido porque no se les huyese. Al qual por señas y por palabras españolas preguntaban diciendo, ¿qué tierra es esta? cómo se llama? El Indio, por los ademanes que le hacian como à un mudo, entendia que le preguntaban, mas por las pala-

bras no entendia qué era lo que le preguntaban; y no sabiendo que responder, repetia la palabra brezos, y muchas veces pronunciando mal decia bredos.

Los Españoles como no respondia á proposito le decian: Valgate el diablo perro, para qué queremos bredos. El Indio queria decir que era vasallo de un Español llamado Christobal de Brezos; y como con la turbacion no acertase á decir Christobal, y dixese unas veces brezos, y otras bredos, no podian entenderle los Castellanos; y asi se lo llevaron, dándole priesa ántes que se lo quitasen, para despues preguntarle despacio lo que querian saber de él.

A proposito del preguntar de los Españoles, y del mal responder del Indio, porque no se entendian los unos á los otros, habiamos puesto en este lugar la deducion del nom-

bre Perú, que no lo teniendo aquellos Indios en su lenguage, se causó de otro paso semejantísimo á este; y por haberse detenido la impresion de este libro mas de lo que yo imaginé, lo quité de este lugar y lo pasé al suyo propio, donde se hallará muy á la larga, con otros muchos nombres puestos á caso, porque ya en aquella historia, con el favor divino, este año de seiscientos y dos, estamos en el postrer quarto de ella, y esperamos saldrá presto.

CAPITULO XXXI.

Saben los Españoles que están en tierra de México.

Gonzalo Silvestre y los veinte compañeros de su quadrilla, con el Indio que habian preso, caminaron apriesa, haciéndole preguntas mal

entendidas por el Indio, y sus respuestas peor interpretadas por los Españoles; y asi anduvieron hasta que llegaron á la costa, donde los demas compañeros estaban haciendo gran fiesta y regocijo con los pedazos de plato y escudilla que los otros exploradores habian traido. Mas como luego viesen el pabo, las gallinas, la fruta y el demas recaudo que Gonzalo Silvestre y los suyos llevaban, no se pudieron contener á no hacer extremos de alegria, dando saltos y brincos como locos; y para mayor contento de todos, sucedió que el cirujano que les habia curado habia estado en México, y sabia algo de la lengua mexicana, y en ella habló al Indio diciendo ¿qué son estas? y eran unas tixeras que tenia en la mano.

El Indio, que habiendo reconocido que eran Españoles estaba ya

mas en sí, respondió en Español tiselas. Con esta palabra, aunque mal pronunciada, acabaron de certificarse los nuestros que estaban en tierra de México, y con el regocijo de entenderlo así, á porfía abrazaban y daban paz en el rostro á Gonzalo Silvestre y á los de su quadrilla, y en brazos los levantaban en alto hasta ponerlos sobre sus hombros y traerlos paseando, diciéndoles grandezas y loores sin tiento ni cuenta, como si á cada uno de ellos le hubieran traido el señorio de México y de todo su imperio.

Pasada la fiesta solemne, y solemnisima de su regocijo, preguntaron con mas quietud y mas de proposito al Indio qué tierra fuese aquella, y qué rio ó estero por el que habia entrado el Gobernador con las cinco caravelas.

El Indio dixo: Esta tierra es de la ciudad de Panuco, y vuestro Ca-

pitan Generāl entró en el rio de Panuco, que entra en la mar doce leguas de aqui, y otras doce el rio arriba está la ciudad, y por tierra hay de aqui á ella diez leguas; y yo soy vasallo de un vecino de Panuco llamado Christobal de Brezos: una legua de aqui poco mas está un Indio señor de vasallos, que sabe leer y escribir, que desde su niñez se crió con el clérigo que nos enseña la doctrina christiana. Si quereis que vaya á llamarle yo iré por él, que sé que vendrá luego, el qual os informará de todo lo que mas quisieredeis saber.

Los Españoles holgaron de haber oido la buena razon del Indio, le regalaron y dieron dadivas de lo que traian, y luego lo despacharon para el cacique, y le avisaron les traxese ó enviase recaudo de papel y tinta para escribir.

El Indio se dió tanta priesa, é

hizo tan buena diligencia en su viage, que en menos de quatro horas volvió con el curaca, el qual, como supiese que navios de Españoles habian dado al traves en su tierra, quiso visitarles personalmente, y llevarles algun regalo, y asi traxo ocho Indios cargados con gallinas de las de España, con pan de maiz, con fruta y pescado, y con tinta y papel, porque él se preciaba de saber leer y escribir, y lo estimaba en mucho.

Todo lo que traia presentó á los Españoles, y con mucho amor les ofreció su persona y casa. Los nuestros le agradecieron su vista y regalos, y en recompensa le dieron de las gamuzas que traian, y luego despacharon al Gobernador un Indio con una carta en que le daban cuenta de todo lo por ellos hasta entonces sucedido, y le pedian orden para adelante.

El cacique se estuvo todo el dia con los Españoles, haciéndoles preguntas de los casos y aventuras acaecidas en su descubrimiento, holgando mucho de los oir, admirado de los ver tan negros, secos y rotos, que en sus personas y hábito mostraban bien los trabajos que habian pasado. Cerca de la noche se volvió à su casa, y en seis dias que los Españoles estuvieron en aquella playa los visitó cada dia, trayendoles siempre regalos de lo que en su tierra habia.

CAPITULO XXXII.

Juntanse los Españoles en Panuco: nacen crueles pendencias entre ellos: qual fue la causa.

Gonzalo Quadrado Xaramillo, y su compañero Francisco Muñoz, que dexamos caminando por la costa, no

pararon en toda la noche, y al amanecer llegaron á la boca del rio de Panuco, donde supieron que el Gobernador y sus cinco caravelas habian entrado á salvamento, y subian por el rio arriba. Alentados con esta buen nueva no quisieron parar á descansar, antes con haber caminado aquella noche doce leguas sin descansar, se dieron mas priesa en su viage, caminaron otras tres leguas, y llegaron á las ocho de la mañana donde el Gobernador y los suyos estaban con mucha pena y tristeza del temor que tenian no se hubiesen anegado las dos caravelas que habian quedado en la gran tormenta de la mar, la qual no habia cesado aun, ni se aplacó en otros cinco dias despues.

Mas con la presencia y relacion de los dos buenos compañeros, trocaron la pena y congoja en contento y alegria, dando gracias á Dios

que los hubiese librado de muerte; y el dia siguiente recibieron la carta que el Indio les llevo, a la qual respondió el Gobernador, que habiendo descansando lo que bien les estuviese, se fuesen a la ciudad de Panuco, donde los esperaba para que entre todos se diese orden en sus vidas.

Pasados ocho dias despues del naufragio, se juntaron todos nuestros Españoles con su Gobernador en Panuco, y eran casi trescientos, los quales fueron muy bien recibidos de los vecinos y moradores de aquella ciudad, que aunque pobres, les hicieron toda la cortesia y buen hospedage que les fue posible; porque entre ellos habia caballeros muy nobles, que se dolieron de verlos tan desfigurados, negros, flacos y secos, descalzos y desnudos, que no llevaban otros vestidos sino de gamuza y cueros de vaca, de pieles

de osos y leones, y de otras salvaginas, que mas parecian fieras y brutos animales que hombres humanos.

El Corregidor dió luego aviso al Visorey Don Antonio de Mendoza, que residia en Mexico, sesenta leguas de Panuco, de como habian salido de la Florida casi trescientos Españoles, de mil que en ellas habian entrado con el Adelantado Hernando de Soto El Visorey envió á mandar al Corregidor que los regalase y tratase como á su propia persona, y quando estuviesen para caminar les diese todo buen habiamiento, y se los enviase á Mexico.

En pos de este recaudo envio camisas y alpargates y quatro acemilas cargadas de conservas, y otros regalos y medicinas de enfermos para nuestros Españoles, entendiendo que iban dolientes; mas ellos llevaban sobra de salud y falta de todo

lo demas necesario à la vida humana.

En este lugar dice la relacion de Juan Coles, y la de Alonso de Carmona, que la cofradia de la caridad de México enviò estos regalos por orden del Visorey.

Es de saber ahora, que como el General Luis de Moscoso de Alvarado, y sus capitanes y soldados se hallasen juntos, y hubiesen descansado diez ó doce dias en aquella ciudad, y los mas discretos y advertidos hubiesen considerado con atencion la vivienda de los moradores de ella, que entonces era harto miserable, porque no tenian minas de oro, ni plata ni otras riquezas que lo valiesen, sino un comer tasado de lo que la tierra daba, y un criar algunos pocos caballos para los vender á los que de otras partes fuesen á comprarlos; y que los mas de ellos vestian mantas de algodon, que po-

cos traian ropa de Castilla; que los vecinos mas ricos y principales señores de vasallos no tenian mas caudal del que hemos dicho, con algunos principios de criar ganado en muy poca cantidad; que se ocupaban en plantar morales para criar seda, y en poner otros arboles frutales de España para gozar de sus frutos el tiempo adelante; que conforme á lo dicho era el de mas menage y aparato de casa; y que las casas en que vivian todas eran pobres y humildes, y las mas de ellas de paja; en suma notaron, que todo quanto en el pueblo habian visto no era mas que un principio de poblar y cultivar miserablemente una tierra, que con muchos quilates no era tan buena como la que ellos habian dexado y desamparado; que en lugar de las mantas de algodon que los vecinos de Panuco vestian, podian ellos vestir de muy finas gamuzas, de mu-

chas y diversas colores, como al presente las traian; y podian traer capas de martas y de otras muy lindas y galanas pellejinas, que como hemos dicho las habia hermosisimas en la Florida; y que no tenian necesidad de plantar morales para criar seda, pues los habian hallado en tanta cantidad como se ha visto, con la demas arboleda de nogales de tres maneras, ciruelos, encinas y robles, y la abundancia de ubas que hallaban por los campos.

A este comparar de unas cosas á otras se acrecentaba la memoria de las muchas y buenas provincias que habian descubierto, que solamente en las que se han nombrado son quarenta, sin las olvidadas, y otras cuyos nombres no habian procurado saber: acordavaseles la fertilidad y abundancia de todas ellas, la buena disposicion que tenian para producir las mieses, semillas y legumbres

que de España les llevasen; y la comodidad de pastos, dehesas, montes y rios que tenian para criar y multiplicar los ganados que quisiesen echarles.

Ultimamente traian á la memoria la mucha riqueza de perlas y aljofar que habian despreciado, y las grandezas en que se habian visto; porque cada uno de ellos habia presumido ser señor de una gran provincia: cotejando pues ahora aquellas abundancias y señorios con las miserias y poquedades presentes, hablaban unos con otros sus imaginaciones, y tristes pensamientos; y con gran dolor de corazon y lastima que de sí propios tenian, decian: ¿No pudieramos nosotros vivir en la Florida como viven estos Españoles en Panuco? ¿No eran mejores las tierras que dexamos, que éstas en que estamos? donde si quisieramos parar y poblar, estuvieramos mas ricos que

estos nuestros huespedes. Por ventura ¿ tienen ellos mas minas de oro y plata que nosotros hallamos, ni las riquezas que despreciamos? ¿ Es bien que hayamos venido á recibir limosna y hospedage de otros mas pobres que nosotros, pudiendo nosotros hospedar á todos los de España? ¿Es justo ni decente a nuestra honra, que de señores de vasallos, que pudieramos ser, hayamos venido á mendigar? ¿ No fuera mejor haber muerto allí que vivir aqui?

Con estas palabras y otras semejantes, nacidas del dolor del bien que habian perdido, se encendieron unos contra otros en tanto furor y saña, que desesperados del pesar de haber desamparado la Florida, donde tantas riquezas pudieran tener, dieron en acuchillarse unos con otros con rabia y deseo de matarse, y la mayor ira y rencor que cobraron, fue contra los oficiales de la hacien-

da Real, y contra los capitanes y soldados nobles y no nobles naturales de Sevilla, porque estos habian sido los que despues de la muerte del Gobernador Hernando de Soto mas habian instado en que dexasen la Florida y saliesen de ella, y los que mas habian porfiado y forzado á Luis de Moscoso á hacer aquel largo viage que hicieron hasta la provincia de los Vaqueros, en el qual camino, como entonces se vió, padecieron tantas incomodidades y trabajos que murieron la tercia parte de ellos y de los caballos; la qual falta causó la última perdicion de todos ellos, porque los necesitó y forzó á que con la brevedad se saliesen de la tierra, y no pudiesen esperar ni pedir el socorro que el adelantado Hernando de Soto pensaba pedir; enviando los dos vergantines que habia propuesto enviar por el rio grande abaxo, a dar noticia á Mé-

xico y á las islas de Cuba, Santo Domingo y Tierra-Firme de lo que habia descubierto en la Florida, para que le embiaran socorro para poblar la tierra; el qual socorro, por la capacidad que el rio grande tiene para entrar y salir por él qualquiera navio y armada, se les pudiera haber dado con mucha facilidad.

Todo lo qual, bien mirado y considerado por los que habian sido de parecer contrario, que llevando adelante los propositos del Gobernador Hernando de Soto, asentasen y poblasen en la Florida, viendo ahora por experiencia la razon que entonces tuvieron de quedarse, y la que al presente tenian de indignarse contra los oficiales y contra los de su valia, se encendieron en tanto furor, que habiéndoles perdido el respeto, andaban á cuchilladas tres de ellos, de tal manera que hubo muertos y heridos; y los capitanes

y oficiales Reales no osaban salir de sus posadas, y los soldados andaban tan sañudos unos contra otros, que todos los de la ciudad no podian apaciguarlos. Estos y otros efectos se causan de las determinaciones hechas sin prudencia ni consejo.

CAPITULO XXXIII.

Vanse los Españoles á México: buena acogida que aquella insigne ciudad les hizo.

El Corregidor de Panuco, viendo tanta discordia entre nuestros Españoles, y que de dia en dia iba creciendo sin poderla remediar, dió cuenta de ello al Visorey Don Antonio de Mendoza, el qual mandó, que con brevedad los embiase a México en quadrillas de diez en diez, y de veinte en veinte, advirtiendo que los que fuesen en una quadrilla fuesen todos de un vando y no con-

trarios porque no se matasen por el camino.

Con esta órden y mandato salieron de Panuco al fin de los 25 dias que habian entrado en ella.

Por los caminos salian á verlos asi Castellanos como Indios en grandisimo concurso, y se admiraban de ver Españoles á pie, vestidos de pieles de animales, y descalzos en piernas; porque los mejor librados de ellos habian medrado poco mas que los alpargates que les dieron en limosna. Espantabanse de verlos tan negros y desfigurados, y decian que bien mostraban en su aspecto los trabajos, hambre, miserias y persecuciones que habian padecido, las quales cosas ya la fama, haciendo su oficio, con grandes voces las habia apregonado por todo el reyno; por lo qual Indios y Españoles, con mucho amor y grandes caricias los hospedaban, servian y regalaban por

el camino, hasta que en sus quadrillas como iban entraron en la famosísima ciudad de Mexico, la que por sus grandezas y excelencias tiene hoy el nombre y monarquia de ser la mejor de todas las del mundo. En ella fueron recibidos y hospedados así del Visorey como de los demas vecinos, caballeros y hombres ricos de la ciudad, con tanto aplauso, que los llevaban de cinco en cinco, y de seis en seis á sus casas, á porfia unos de otros, y los regalaban como si fueran sus proprios hijos.

Juan Coles dice en este paso, que un caballero principal vecino de México, llamado Xaramillo, llevó á su casa diez y ocho hombres, todos de Extremadura, que los vistió de paño veintiquatreno de Segovia, que á cada uno les dió cama de colchones, sábanas, frazadas y almohadas, peyne y escobilla, y todo lo demas necesario para un soldado;

que toda la ciudad se dolió mucho, de verlos venir vestidos de gamuzas y cueros de vaca, y que les hicieron esta honra y caridad por los muchos trabajos que supieron habian pasado en la Florida: y que por el contrario no quisieron hacer merced alguna á los que habian ido con el capitan Juan Vazquez Coronado vecino de México, á descubrir las siete ciudades, porque sin necesidad alguna se habian vuelto á México sin querer poblar; los quales habian salido poco antes que los nuestros. Todas estas palabras son de la relacion de Juan Coles, natural de Zafra, y con ella conforma en todo la de Alonso de Carmona; y añade, que entre los que llevó Xaramillo á su casa, llevó un deudo suyo: debió de ser nuestro Gonzalo Quadrado Xaramillo.

Y porque se vea quan conformes van estos dos testigos de vista en muchos pasos de sus relaciones;

me pareció poner aquí las palabras de Alonso de Carmona, como he puesto las de Juan Cores, que son estas: Ya tengo dicho que salimos de Panuco en camaradas de a quince y de a veinte soldados, y así entramos en la gran ciudad de México, y no entramos en un dia sino en quatro, porque entraba cada camarada de por sí; y fue tanta la caridad que en aquella ciudad nos hicieron, que no lo sabré aquí explicar; porque en entrando que entraba la camarada de los soldados, salian luego aquellos vecinos a la plaza, y el que mas ayna llegaba lo tenia á gran dicha; porque todos querian hacer el uno mas que el otro, y asi los llevaban á su casa, y les daban á cada uno su cama, y luego mandaba traer el paño que les bastase para vestirlos de veintequatreno negro de Segovia, y los vestian, y les daban todo lo demas necesario, que

eran camisas dobladas, jubones, gorras, sombreros, cuchillos, tixeras, paños de tocar y bonetes, hasta peynes con que se peynasen; y despues de haberles vestido, los sacaban consigo un Domingo á misa, y despues de haber comido con ellos les decian: Hermanos, la tierra es larga donde podreis aprovecharos: cada uno busque su remedio. Estaba allí un vecino extremeño que se llamaba Xaramillo, éste salió á la plaza, y halló una camarada de veinte soldados, y en ellos venia un deudo suyo, y lo hizo con todos muy bien, que ninguno le hizo ventaja. Todos los de mi camarada determinamos de ir á besar las manos al Visorey Don Antonio de Mendoza; y aunque otros vecinos nos llevaban á sus casas, no quisimos ir con ellos. El qual, despues de haberle besado las manos, mandó que nos diesen de comer; y nos

aposentaron en una sala grande, y á cada uno dieron su cama de colchones, sabanas, almohadas y frezadas, y todo esto nuevo. Y mandó que no saliesemos de allí hasta que nos vistiesen, y despues de vestidos, le besamos las manos, y salimos de su casa. agradeciendole la merced y caridad que nos habia hecho: y nos fuimos todos al Perú, no tanto por sus riquezas, como por las alteraciones que en él habia quando Gonzalo Pizarro empezó á hacerse Gobernador, y señor de la tierra. Con esto acabo Alonso de Carmona la relacion de su peregrinacion, y todas estas son palabras suyas sacadas á la letra.

El Visorey, como tan buen Príncipe, á todos los nuestros que iban á comer á su mesa los asentaba con mucho amor, sin hacer diferencia alguna del capitan al soldado, ni del caballero al que no era;

porque decia, que pues todos habian sido iguales en las hazañas y trabajos, tambien lo debian ser en la poca honra que el les hacia; y no solamente los honró en su mesa y en su casa, mas por toda la ciudad mandó apregonar, que ninguna otra justicia sino el conociese de los casos que entre los nuestros acaeciesen; y esto hizo, demas de quererlos honrar y favorecer, porque supo que un Alcalde ordinario habia preso y puesto en la carcel pública á dos soldados de la Florida, que se habian acuchillado por las pendencias que entre todos ellos en Panuco nacieron, las quales se volvieron a encender en Mexico con mayores humos y fuegos de ira y rencor, por la mucha estima que vieron hacer a los caballeros y hombres principales y ricos de aquella ciudad de las cosas que de la Florida sacaron, como eran las gamuzas finas de todas colores; por-

que es verdad que luego que las vieron, hicieron de ellas calzas y jubones muy galanos.

Asimismo estimaron en mucho las pocas perlas, y algunas sartas de aljofar que habian traido, porque eran de mucho precio y valor.

Mas quando vieron las mantas de martas, y de las otras pelleginas que los nuestros llevaron, las estimaron sobre todo; y aunque por haber servido de colchones y frazadas, á falta de otra ropa, estaban resinosas, llenas de la brea de los navios, y sucias del polvo y lodo que habian recibido, de que las habian hollado y arrastrado por el suelo, las hicieron lavar y limpiar, porque eran en estremo buenas, y con ellas aforraban el mejor vestido que tenian, y las sacaban a plaza por gala y presea muy rica; y el que no podia alcanzar aforro entero de capa o sayo, se contentaba con

un collar de martas, o de otra pellegina, la qual traia descubierta con la lechuguilla de la camisa por cosa de mucho valor y estima. Todo lo qual era para los nuestros causa de mayor desesperacion, dolor y rabia, viendo que hombres tan principales y ricos hiciesen tanto caudal de lo que ellos habian menospreciado. Acordabaseles, que sin consideracion alguna hubiesen desamparado tierras que tanto trabajo les habia costado el descubrirlas, y donde en tanta abundancia habia aquellas cosas y otras tan buenas. Traian á la memoria las palabras que el Gobernador Hernando de Soto les dixo en Quiguate acerca del motin que en Mauvila se habia tratado de irse á México, desamparando la Florida, que entre otras les dixo: ¿A qué quereis ir á México, a mostrar la poquedad y vileza de vuestros animos, que pudiendo ser

señores de un reyno tan grande, donde tantas y tan hermosas provincias habeis descubierto y hollado, hubiesedes tenido por mejor, desamparandolas por vuestra pusilanimidad y cobardia, iros á posar a casa estraña, y comer á mesa agena, pudiéndola tener propia, para hospedar y hacer bien á otros muchos? Las quales palabras parece fueron pronostico muy cierto de la pena y dolor que al presente les atormentaba; por lo qual se mataban á cuchilladas, sin respeto ni memoria de la compañia y hermandad que unos con otros habian tenido; y en estas pendencias hubo en México tambien como en Panuco algunos muertos y muchos heridos.

El Visorey los aplacaba con toda suavidad y blandura, viendo que tenian sobra de razon, y para les consolar les prometia y daba su palabra de hacer la misma conquis-

ta, si ellos quisiesen volver á ella: y es verdad, que habiendo oido las buenas calidades del reyno de la Florida, deseo hacer aquella jornada, y así á muchos capitanes y soldados de los nuestros dio renta de dineros, ayudas de costa, oficios y cargos en que se entretuviesen y ocupasen entre tanto que se aperciviese la jornada. Muchos lo recibieron, y muchos no quisieron, por no obligarse á volver á tierra que habian aborrecido, y tambien porque tenian puestos los ojos en el Perú, como parece por el cuento siguiente que pasó en aquellos mismos dias, y fue asi:

Un soldado llamado Diego de Tapia, que yo despues conocí en el Perú, donde en las guerras contra Gonzalo Pizarro, Don Sebastian de Castilla, y Francisco Hernandez Giron, sirvio muy bien á su Magestad, mientras le hacian de ves-

tir, andaba por la ciudad de México vestido todo de pellejos, como habia salido de la Florida; y como un ciudadano rico le viese en aquel hábito, y él fuese pequeño de cuerpo, pareciendole que debia ser de los muy desechados le dixo: Hermano, yo tengo una estancia de ganado cerca de la ciudad, donde, si quereis servirme, podreis pasar la vida con quietud y reposo, y daros he salario competente. Diego de Tapia, con un semblante de leon ó de oso, cuya piel por ventura traeria vestida, respondió diciendo: Yo voy ahora al Peru, donde pienso tener mas de veinte estancias, si quereis ires conmigo sirviendome, yo os acomodaré en una de ellas, de manera que volvais rico en muy breve tiempo. El ciudadano de México se retiró sin hablar mas palabra, por parecerle que a pocas mas no libraria bien de su demanda.

CAPÍTULO XXXIV.

Dan cuenta al Visorey de los casos mas notables que en la Florida succedieron.

Entre los vecinos y caballeros principales de México que llevaron á los nuestros á hospedar á sus casas, acerto el Fator Gonzalo de Salazar, de quien al principio de esta historia hicimos mencion, a llevar á Gonzalo Silvestre, y hablando con él de muchas cosas acaecidas en este descubrimiento, vinieron á tratar del principio de su navegacion, y lo que les acaecio la primera noche de ella, quando salieron de San Lucar, de como se vieron los dos Generales en peligro de ser hundidos. En este discurso vino á saber el Fator, que era Gonzalo Silvestre el que habia mandado tirar los dos cañonazos que a su nao tiraron, por

haberse adelantado de la armada, y puestose á barlovento de la capitana, como largamente lo tratamos al principio de esta historia: por lo qual de allí adelante le hizo mas honra, diciendo que lo habia hecho como buen soldado; aunque tambien dixo, que holgara ver al Gobernador Hernando de Soto para le hablar sobre lo que aquella noche habia pasado.

Despues supo el Fator de otros soldados la buena suerte que Gonzalo Silvestre habia hecho en la provincia de Tula, del Indio que partio por la cintura de una cuchillada, y viendo la espada, que era antigua, de las que ahora llamamos viejas, se la pidio para ponerla en su recamara por joya de mucha estima; y quando supo que el liston ó penacho de martas finas, guarnecido de perlas y aljofar, que diximos habia ganado en el pueblo don-

de tomaron comida, viniendo por el rio grande abaxo, donde desampararon los caballos por la priesa que los Indios les dieron, lo habia dado en Panuco à su huesped, en recompensa del hospedage que le habia hecho, le peso diciendo: Que por solo tener en su recamara una cosa tan curiosa, como era el pendon, le diera mil y quinientos pesos por él; porque en efecto era el Fator curiosisimo de cosas semejantes.

Por otra parte, toda la ciudad de México en comun, y el Visorey y su hijo Don Francisco de Mendoza en particular, holgaban mucho de oir los sucesos del descubrimiento de la Florida, y asi pedian se los contasen sucesivamente. Admiraronse quando oyeron contar los tormentos tantos y tan crueles que a Juan Ortiz habia dado su amo Hirrihigua, y de la generosi-

dad y excelencias de ánimo del buen Mucozo; de la terrible soberbia y braveza de Vitachuco; de la constancia y fortaleza de sus quatro capitanes y de los tres mozos, hijos de señores de vasallos, que salieron casi ahogados de la laguna. Notaron la fiereza y lo indomable que se mostraron los Indios de la provincia de Apalache, la huida de su cacique tullido, y los casos estraños que en trances de armas en aquella provincia acaecieron, con la muy trabajosa jornada que al ir y volver á ella los treinta caballeros hicieron.

Maravillaronse de la gran riqueza del templo de Cofachiqui, de sus grandezas, suntuosidad y abundancia de diversas armas, con la multitud de perlas y aljofar que en él hallaron, y la hambre que antes de llegar á él pasaron en los desiertos. Holgaronse de oir la cortesia, dis-

crecion y hermosura de la Señora de aquella provincia Cofachiqui, y de los comedimientos y grandezas, y el ofrecer su estado el curaca Coza para asiento de los Españoles. Espantaronse de la disposicion de Gigante que el cacique Tascaluza tenia, y de la de su hijo, semejante á la de su padre; y de la sangrienta y porfiada batalla de Mauvila, de la repentina de Chicaza, de la mortandad de hombres y caballos que en estas dos batallas hubo, y de la del fuerte de Alibamo. Gustaron de las leyes contra las adúlteras. Dioles pena la necesidad de la sal que los nuestros pasaron, la horrible muerte que la falta de ella les causaba, y la muy larga e inutil peregrinacion que hicieron por la discordia secreta que entre los Españoles se levanto, de cuya causa dexaron de poblar. Estimaron en mucho la adoracion que á la Cruz se le hizo en la provincia de

Casquin, y el apacible y regalado invierno que tuvieron en Utiange. Abominaron la monstruosa fealdad que los de la Tula artificiosamente en sus cabezas y rostros hacen, y la fiereza de sus animos y condicion, semejante á la de sus figuras.

Dioles mucho dolor la muerte del Gobernador Hernando de Soto: hubieron lastima de los dos entierros que le hicieron; y en contrario holgaban mucho de oir sus hazañas, su ánimo invencible, su promptitud para las armas y rebatos, su paciencia en los trabajos, su esfuerzo y valentia en pelear, su discrecion, consejo y prudencia en la paz y en la guerra. Y quando dixeron al Visorey la intencion que la muerte le atajó de embiar dos vergantines por el rio grande abaxo á pedir socorro á su excelencia; y como, por lo que ellos vieron navegando hasta la mar, se le pudiera haber dado con mucha

facilidad, lo sintió grandemente, y culpó mucho al general y capitanes que habian quedado, que no hubiesen proseguido y llevado adelante los propositos del Gobernador Hernando de Soto, pues eran en tanto provecho y honra de todos ellos; y afirmaba con grandes juramentos, que él mismo fuera con el socorro hasta la boca del rio grande, porque fuera mas en breve y mejor aviado; y todos los caballeros y gente principal de la ciudad de Mexico decian lo mismo.

Tambien holgaba el Visorey de oir la hermosura y buena disposicion que en comun los naturales de la Florida tienen, el esfuerzo y valentia de los Indios, la ferocidad y destreza que en tirar sus arcos y flechas muestran, los tiros tan estraños y admirables que con ellas hicieron, la temeridad de animo que muchos de ellos en singular mostraron, y la

que todos en comun tienen, la guerra perpetua que unos á otros se hacen, el punto de honra que en muchos de los caciques hallaron, la infidelidad del capitan general Anilco, el desafio que hizo al cacique Guachoya, la liga de Quigualtanqui con los diez caciques con él conjurados, el castigo que á sus embaxadores se les dio, el trabajo que los nuestros pasaron en hacer los siete vergantines, la brava creciente del rio grande, el embarcarse los Españoles, la multitud y hermosura de canoas que sobre ellos amanecieron, y la cruel persecucion que les hicieron hasta echarlos fuera de todos sus confines,

Quiso asimismo el Visorey saber particularmente las calidades de la tierra de la Florida. Holgó mucho oir que hubiese en ella tanta abundancia de arboles frutales de los de España, como ciruelos de muchas maneras, nogales de tres suertes, y

la una suerte de ellos con nueces tan aceytosas, que apretada la médula entre los dedos corria aceyte por ellos, tanta cantidad de bellotas de encina y roble, la hermosura y muchedumbre de los morales, la fertilidad de las parrizas, con las muchas y muy buenas uvas que llevan. Finalmente holgaba mucho de oir el Visorey la grandeza de aquel reyno, la comodidad que tiene para criar toda suerte de ganado, y la fertilidad de la tierra para las mieses, semillas, frutas y legumbres; para las quales cosas crecia el deseo del Visorey de hacer la conquista: mas por mucho que lo trabajó, no pudo acabar con la gente que habia salido de la Florida que se quedase en México para volver á ella; antes dentro de pocos dias que en ella habian entrado, se derramaron por muchas partes, como luego veremos.

CAPÍTULO XXXV.

Nuestros Españoles se derraman por diversas partes del mundo. Lo que Gomez Arias y Diego Maldonado trabajaron por saber nuevas de Hernando de Soto.

El Contador Juan de Añasco, el Tesorero Juan Gaytan, y los capitanes Baltasar de Gallegos, Alonso Romo de Cardeñosa, Arias Tinoco, Pedro Calderon y otros de menos cuenta se volvieron á España, eligiendo por mejor venir pobres a ella, que no quedar en las Indias, por el odio que les habia cobrado, asi por el trabajo que en ellas habian pasado, como por lo que de sus haciendas habian perdido, habiendo sido los mas de ellos causa que lo uno y lo otro se perdiese sin provecho alguno. Gomez Suarez de Figueroa se volvió á la casa y hacienda de Vas-

co Porcallo de Figueroa y de la Cerda, su padre.

Otros que fueron mas discretos se metieron en religion, con el buen exemplo que Gonzalo Quadrado Xaramillo les dió, que fue el primero que entró en ella: el qual quiso ilustrar su nobleza y sus hazañas pasadas con hacerse verdadero soldado, y caballero de Jesu Christo nuestro Señor, asentandose debaxo de la vandera y estandarte de un maestre de campo y general como el Seráfico padre San Francisco, en cuya órden y profesion acabó, habiendo mostrado por la obra, que en las religiones se adquiere la verdadera nobleza y la suma valentia que Dios estima y gratifica. Por el qual hecho, que por haber sido de Gonzalo Quadrado fue mucho mas mirado y notado que si fuera de otro alguno, hicieron lo mismo otros muchos Españoles de los nuestros, entrando

en diversas religiones, por honrar toda la vida pasada con tan buen fin.

Otros, y fueron los menos, se quedaron en la Nueva-España, y uno de ellos fue Luis de Moscoso de Alvarado, que se casó en México con una muger principal y rica, deuda suya.

Los mas se fueron al Perú, donde en todo lo que se ofreció en las guerras contra Gonzalo Pizarro, Don Sebastian de Castilla, y Francisco Hernandez Giron, aprobaron en servicio de la corona de España, como hombres que habian pasado por los trabajos que hemos dicho; y es asi verdad que en respeto de los que en efecto pasaron, no hemos contado la décima parte de ellos.

En el Perú conocí muchos de estos caballeros y soldados que fueron muy estimados, y ganaron mucha hacienda; mas no sé que alguno de ellos hubiese alcanzado á te-

ner Indios de repartimiento, como los pudieran tener en la Florida.

Y porque para acabar nuestra historia, que mediante el favor del hacedor del cielo nos vemos ya al fin de ella, no nos queda por decir mas de lo que los capitanes Diego Maldonado, y Gomez Arias hicieron despues que el Gobernador Hernando de Soto los envió á la Habana, con orden de lo que aquel verano y el otoño siguiente habian de hacer, como en su lugar se dixo, sera bien decir aquí lo que estos dos buenos caballeros, en cumplimiento de lo que se les mando, y de propia obligacion trabajaron, porque la generosidad de sus animos, y la lealtad que á su capitan general tuvieron, no quede en olvido, sino que se ponga en memoria, para que á ellos les sea honra, y á los venideros exemplo.

El Capitan Diego Maldonado como atras dexamos dicho, fue con

los dos vergantines que traia á su cargo á la Habana á visitar á Doña Isabel de Bobadilla, muger del Gobernador Hernando de Soto, y habia de volver con Gomez Arias, que poco antes habia hecho la misma jornada, y entre los dos Capitanes habian de llevar los dos vergantines, la caravela y los demas navios que en la Habana pudiesen comprar, y cargar de bastimentos, armas y municiones, y llevarsela para el otoño venidero, que era del año mil quinientos y quarenta, al puerto de Achusi, que el mismo Diego Maldonado habia descubierto, donde el Gobernador Hernando de Soto habia de salir, habiendo dado un gran cerco descubriendo la tierra adentro; lo qual no tuvo lugar por la discordia y motin secreto que el Gobernador alcanzó á saber que los suyos tramaban; de cuya causa huyo de la mar, y se metio la tierra aden-

tro, por donde vinieron todos á perderse.

Pues ahora es de saber, que habiéndose juntado Gomez Arias, y Diego Maldonado en la Habana, cumplido con la visita de Doña Isabel de Bobadilla, y enviado por todas aquellas islas relacion de lo que en la Florida habian descubierto, y de lo que el Gobernador pedia para empezar á poblar la tierra, compraron tres navios, y los cargaron de comida, armas y municiones, y de becerros, cabras, potros, yeguas, ovejas, trigo, cebada y legumbres, para principio de poder criar y plantar. Tambien cargaron la caravela y los dos vergantines; y si tuvieran otros dos navios mas, hubiera carguio para todos; porque los moradores de las islas de Cuba, Santo Domingo y Jamayca, por la buena relacion que de la Florida habian oido, por el amor que al Goberna-

dor tenian, y por su propio interés, se habian esforzado á socorrerle con lo mas que habian podido. Con las quales cosas fueron Diego Maldonado, y Gomez Arias al puerto de Achusi al plazo señalado; y no hallando en él al Gobernador, salieron los dos capitanes en los vergantines, cada uno por su cabo, y costearon la costa á una mano y á otra á ver si salian por alguna parte al oriente ó al poniente, y donde quiera que llegaban, dexaban señales en los árboles, y cartas escritas metidas en huecos de ellos, con la relacion de lo que habian hecho, y pensaban hacer el verano siguiente; y quando ya el rigor del invierno no les permitió navegar, se volvieron á la Habana, con nuevas tristes de no las haber habido del Gobernador. Mas no por eso dexaron el verano del año mil quinientos quarenta y uno de volver á la costa de

la Florida, y correrla toda hasta llegar á tierra de México, y al Nombre de Dios, y por la vanda del oriente hasta la tierra de Bacallaos, á ver si por alguna via ó manera pudiesen haber nuevas del Gobernador Hernando de Soto; y no las pudiendo haber, se volvieron el invierno á la Habana.

Luego el verano siguiente del año quarenta y dos salieron en la misma demanda, y habiendo gastado casi siete meses en hacer las propias diligencias, y forzados del tiempo, se volvieron á invernar á la Habana, de donde luego que asomo la primavera del año quarenta y tres, aunque los tres años pasados no habian tenido nueva alguna, volvieron á salir, porfiando en su empresa y demanda, con determinacion de no desistir de ella hasta morir, ó saber nuevas del Gobernador: porque no podian creer que la tierra los ha-

biese consumido todos, sino que algunos habian de salir por alguna parte; en la qual porfia anduvieron todo aquel verano y los pasados, sufriendo los trabajos é incomodidades que se pueden imaginar, que por escusar proligidad no las contamos en particular.

CAPITULO XXXVI.

Prosigue la peregrinacion de Gomez Arias y Diego Maldonado.

Andando pues con esta congoja y cuidado llegaron a la Vera-Cruz, á mediado octubre del mismo año quarenta y tres, donde supieron que sus compañeros habian salido de la Florida, que eran ménos de trescientos los que habian escapado, y que el Gobernador Hernando de Soto habia fallecido en ella, con todos los demas que faltaban para cerca de mil

que habian entrado en aquel reyno. Supieron en particular todo el mal suceso que la jornada habia tenido. Con estas nuevas tristes y lamentables volvieron á la Habana aquellos dos buenos y leales caballeros, y se las dieron á Doña Isabel de Bobadilla; la qual, como á la pena y congoja que tres años continuos habia tenido de no haber sabido de su marido, se le acrecentase nuevo dolor de su muerte, y del mal suceso de la conquista, de la destruccion y pérdida de su hacienda, de la caida de su estado y ruina de su casa, falleció poco despues que lo supo.

Esta tragedia, digna de ser llorada, por la pérdida de tantos y tan excesivos trabajos de la nacion Española, sin provecho y aumento de su patria, fue el proceso y fin del descubrimiento de la Florida, que el Adelantado Hernando de Soto hizo con tanto gasto de

su hacienda, con tanto aparato de armas y caballos, con tanto numero de caballeros nobles y soldados valientes, que, como otras veces hemos dicho, para ninguna otra conquista de quantas hasta hoy en el Nuevo Mundo se han hecho, se ha juntado tan hermosa y lucida vanda de gente, ni tan bien armada y arreada, ni tantos caballos como para esta se juntaron. Todo lo qual se consumió y perdió sin fruto alguno por dos causas. La primera, por la discordia que entre ellos nació, por la qual no poblaron al principio, y la segunda, por la temprana muerte del Gobernador, que si viviera dos años mas, remediara el daño pasado con el socorro que pidiera, y se le pudiera dar por el rio grande, como él lo tenia trazado.

Con lo qual pudiera ser que se hubiera dado principio á un imperio, que fuera posible competir hoy

con la Nueva España y con el Perú; porque en la grandeza de la tierra, fertilidad de ella, y en la disposicion que tiene para plantar y criar, no es inferior á ninguna de las otras, antes se cree que les hace ventaja: pues en riqueza ya vimos la cantidad increible de perlas y aljofar que en sola una provincia, ó en un templo, se hallaron, con las martas y otros ricos aforros que pertenecen solamente para Reyes y grandes Príncipes, sin las demas grandezas que largamente hemos referido.

Las minas de oro y plata pudiera ser, y no lo dudo, que buscándolas de espacio se hubieran hallado; porque ni México, ni el Perú quando se ganaron tenian las que hoy tienen: que las del cerro de Potosi se descubrieron catorce años despues que los Gobernadores Don Francisco Pizarro, y Don Diego de Almagro empezaron su empresa de

la conquista del Perú; y asi se pudiera haber hecho en la Florida, y entre tanto pudieran gozar de las demas riquezas que, como hemos visto, tiene; pues no en todas partes hay oro ni plata, y en todas viven las gentes.

Por lo qual, muchas y muchas veces suplicaré al Rey nuestro Señor, y á la nacion Española, no permitan que tierra tan buena y hollada por los suyos, y tomada posesion de ella, esté fuera de su imperio y señorio, sino que se esfuercen á la conquistar y poblar, para plantar en ella la fe catolica que profesan, como lo han hecho los de su misma nacion en los demas reynos y provincias del Nuevo Mundo que han conquistado y poblado; y para que España goce de este reyno como de los demas, y para que el no quede sin la luz de la doctrina evangelica, que es lo principal que debemos

desear, y sin los demas beneficios que se le pueden hacer, asi en mejorarle su vida moral, como en perfeccionarle con las artes y ciencias, que hoy en España florecen, para las quales los naturales de aquella tierra tienen mucha capacidad, pues sin doctrina alguna, con el dictamen natural han hecho, y dicho cosas tan buenas como las hemos visto y oido; que muchas veces me pesó hallarlas en el discurso de la historia tan políticas, tan magníficas y excelentes; porque no se sospechase que eran ficciones mias, y no cosecha de la tierra; de lo qual me es testigo Dios Nuestro Señor, que no solamente no he añadido cosa alguna á la relacion que se me dió, antes confieso con vergüenza y confusion mia no haber llegado á significar las hazañas como me las recitaron, que pasaron en efecto, de que pido perdon á todo aquel reyno

y á los que leyeren este libro.

Y esto baste para que se dé el crédito que se debe, á quien sin pretension de interés, ni esperanza de gratificacion de Reyes, ni grandes señores, ni de otra persona alguna, mas que el de haber dicho verdad, tomo el trabajo de escribir esta historia, vagando de tierra en tierra, con falta de salud, y sobra de incomodidad, solo por dar con ella relacion de lo que hay descubierto en aquel gran reyno, para que se aumente y estienda nuestra santa fé catolica, y la corona de España, que son mi primera y segunda intencion, que como lleven estas dos, tendran seguro el favor divino los que fueren a la conquista: la qual Nuestro Señor encamine para gloria y honra de su nombre, para que la multitud de ánimas que en aquel reyno viven sin la verdad de su doctrina se reduzcan á ella, y no pe-

rezcan; y á mí me dé su favor y amparo para que de hoy mas emplee lo que de la vida me queda en escribir la historia de los Incas Reyes que fueron del Perú, el origen, y principio de ellos, su idolatría, y sacrificios, leyes, y costumbres, en suma toda su republica como ella fue antes que los Españoles ganaran aquel imperio; de todo lo está ya la mayor parte puesta en el telar: diré de los Incas, y de todo lo propuesto lo que á mi madre y a sus tios y parientes ancianos, y á toda la demas gente comun de la patria les oi; y lo que yo de aquellas antigüedades alcancé á ver, que aun no eran consumidas todas en mis niñeces, que todavia vivian algunas sombras de ellas. Asimismo diré del descubrimiento y conquista del Perú lo que a mi padre y á sus contemporaneos, que lo ganaron, les oi; y de esta misma relacion diré el levantamien-

to general de los Indios contra los Españoles, y las guerras civiles. que sobre la parcija hubo entre Pizarros y Almagros; que así se nombraron aquellos bandos, que para destruccion de todos ellos, y en castigo de si proprios, levantaron contra si mismos.

Y de las rebeliones que despues en el Peru pasaron, diré brevemente lo que oí á los que en ellas de la una parte y de la otra se hallaron; y lo que yo vi, que aunque muchacho conocí a Gonzalo Pizarro, á su Maestre de Campo Francisco de Carbajal, á todos sus capitanes, á Don Sebastian de Castilla y a Francisco Hernandez Giron, y tengo noticia de las cosas mas notables que los visoreyes despues acá han hecho en el gobierno de aquel imperio.

CAPÍTULO XXXVII.

Número de Christianos seglares y religiosos que en la Florida han muerto hasta el año de mil quinientos sesenta y ocho.

Habiendo hecho larga mencion de la muerte del Gobernador Hernando de Soto, y de otros caballeros principales, como son el gran Caballero y Capitan Andrés de Vasconcelos, español portugués, del buen Nuño Tobar, extremeño, y de otros muchos soldados nobles y valientes que en esta jornada murieron, como largamente se podrá haber notado por la historia, me parecio que seria cosa indigna no hacer memoria de los Sacerdotes, Clérigos y Religiosos que con ellos fallecieron, de los que entonces fueron a la Florida, y de los que despues aca han ido á predicar la Fé

de la Santa Madre Iglesia Romana, que es razon que no queden en olvido; pues asi los Capitanes y soldados, como los Sacerdotes y Religiosos murieron en servicio de Christo nuestro Señor, pues los unos y los otros fueron con un mismo celo de predicar su Santo Evangelio, los caballeros para compeler con sus armas á los infieles á que se sujetasen y entrasen á oir y obedecer la doctrina christiana, y los Sacerdotes y Religiosos, para les obligar y forzar con su buena vida y exemplo á que les creyesen é imitasen en su christiandad y religion. Y hablando primero de los seglares decimos que el primer Christiano que murio en esta demanda fue Juan Ponce de Leon, primer descubridor de la Florida, caballero natural de Leon que en sus niñeces fue paje de Pedro Nuñez de Guzman, señor de Toral. Murieron asimismo todos los

que con él fueron, que segun salieron heridos de mano de los Indios no escapo ninguno. No se pudo averiguar el numero de ellos, mas de que pasaron de ochenta hombres. Luego fue Lucas Vazquez de Ayllon, que tambien murió á manos de los Floridos, con mas de doscientos y veinte Christianos que llevo consigo. Despues de Lucas Vazquez de Ayllon fue Pánfilo de Narvaez con quatrocientos Españoles, de los quales no escaparon mas de quatro, los demas murieron, de ellos á manos de los enemigos, y de ellos ahogados en la mar, y los que escaparon de la mar murieron de pura hambre. Diez años despues de Panfilo de Narvaez fue a la Florida el Adelantado Hernando de Soto, llevo mil Españoles de todas las provincias de España, y fallecieron mas de los setecientos de ellos, de manera que pasan de mil y quatrocientos Chris-

tianos los que hasta aquel año han muerto en aquella tierra con sus caudillos. Ahora resta decir de los sacerdotes y religiosos que han muerto en ella; y de los que se tiene noticia son de los que fueron con Hernando de Soto, y de los que despues aca han ido; porque de los que fueron con Juan Ponce de Leon, ni de los que fueron con Lucas Vazquez de Ayllon, ni con Pánfilo de Narvaez, no hay memoria en sus historias, como si no fueran. Con Hernando de Soto fueron doce sacerdotes, como diximos al princípio de esta historia, los ocho eran clérigos y los quatro frayles: los quatro clérigos, de los ocho, murieron el primer año que entraron en la Florida, y por esto no retuvo la memoria los nombres de ellos. Dionisio de Paris, francés, natural de la gran ciudad de París, y Diego de Bañuelos, natural de la ciudad de

Córdova, ambos clérigos, y fray Francisco de la Rocha, frayle de la advocacion de la Santísima Trinidad, natural de Badajoz, murieron de enfermedad en vida del Gobernador Hernando de Soto, que como no tenian medico ni botica, si la naturaleza no curaba al que caia enfermo; no tenia remedio por arte humana. Los otros cinco, que son Rodrigo de Gallegos, natural de Sevilla, Francisco del Pozo, natural de Córdova, clérigos sacerdotes, fray Juan de Torres, natural de Sevilla, de la órden del seráfico Padre San Francisco, fray Juan Gallegos, natural de Sevilla, y fray Luis de Soto, natural de Villanueva de Barcarrota, ambos de la órden del divino Santo Domingo, todos ellos de buena vida y exemplo, murieron despues del fallecimiento del Adelantado Hernando de Soto, en los grandes trabajos que a la ida y vuelta

de aquel largo y mal acertado camino que para salir á tierra de México hicieron, y en los que padecieron hasta que se embarcaron, que aunque por ser sacerdotes los regalaban todo lo que podian, donde habia tanta falta de regalos, quanto sobra de trabajos, no pudieron escapar con la vida, y asi quedaron todos en aquel reyno; los quales, demas de su santidad y sacerdocio, eran todos hombres nobles, y mientras vivieron hicieron su oficio muy como Religiosos, confesando y animando á bien morir á los que fallecian, y doctrinando y bautizando á los Indios que permanecian en el servicio de los Españoles. Despues, el año de mil quinientos quarenta y nueve fueron á la Florida cinco frayles de la Religion de Santo Domingo: hizoles la costa el Emperador Carlos V, rey de España, porque se ofrecieron a ir á pre-

dicar á aquellos Gentiles el Evangelio, sin llevar gente de guerra, sino ellos solos, por no escandalizar aquellos bárbaros; mas ellos que lo estaban ya de las jornadas pasadas, no quisieron oir la doctrina de los Religiosos; antes luego que los tres de ellos saltaron en tierra, los mataron con rabia y crueldad, entre los quales murió el buen Padre fray Luis Cancel de Balbastro, que iba por caudillo de los suyos, y habia pedido con grande instancia al Emperador aquella jornada, con deseo del aumento de la Fé Católica, y así murió por ella, como verdadero hijo de la orden de los Predicadores: no supe de qué patria era, ni los nombres de los compañeros, que holgára poner aqui lo uno y lo otro. El año de mil quinientos sesenta y seis pasaron á la Florida con el mismo celo que los ya dichos tres Religiosos de la Compañia de Jesus.

El que iba por superior era el Maestro Pedro Martinez, natural del famoso reyno de Aragon; famoso en todo el mundo, que siendo tan pequeño en términos haya sido tan grande en valor, y esfuerzo de sus hijos, que hayan hecho tan grandes hazañas como las que cuentan sus historias y las agenas: fue natural de una aldea de Teruel. Luego que saltó en tierra le mataron los Indios. Dos compañeros que llevaba, el uno sacerdote, llamado Juan Rogel, y el otro hermano, llamado Francisco de Villa-Real, se retiraron á la Habana, bien lastimados de no poder cumplir los deseos que llevaban de predicar y enseñar la doctrina christiana á aquellos gentiles.

El año de quinientos sesenta y ocho fueron á la Florida ocho Religiosos de la misma Compañía, dos sacerdotes y seis hermanos. El que

iba por superior se llamaba Bautista de Segura, natural de Toledo, y el otro sacerdote se decia Luis de Quirós, natural de Xerez de la Frontera. La patria de los seis hermanos no supe, sus nombres son los que se siguen, Juan Bautista Mendez, Gabriel de Solis, Antonio Zaballos, Christoval Redondo, Gabriel Gomez, Pedro de Linares, los quales llevaron en su compañia un Indio, señor de vasallos, natural de la Florida. De como vino á España, será bien que demos cuenta. Es asi que el Adelantado Pedro Melendez fue á la Florida tres veces desde el año de quinientos sesenta y tres hasta el año de sesenta y ocho á echar de aquella costa ciertos corsarios franceses que pretendian asentar y poblar en ella. Del segundo viage de aquellos traxo siete Indios Floridos, que vinieron de buena amistad: venian en el mismo trage que hemos

dicho que andan en su tierra: traian sus arcos y flechas de lo muy primoroso que ellos hacen para su mayor ornato y gala. Pasando los Indios por una de las aldeas de Córdova, que los llevaban á Madrid para que los viera la Magestad del Rey Don Felipe II, el autor que me dió la relacion de esta historia, que vivia en ella, sabiendo que pasaban Indios de la Florida, salio al campo á verlos, y les preguntó de qué provincia eran, y para que viesen que habia estado en aquel reyno, les dixo si eran de Vitachuco, ó de Apalache, ó de Mauvila, ó de Chicaza, ó de otras, donde tuvieron grandes batallas. Los Indios, viendo que aquel Español era de los que fueron con el Gobernador Hernando de Soto, le miraron con malos ojos, y le dixeron: Dexando vosotros esas provincias tan mal paradas como las dexasteis ¿quereis que

os demos nuevas de ellas? y no quisieron responderle mas; y hablando unos con otros dixeron, segun dixo el interprete que con ellos iba, de mejor gana le dieramos sendos flechazos que las nuevas que nos pide; y diciendo esto, por dar á entender el deseo que tenian de tirarselas, y la destreza con que se las tiraran, dos de ellos tiraron al ayre por alto sendas flechas, con tanta pujanza que las perdieron de vista. Contandome esto mi autor me decia, que se espantaba de que no se las hubiesen tirado á él, segun son locos y atrevidos aquellos Indios, principalmente en cosas de armas y valentia. Aquellos siete Indios se bautizaron acá, y los seis murieron en breve tiempo. El que quedo era señor de vasallos: pidió licencia para volverse á su tierra, hizo grandes promesas, que haria como buen Christiano en la conversion de sus vasallos á al

fé católica, y de los demas Indios de todo aquel reyno, y por esto lo admitieron los Religiosos en su compañia, entendiendo que les habia de ayudar, como lo habia prometido. Asi fueron hasta la Florida, y entraron la tierra adentro muchas leguas: pasaron grandes cienegas y pantanos, y no quisieron llevar soldados por no escandalizar los Indios con las armas. Quando el cacique los tuvo en su tierra, donde le pareció que bastaba para matarlos á su salvo, les dixo que le esperasen allí, que él iba quatro ó cinco leguas adelante á disponer los Indios de aquella provincia para que con gusto y amistad oyesen la doctrina christiana, que él volveria dentro de ocho dias. Los Religiosos le esperáron quince, y quando vieron que no volvia, enviaron al Padre Luis de Quiros, y á uno de los hermanos al pueblo donde habia dicho que iba,

El Don Luis, con otros muchos de los suyos, viéndolos delante de sí, como traidor apostata, sin hablarles palabra, los mató con gran rabia y crueldad; y antes que los otros Religiosos supiesen la muerte de sus compañeros, y se fuesen á alguna otra provincia de las comarcanas á valerse, dieron el dia siguiente sobre ellos con gran ímpetu y furor como si fuera un esquadron de soldados armados; los quales, sintiendo el ruido de los Indios, y viendo las armas que traian en las manos, se pusieron de rodillas para recibir la muerte que les diesen, por predicar la fé de Christo nuestro Señor. Los infieles se la dieron cruelisimamente, y así acabaron la vida presente como buenos Religiosos, para gozar de la eterna: los Indios, habiéndolos muerto, abrieron una arca que llevaban con libros de la Santa Escritura, y con breviarios, misa-

les y ornamentos para decir misa: cada uno tomó de los ornamentos lo que le pareció, y se lo puso como se le antojó, haciendo burla y menosprecio de aquella magestad y riqueza, teniendola por pobreza y vileza: tres de los Indios, mientras los otros andaban saltando y baylando con los ornamentos puestos, sacaron un crucifixo que en el arca iba, y estandolo mirando se cayeron muertos supitamente. Los demas, echando por tierra los ornamentos que se habian vestido, huyeron todos; lo qual tambien lo escribe el padre maestro Pedro de Riba-de-Neyra. De manera, que estos diez y ocho sacerdotes, los diez de las quatro religiones que hemos nombrado, los ocho clerigos, y los seis hermanos de la Compañia, que por todos son veinte y quatro, son los que hasta el año de mil quinientos sesenta y ocho han muerto en la Florida por predicar el santo evan-

gelio, sin los mil quatrocientos seglares Españoles que en quatro jornadas fueron á aquella tierra, cuya sangre espero en Dios, que está clamando y pidiendo, no venganza como la de Abel, sino misericordia como la de Christo nuestro Señor, para que aquellos gentiles vengan en conocimiento de su eterna Magestad, debaxo de la obediencia de nuestra madre la santa iglesia romana; y asi es de creer y esperar, que tierra que tantas veces ha sido regada con tanta sangre de christianos, haya de frutificar conforme al riego de sangre catolica que en ella se ha derramado La gloria y honra se dé á Dios nuestro Señor, Padre, Hijo y Espiritu Santo, tres personas, y un solo Dios verdadero. Amen.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

Pág.

FIN DEL TOMO IV.

